

# PRIMAVERA EN VIENA

Petra Hartlieb

Siruela Nuevos Tiempos



# **PRIMAVERA EN VIENA**


**PETRA HARTLIEB**



Petra Hartlieb

## Primavera en Viena

Traducción del alemán de  
María Esperanza Romero

 Siruela

Nuevos Tiempos

Edición en formato digital: marzo de 2019

Traducción publicada con el apoyo de  
The Austrian Federal Chancellery

Título original: *Wenn es Frühling wird in Wien*

En cubierta: ilustración de Bilwissedition Ltd. & Co. KG/Alamy Stock Photo

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© DuMont Buchverlag, Cologne (Germany), 2018

© De la traducción, María Esperanza Romero

© Ediciones Siruela, S. A., 2019

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.  
c/ Almagro 25, ppal. dcha.  
[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-17860-37-0

Conversión a formato digital: María Beloso

*Para mis compañeras y compañeros:  
Alex, Anna, Barbie, Berna, Elodie,  
Eva, Hanna, Jakob, Lena, Livia, Peter,  
Silvia y Teresa*

Los zapatos le venían pequeños, al menos un número. Marie tenía que andar con cuidado para no trastabillar. Sobre todo la alfombra le dificultaba el avance, y no tuvo más remedio que agarrarse al brazo de Oskar. El corpiño le apretaba, no estaba acostumbrada a esos atavíos. Fue la cocinera quien se lo ciñó y acordonó; además de preguntarle tres veces si estaba segura de querer someterse a ese suplicio.

—Sí, aprieta fuerte, quiero parecer una dama distinguida.

Ojalá no le diera un mareo, pues ella sola no iba a poder aflojarse los cordones.

Oskar subía por la gran escalinata alfombrada de rojo como si todo aquello fuese para él lo más normal del mundo. Aquella arquitectura descomunal, las numerosas pinturas, los escalones de mármol..., nada parecía impresionarlo de verdad.

Después de que un hombre de librea negra les rasgara las entradas, Oskar la condujo al patio de butacas del K. K. Hofburgtheater, el gran teatro imperial. Pareció notar el efecto que producía la sala en Marie, y nada más entrar se quedó unos pasos atrás observándola, viendo cómo miraba a su alrededor boquiabierta y con los ojos como platos. Las butacas tapizadas de terciopelo rojo, los palcos ricamente historiados, la profusión de luces y la enorme araña de cristal en el centro del techo... Marie, que venía de un pueblo de provincia, jamás había visto un esplendor similar.

—Disculpe, no puede quedarse parada aquí.

—Perdone, ¿puedo pasar?

—¿Me permite?

Los dos fueron empujados por los otros espectadores hacia el interior de la sala, y Marie sostenía con firmeza las entradas. Oskar había insistido en que fuera ella quien las enseñara ante la puerta, aunque en el tranvía Marie había querido depositar el sobre en sus manos.

—Son tus entradas. A ti te las han regalado y tú amablemente me has invitado a venir contigo. O sea que te corresponde llevarlas.

Desde entonces, Marie sostenía los dos trozos de papel en la mano. Solo los soltó durante un instante para que los revisaran y rasgaran a la entrada.

—¿Dónde están nuestros sitios? —preguntó Oskar, que seguía cogiéndole la mano con fuerza.

—No lo sé —dijo Marie con voz muy queda.

—Tienes que mirar las entradas, ahí lo pone.

¡Dios, qué tonta se sentía! Como una niñera pueblerina que quiere dárse las de gran dama acudiendo al teatro. Probablemente la gente distinguida ya la había calado hacía tiempo y hablaba de ella por lo bajo. Rápidamente leyó: fila cinco, butacas seis y siete.

—Nunca he estado en sitios tan caros —dijo Oskar con entusiasmo tirando de ella para que avanzara y buscando la fila cinco.

Marie se sintió aliviada en cuanto pudo sentarse, los zapatos le apretaban y el ajustado corpiño hacía que le costara respirar.

—¿Qué te parece? —le preguntó Oskar como si todo aquello le perteneciera y se lo estuviera presentando con orgullo.

—Es..., no sé qué decir..., es impresionante.

—Sí, lo es. Me acuerdo a la perfección de la primera vez que estuve aquí.

—¿Cuándo fue eso?

—Lo sé exactamente. Tenía diecisiete años. El señor Stock me regaló la entrada por mi cumpleaños, solo que era para un sitio de pie. Mi primera visita al teatro no fue tan elegante como la tuya.

—Ya ves, puedo permitírmelo —dijo Marie riendo, pues ya estaba más relajada. Las entradas que el doctor le había regalado por Navidad valían casi tanto como lo que ella ganaba en un mes haciendo de niñera de sus hijos.

—Sí, tú eres una dama distinguida y yo tan solo un modesto librero. Soy en verdad muy afortunado de que hayas querido traerme.

Entretanto, todos los espectadores habían tomado asiento, salvo alguno que otro que caminaba deprisa por los pasillos. Sonó el timbre, y Oskar apretó la mano de Marie y le susurró:

—¡Chisss! Ahora comienza.

Marie estaba embelesada. Absorbía las imágenes, intentaba dilucidar cada escena, al tiempo que pensaba una y otra vez que esas palabras habían fluido de la pluma de su patrón. Era francamente inimaginable: todo esto que sucedía



aquí en el escenario había estado antes en la mente del doctor Schnitzler, luego lo habían aprendido de memoria aquellos seres maravillosos que tenía delante y ahora lo repetían para ella. Sí, Marie tenía la sensación de que Bleibtreu y Korff pronunciaban las frases solo para ella, olvidaba a la gente que la rodeaba. Tampoco era consciente de que Oskar estuviera a su lado, y cuando un anciano espectador, sentado en la fila de detrás, tuvo un acceso de tos, ella se sobresaltó y se giró con mirada de reproche.

Tenía puestos sus cinco sentidos en la obra y los ojos bien abiertos. No quería perderse nada, quería captar cada palabra, cada pequeño gesto, y esperaba poder retenerlo todo para siempre en su memoria.

Y eso que el día había sido muy largo y al atardecer estaba tan cansada que había tenido miedo de quedarse dormida en el teatro tan pronto como se apagaran las luces.

A las cinco y media de la mañana Lili ya estaba completamente despierta, y a Marie le había costado mantener callada a la pequeña, que a sus dos años ya era muy espabilada. La señora se ponía de muy mal humor cuando se la despertaba demasiado pronto, y puesto que Marie había visto luz en el despacho del doctor hasta bien entrada la noche, suponía que este también seguiría durmiendo. Ella misma había bregado por conciliar el sueño. No paraba de pensar en ir al teatro y en Oskar. En algún momento, en mitad de la noche, se había levantado a comprobar si las dos entradas seguían estando sobre la cómoda.

Esas dos entradas eran lo más caro que Marie había poseído nunca. Cuando por Navidad el doctor depositó en sus manos aquel sobre y Heini la había animado a abrirlo delante de todas las miradas, ella se había echado a llorar de puro contento. Lili se subió a una silla y con sus manitas pringosas le enjugó las lágrimas. Y a Heini, con sus nueve años, el arrebató sentimental de Marie casi llegó a angustiarse.

Ese día los niños se habían levantado temprano a pesar de la oscuridad de la mañana. Heinrich estaba abatido porque sus padres salían de viaje a pasar unos días en Salzburgo; la señora, de mal humor, rezongaba constantemente a la criada mientras hacía la maleta, e incluso la buena de Anna, que se afanaba en preparar una merienda para los señores, andaba de mal genio.

Por fin el señor y la señora Schnitzler estuvieron listos para partir y,

mientras subían al taxi que los había de llevar a la estación, Marie, con Lili en brazos, se los quedó mirando desde el portal. La pequeña hizo señas con la mano en dirección a aquel coche negro hasta que este desapareció abandonando la Sternwartestrasse. Heini, por supuesto, se sentía demasiado mayor para esas chiquilladas de hacer señas con la mano, de modo que se escabulló hacia la cocina a reunirse con Anna.

—Bien, ahora lo primero que haremos será tomar un buen café.

Anna estaba visiblemente aliviada de que los señores se hubieran marchado y volviera la paz a la casa.

—Heini, ¿serías tan amable de hojear un libro con Lili? Tengo que comentarle algo a Marie.

—No, quiero quedarme con vosotras —dijo Heinrich mirando a la cocinera con el ceño fruncido.

Anna se limitó a reír y fue empujando a los dos críos para que salieran de la cocina. Marie la admiraba por la autoridad que irradiaba y por el hecho de que los niños siempre la respetaran.

—Como premio, enseguida iré a jugar al parchís contigo —dijo Marie, puso dos tazas de café sobre la mesa y cerró la puerta tras los niños.

—¿Ya sabes lo que te vas a poner?

—¿Hoy? ¿Para el teatro?

—Claro, cariño. No será para ir a jugar al parchís. Ay, estoy tan excitada, yo en tu lugar seguro que no iría, no me atrevería.

—Eso eso, méteme más miedo del que ya tengo, no he pegado ojo en toda la noche.

—¡Qué va! Verás lo hermoso que será, parecerás una dama distinguida y con Oskar tendrás un caballero a tu lado.

—Sí, pero sabe de teatro y yo, en cambio, soy una inculta hija de campesinos.

—Él no te va a examinar. ¿Y después iréis a tomar algo?

—No creo. No se estila a esas horas de la noche. Además, tengo que volver a casa a cuidar de los niños.

—Los señores no están y yo me encargo de que no les falte nada.

El que Marie pudiera ir al teatro esa noche se debía solo a que la cocinera se había ofrecido a hacerse cargo de los niños. También había sido ella la que

les había preguntado a los señores si excepcionalmente Marie podía librar para acudir a la función. Pues, aun sabiendo que los señores estarían ausentes, querían curarse en salud y evitar quejas por que Marie saliera, no siendo ese su día libre.

—¡Vaya vaya, mi querida señorita! En esta función actúa la Bleibtreu, que es la que mejor interpreta el papel —dijo el doctor asintiendo con benevolencia cuando Anna le presentó la petición en presencia de Marie, que, a su lado, guardaba silencio.

El día se estaba haciendo infinitamente largo, y los niños no querían abandonar la casa porque el tiempo era húmedo y frío. Mientras Lili dormía su siesta, Marie convenció a Heini para que cogiera su nuevo libro de aventuras y se pusiera a leer, y mientras tanto ella se tumbó en el canapé de la habitación infantil a descansar durante media hora.

Los críos, desde luego, no querían perderse el momento en que Marie se arreglara para salir, y cuando se puso su único vestido bueno, Heinrich la miró con escepticismo.

—Los vestidos de mi madre son..., no sé, diferentes —opinó con prudencia.

—Sí, Heini, tu madre es una dama elegante y yo no soy más que una niñera.

—Pero hoy tú también eres una elegante dama. —Heinrich la abrazó y apretó su cara contra el regazo de Marie; a ella enseguida se le humedecieron los ojos de la emoción. Qué suerte tenía de haber conseguido ese puesto, en esa bella casa situada en pleno barrio Cottage, con unos patrones que la trataban bien y unos niños tan maravillosos que desde el primer día se habían encariñado con ella.

—Podrías tomar prestado un traje de mi madre —propuso Heini.

—No, Heini, no puedo. Primero porque esas cosas no se hacen y segundo porque no me quedaría bien. Tu madre es mucho más alta que yo.

—Y además gordinflona —dijo Heini soltando una risita maliciosa que contagió a Lili y la hizo ponerse a canturrear: gordinflona, lona, lona.

Media hora antes de que Oskar llegara a recoger a Marie, esta ya estaba de punta en blanco en la cocina sin atreverse a tomar ni un vaso de agua.

—Imagínate que en el teatro tenga que ir al lavabo.

—Bueno, supongo que aseos tendrán. Incluso la gente fina tiene que hacer

de vez en cuando sus necesidades.

A las seis en punto sonó el timbre, y Oskar estaba a la puerta. Saludó a Marie besándole la mano y a la cocinera con una profunda reverencia.

—Estás preciosa.

—¿Te parece? Gracias.

Marie echó un último vistazo al espejo para examinarse antes de ponerse el abrigo sobre los hombros. El vestido de domingo era sencillo pero de buen corte, y acentuaba su esbelta figura. En el último momento, Anna había descubierto un rasgón en el dobladillo y lo había remendado primorosamente. El día anterior, Marie había tomado prestados los zapatos de la niñera de los Schmutzer, la familia de enfrente. Eran un número más pequeño que los que ella llevaba, pero sus propios zapatos domingueros le parecieron demasiado bastos y, a pesar de haberlos cepillado varias veces, no logró sacarles brillo.

—¿Tienes las entradas?

—¡Jesús, las entradas!

Marie, de tanta agitación, había dejado el sobre en su cuarto. Heini trepó escaleras arriba para ir a buscarlas.

—Bueno, niños, a portarse bien y a obedecer a Anna. Yo volveré pronto y os contaré cómo fue todo. Buenas noches.

Y ahora estaba ahí, en ese hermoso teatro, rodeada de gente culta y distinguida. Su cansancio había desaparecido como por ensalmo, y se esforzaba por no adoptar una postura demasiado rígida en la butaca. Notaba que Oskar la miraba una y otra vez por el rabillo del ojo. En un momento dado hasta le apartó un mechón de la cara sofocada.

En el entreacto abandonaron el patio de butacas para subir por una escalera con muchos recovecos a la planta superior, donde, alrededor de mesas altas de bar, la gente se congregaba y comentaba animadamente la pieza. Oskar le preguntó si quería tomar algo, pero Marie rehusó y se colocó al lado de uno de los ventanales. Los zapatos le hacían ya mucho daño y buscó alivio apoyándose un poco en Oskar, que con delicadeza le pasó el brazo por los hombros.

—¿Y qué te ha parecido? ¿Te gusta?

—Sí, mucho. —Marie le apretó la mano—. Estoy en el teatro, no acabo de

creérmelo. Si mi abuela lo supiera...

—¿Por qué tu abuela?

—Hace muchos años que no veo a mi abuela. Ni siquiera sé si vive todavía. Pero cuando salí de la granja, tuve que prometerle que un día iría a ver una función de teatro. Y ahora estoy aquí.

El recuerdo de su abuela hizo que a Marie le brotaran lágrimas; a través de la ventana, fijó la mirada en el ayuntamiento situado enfrente del teatro, aunque sin mirarlo. Esperaba que Oskar no se percatara de sus lágrimas. Él pareció notarlo, pero no dijo nada y apretó un poco más el brazo contra su cuerpo.

Deambularon de un lado a otro por el amplio pasillo mirando los retratos de actores famosos que decoraban las paredes. Y mientras Marie se esforzaba por no pensar en sus doloridos pies ni en su vejiga llena, sonó un timbre anunciando el final del entreacto.

—Bien, ahora viene lo más emocionante —dijo Oskar conduciéndola sin vacilar, escalera abajo, hacia sus asientos.

Anna había dejado encendida la tenue luz del vestíbulo, pero en el resto de la casa reinaba el silencio y la oscuridad.

Dios mío, qué alivio había sentido Marie al descalzarse; le ardían los talones y estaba segura de tener una ampolla a cada lado. Colgó el abrigo en su lugar y, tras colocar el sombrero sobre la repisa, se dirigió a la cocina a poner el hervidor sobre el fuego. A la cama no podía irse todavía; con lo excitaba que estaba, no podría conciliar el sueño.

Era la primera vez que salía con un chico. Sin contar los dos paseos que había dado con Oskar por el Türkenschanzpark. Pero al fin y al cabo esos habían sido de tarde y no habían durado más de una hora.

Se sirvió una infusión y fue corriendo al baño. Aún no sabía cómo iba a solucionar el problema del corpiño. Aunque lo primero era haberse deshecho de los zapatos y dejar de sentir el daño que le producían. Marie no sabía qué era más excitante: haber tenido una auténtica cita o haber estado en el teatro. Y no en un teatrillo de provincias, sino en el K. K. Hofburgtheater, donde la entrada costaba casi tanto como su sueldo y donde cada palabra que los actores pronunciaban sobre el escenario provenía de la pluma de su patrón.

—Pero ¿qué haces aquí sentada en la oscuridad?

Marie se sobresaltó. La cocinera, pese a su corpulencia, había entrado de forma inadvertida.

—¡Ay, qué susto me has dado! ¿Por qué no estás durmiendo? ¿Y los niños? ¿Están bien? —inquirió Marie levantándose de un salto, con la intención de correr hacia la puerta.

—Calma, cariño, claro que están bien. Solo que tenía curiosidad por saber cómo te ha ido. —Anna se sirvió una infusión y colocó un plato con galletas encima de la mesa de la cocina antes de sentarse con un suspiro de satisfacción.

—Ay, fue maravilloso.

—Cuenta cuenta.

—¿Qué voy a contar?

—Algo tendrás que contar. ¿Cómo es el teatro? ¿Solo había gente fina? ¿Qué trajes lucían las damas? ¿De qué va la pieza? ¿Lo entendiste todo? ¿Os besasteis? —preguntó Anna inclinando el cuerpo hacia delante llena de expectación, mientras se llevaba una galleta a la boca.

—¡La de cosas que quieres saber! Aquí podemos estar hasta las tantas de la madrugada. Antes de nada, suéltame los cordones del corpiño, me estoy asfixiando.

Se quedaron hasta muy tarde en la cocina, y Marie contó, describió las escaleras de mármol y las pinturas en las paredes, las butacas tapizadas de terciopelo rojo y el gran escenario.

—¿Sabes, Anna? No es una simple tarima como la que has visto en la feria, es una enorme superficie que se extiende hacia atrás hasta donde no alcanza tu mirada.

Le habló de los elegantes atuendos de damas y caballeros, le dijo que Oskar, con gesto de hombre de mundo, había entregado sus abrigos en la guardarropía y que ella no se había sentido tan mal entre toda esa gente distinguida.

—Pero al lavabo no me atreví a ir, y los zapatos me hacían un daño terrible.

—¿Y la pieza? ¿Qué te pareció? ¿Lo entendiste todo? ¿Qué significa el título *La ancha tierra*?

—Quiere decir que el alma es un amplio mundo. La pieza es..., cómo te diría..., en cierto modo triste.

—¿Triste? ¿Por qué?

—Sí, porque, ¿sabes?, está llena de gente que, aunque lo tiene todo, en realidad, no está satisfecha. Parejas que se son infieles y, aunque conviven en las casas más hermosas y pasan las vacaciones en los mejores hoteles, se mienten constantemente y se engañan unos a otros. Ese tal Friedrich Hofreiter anda siempre metido en asuntos de faldas, y a su mujer, que lo sabe, de alguna manera le da lo mismo y tiene a su vez un admirador que hasta se suicida. En realidad, todo es un horror. ¡Y que el doctor se haya inventado todo esto..., no salgo de mi asombro!

—No solo son invenciones.

—¿Qué quieres decir?

—No siempre ha sido tan santo. Te lo digo yo, que ya había roto algunos

corazones antes de que la señora lo metiera en cintura.

—Me cuesta imaginarlo.

—A mí la criada de Salten me contó que hasta tuvo una vez un hijo con otra. Pero nunca lo reconoció y la criatura murió. La mujer también, unos años más tarde. Dicen que de apendicitis, pero seguramente fue de mal de amores.

Marie no quiso saber nada de eso. Veneraba al doctor Schnitzler, lo encontraba inteligente y justo; y la manera en que trataba a sus hijos era para ella sencillamente adorable. ¡Lo bien que se lo pasaba con la pequeña Lili! No dejaba pasar ocasión alguna para cogerla en brazos y siempre la escuchaba con atención cuando ella le contaba sus graciosas historias o le cantaba alguna canción cogida por ahí al vuelo. Con Heini daba paseos regularmente y conversaba con él como con un adulto sobre todo lo habido y por haber: los dioses griegos, la electricidad, la astronomía y muchos temas más.

En casa de Marie todo había sido bien distinto. Últimamente ella no podía por menos que pensar una y otra vez en su padre, en la indiferencia con que trataba a sus hijas. Raras veces les dirigía la palabra, en realidad solo lo hacía para dar escuetas órdenes. ¡Cuánto miedo le infundía! Muchas veces le había propinado una palmada con el dorso de la mano, así porque sí, al pasar a su lado, sin razón aparente. Heini y Lili, en cambio, se acercaban con toda naturalidad a su padre, sin temor ninguno. Él se interesaba por ellos y sus ínfimos problemas, a Heini lo trataba incluso como a un pequeño adulto, con respeto y aprecio. Lo que Anna contaba acerca de la vida amorosa del doctor le resultaba del todo inimaginable. Seguramente eran solo habladurías de criados. Pero una cosa sí sabía con seguridad: ella también tendría hijos, y en el mejor de los casos serían dos, como en la familia Schnitzler, un niño y una niña. No toda una prole como habían sido en su casa, donde los padres hasta confundían sus nombres. Con sus hijos ella sería atenta y cariñosa.



Los niños estaban muy excitados, pues los padres habían anunciado por telegrama su regreso de Salzburgo para aquella noche.

Salimos esta tarde STOP  
Llegamos de noche cuando durmáis STOP  
Nos vemos mañana STOP  
Mil besos STOP  
Mamá y papá

A Marie le costó mucho hacer que Heini y Lili se acostaran, querían a toda costa esperar la llegada de sus padres.

—No estoy cansado —decía Heini cuando Marie le pedía que se pusiera el pijama—. Además, tengo que volver a practicar mi pieza de piano porque mañana es el cumpleaños de mamá.

—Si ya la sabes tocar estupendamente, Heini. Ahora tienes que ir a la cama, mañana es día de colegio —dijo Marie intentando conferir un tono de severidad a su voz. Siempre le resultaba difícil no ceder ante los ruegos de los niños.

Lili estaba empeñada en no dejarse cambiar el pañal, reía y brincaba sobre el canapé de su habitación. Cuando Marie logró pescarla y sujetarla, empezó a proferir berridos estridentes.

Por fin, con media hora de retraso con respecto a lo habitual, Marie pudo meter a Lili en la cuna. Tuvo que cantarle varias veces sus nanas preferidas, pero la niña acabó por dormirse. Entonces la niñera ordenó un poco la habitación. Le había permitido a Heini seguir leyendo, pero cada dos por tres él apartaba el libro, se incorporaba en la cama y la miraba.

—¿Qué pasa, tesoro? —le preguntó Marie sentándose a la orilla de su cama y acariciándole el pelo—. ¿Qué ocurre, que tu libro no es interesante?

—Sí, sí que lo es —contestó Heini, poniendo su mano en la de ella y apretándosela—. ¡Cuéntame otra vez cómo fue en el teatro!

—Ay, Heini. Ya te lo he contado tantas veces...

—Cuéntamelo una vez más. Por favor. Después seguro que me duermo enseguida.

—¿Prometido?

—Prometido.

Y Marie volvió a relatar una vez más cómo había entrado con Oskar en el teatro, cómo le apretaban los zapatos y cómo le sudaban las manos cuando entregó las entradas al acomodador. Cuando empezó a describirle la escalinata y el patio de butacas del K. K. Hoftheater, Heini la interrumpió diciendo:

—No, eso no. Yo sé cómo es. He estado muchas veces con mi padre.

—Bueno, entonces, ¿qué quieres oír?

—Pues sobre la obra.

—Eso no es para niños.

—¿Por qué no?

—Tú no entiendes de esas cosas.

—Yo ya lo entiendo todo. Este año entro al instituto.

—Ya lo sé, tesoro. Ya eres mayor e inteligente. Pero sobre la obra puede contarte más tu padre, que al fin y al cabo fue quien la escribió.

—¿Y Oskar?

—¿Qué quieres saber de Oskar?

—¿Lo quieres mucho?

—Heini, eso es una indiscreción. Esas cosas no las pregunta un joven distinguido. —Marie le pasó la mano por la cabeza alisándole el pelo y le dio un beso en la frente—. Y ahora a dormir. Mañana tienes que estar descansado para que tu madre tenga un bonito cumpleaños.

—Pero ¿vas a casarte con Oskar y luego marcharte de aquí como Hedi? — La pregunta salió con un hilo de voz de su boca cuando Marie ya casi había alcanzado la puerta.

La niñera volvió a aproximarse a la cama del niño.

—Conque eso es lo que te ronda la cabeza, tontín. No, Heini, no tienes que tener miedo al respecto. Yo a Oskar apenas lo conozco. Es más como... un amigo, ¿sabes? Y a mí me gusta mucho vivir aquí con vosotros. Si no, ¿quién vigilaría que te lavaras bien los dientes y que Lili no anduviera siempre llena de manchas? No tienes que temer que yo me vaya —dijo Marie, estiró su edredón y apagó la lámpara de la mesilla de noche—. Y ahora, a dormir,

jovencito. Si no, mañana por la mañana estarás de nuevo de mal humor.

Al parecer sus palabras habían conseguido tranquilizar a Heini, que se arrellanó en su almohada.

—Buenas noches, señorita Marie —exclamó entre risitas.

—Buenas noches, señorito.

Friedrich Stock llevaba casi una semana entera sentado en el cuarto trasero de la librería repasando con un distribuidor tras otro los catálogos de novedades. Mientras tanto Oskar, en la tienda, atendía a los clientes sin tener mucho que hacer. Durante el inventario se había hecho limpieza y puesto orden en general; los nuevos libros no habían salido al mercado y, tras la avalancha de gente durante las fiestas navideñas, ahora se respiraba un ambiente bastante tranquilo en la librería de la Währingerstrasse.

—Mira, va a aparecer un nuevo Thomas Mann. ¿A que es bonito? —dijo Stock.

Oskar permanecía en la puerta del despacho, así podía divisar la entrada del negocio al tiempo que echaba un vistazo a los catálogos. Como cada año, le hacía ilusión la llegada de las novedades, de mercancía nueva, aunque de los libros ya publicados que se había propuesto leer todavía le quedaban muchos por acometer.

Stock le enseñó una página doble a color y luego leyó en voz alta:

Tendrá el nombre de Insel-Bücherei y estará formada por una serie de pequeños volúmenes con presentación amable que costarán 50 céntimos. Serán obras no demasiado extensas —novelas cortas, ensayos, breves antologías poéticas— que injustamente han caído en el olvido o a las que queremos dar especial difusión en la actualidad; también habrá algún que otro libro ilustrado.

—Suenan bien, ¿verdad? Creo que a nuestros clientes les va a gustar. Comienzan con Rilke, *Canción del amor y de la muerte del corneta Cristóbal Rilke*. Luego siguen con Cervantes, *La gitanilla*.

Estos eran los momentos que ambos adoraban: cuando, inclinados sobre los catálogos de novedades, emprendían el periplo de imaginar cuáles serían las reacciones de sus clientes frente a los nuevos libros. El entusiasmo que experimentaban al ver una presentación primorosa o un nuevo libro de su autor preferido podían compensarlos por el ingente trabajo y la escasa

remuneración.

Esta vez, cuando el distribuidor se hubo marchado, Friedrich Stock se dirigió a su vivienda, situada en la calle de enfrente, con el fin de echar una siesta.

—No me siento muy bien, este resfriado se quiere ir del todo.

—Quédese en casa tranquilo, yo me las arreglo solo. A los pocos clientes que han de venir, puede confiármelos sin reparos —le dijo Oskar a su jefe, y Friedrich Stock aceptó agradecido el ofrecimiento.

—Bien, si tú lo dices. A propósito, se me había olvidado por completo decirte que el viernes estamos invitados a cenar.

—¿Quién? ¿Usted y yo?

—Sí, ambos. En casa de los Gold. Ya sabes, los dueños de la gran librería en el Kohlmarkt. A menudo me encuentro con el señor Gold. Lo conoces, ¿no?

—Sí, pero ¿por qué nos invita a ambos?

—Yo tampoco lo sé a ciencia cierta. Me preguntó expresamente si vendrías tú también.

—Muy interesante. Bueno, por qué no.

—Sí, dicen que tiene una excelente cocinera.

—Pues entonces me alegro.

La tarde transcurrió sin incidentes, y Oskar miró varias veces el reloj que colgaba encima de la puerta. No le gustaba que hubiera tan poco movimiento en la tienda, prefería el trajín para que se pasara el tiempo volando. No se le ocurría qué otra cosa podría ordenar o clasificar, de modo que se puso a hojear con cuidado algunos libros, y los pocos clientes que se extraviaron hacia la librería pudieron disfrutar de recomendaciones detalladas y exhaustivas.

Unos minutos después de las seis, Oskar se dispuso a meter las dos cajas de madera con los libros en liquidación empujándolas hacia el interior de la tienda y recogió el toldo dándole a la manivela. Cada vez que lo hacía no podía por menos que pensar en Marie... Si no hubiera sido por el toldo, seguro que no se habrían conocido. ¡Dios, cómo nevaba ese día, poco antes de Navidad! Ya nadie creía que fuera a haber nieve ese año, pero nevó, y lo hizo de repente, de la noche a la mañana, y unas cuantas horas más tarde la ciudad

entera estaba cubierta con una gruesa capa blanca. Daba la impresión de que nunca dejaría de nevar. Y de repente, ahí ante la puerta, estaba esa joven con la pequeña cogida de la mano. Parecían dos muñecos de nieve porque desde el tejadillo les había caído encima toda una tromba de nieve reciente. Era obligación de Oskar limpiarlo regularmente, pero la actividad navideña estaba en su apogeo y él se había olvidado por completo de quitar la nieve. Por su descuido la hermosa joven, que él en un primer momento confundió con la actriz Hedwig Kramer, había sido blanco del alud. Claro que enseguida se percató de su error: no era Hedwig Kramer. Sin embargo, constatarlo no mejoró su estado de agitación interior, pues los pocos minutos que la joven estuvo dentro de la tienda y las pocas frases que llegaron a intercambiar fueron suficientes para provocarle una considerable turbación.

La niña que estaba al lado de la joven resultó ser Lili Schnitzler, y la maravillosa Marie, la niñera en la casa del escritor a quien él tanto veneraba. ¿De dónde había sacado Oskar el valor para regalarle ese pequeño libro de poesías? Entretanto, hasta habían acudido juntos al teatro, y había sido el doctor Schnitzler personalmente quien les había regalado las entradas. Bueno, en realidad, se las había regalado a Marie y ella lo había invitado. Cómo le habían brillado los ojos cuando habían entrado al gran auditorio. Unas cuantas veces se había sobresaltado de lo absorta que estaba en la obra. Oskar se imaginaba una y otra vez su cara: las mejillas ruborizadas, los rizos que constantemente se soltaban del pasador que sujetaba su pelo, el brillo de sus ojos. ¡Dios, estaba coladito por ella! De otro modo no se explicaba que Marie ocupara su primer pensamiento al despertar y el último al quedarse dormido.

Antes de entrar en el recibidor de la casa de los Gold, Friedrich Stock le compuso a Oskar el cuello de la camisa y le dio un golpecito en el hombro para animarlo.

—Bien, hijo mío. Y ahora no me hagas quedar mal.

Oskar siempre se estremecía un poco cuando el librero lo trataba de «hijo mío». Por un lado, sentía cierto orgullo; por otra parte, estas palabras lo entristecían, pues le recordaban a sus padres, fallecidos en un incendio cuando él todavía era un niño. Con cada año que pasaba su recuerdo se iba desvaneciendo un poco más, ahora solo conservaba la voz de su madre en la memoria y el olor a cola del taller de encuadernación donde había pasado

muchas horas de su infancia.

—¿Sueñas despierto? —le preguntó Stock, que había entrado al hueco de la escalera y le sostenía la puerta—. ¿Dónde tienes las flores? Ven, quítales el papel.

Los Gold eran personas cultas y de buen corazón. Friederike Gold se alegró del ramo de tulipanes que Oskar le entregó, y el anfitrión recibió la botella de vino que les traía Stock levantando una ceja y diciendo:

—¡Pero, compañero, no tenía usted que molestarse en traernos semejante exquisitez! En cualquier caso, nos lo tomaremos juntos. Tiene que prometérmelo.

En el salón, una criada les ofreció una copa de champán, Oskar miró con el rabillo del ojo la mesa ricamente engalanada y se puso algo nervioso. Sus modales en la mesa dejaban que desear, al fin y al cabo, raras veces tenía ocasión de practicarlos. Por lo general, comía solo en el cuarto trasero de la librería o en mesones modestos, a veces también en la cocina de su casera, pero el entorno nunca era elegante. Sobre el mantel, blanco como la nieve, había mucha cubertería; delante de cada comensal, varios vasos de cristal tallado. Tras un breve vistazo a la biblioteca del salón, tomaron asiento, y solo en ese momento Oskar se percató de que la mesa estaba puesta para cinco personas. Al instante, en efecto, hizo su aparición la hija del matrimonio, disculpándose por la tardanza, y, segura de sí misma, se presentó a Friedrich Stock y Oskar estrechándoles la mano.

—Buenas noches. Soy Fanni, Fanni Gold.

—Oskar Nowak, encantado —respondió Oskar adoptando una actitud rígida.

La chica se sentó junto a él, se puso la servilleta en el regazo, bebió un buen sorbo de vino y cogió sin problemas el hilo de la conversación que el pequeño círculo ya había iniciado. Hablaban de cómo habían ido las ventas por Navidad, del eterno tema del precio demasiado bajo de los libros y la presentación cada vez menos cuidada de los mismos, también sobre la nueva novela de Keyserling, que, lamentablemente, no era tan buena como la anterior.

Oskar bebió demasiado vino, sentía cómo el calor le subía a las mejillas. Y tuvo que confesarse a sí mismo que estaba muy impresionado por la joven. Fanni Gold había crecido, por así decirlo, en la librería de sus padres, había

gozado de una buena formación académica y desde pequeña había ayudado en la tienda. La librería de los Gold no era pequeña como la de Friedrich Stock ni estaba situada en un barrio periférico. En la de los Gold compraban sus libros las clases altas y los políticos, de modo que Fanni, ya de niña, había estado sentada en el regazo de algún que otro escritor famoso. Conversaron animadamente, se contaron anécdotas, y Oskar acabó por mencionar su pasión por el teatro. Cinco veces he visto ya *La ancha tierra*, dijo, y obviamente quería darse un poco de importancia cuando contó que la última vez había visto la obra por invitación del gran Arthur Schnitzler en sitio privilegiado. Lo que no dijo fue cómo había llegado a gozar de la entrada, y cuando Fanni le preguntó si ya había estado alguna vez en casa del gran literato, Oskar contestó brevemente:

—Solo un momento, para entregarle un libro que nos encargó.

—Pero ¿por qué le regaló entonces una entrada para el teatro? Es un gesto muy generoso de Schnitzler.

Antes de que Oskar pudiera responder, la criada entró con el postre, una enorme tarta Malakoff, y la señora Gold alzó su copa.

—Brindaremos por nuestra extraordinaria hija. Fanni cumplió ayer sus veintidós años, de modo que vamos a alargar un poco la celebración, ¿qué os parece?

La velada duró bastante; estuvieron reunidos en el salón hasta casi la medianoche, sacando una y otra vez libros de la estantería, bebiendo coñac y fumando. Fanni estuvo con ellos todo el tiempo, no se le pasó por la mente dejar el protagonismo de la noche a los caballeros. Incluso cuando su madre se retiró, la hija se quedó allí, bebiendo también coñac, y hasta se fumó un purito. Oskar nunca había estado en presencia de una mujer como ella.

Jakob Gold y Fanni acompañaron a los dos invitados hasta la puerta para despedirlos y todos aseguraron querer repetir pronto la velada. Fanni estrechó la mano de Oskar sujetándola durante unos instantes y mirándolo a los ojos.

—Un día podríamos ir juntos al teatro, ¿no le parece? Usted al parecer tiene un buen suministrador de entradas.

—Sí, por qué no —masculló Oskar turbado, y se dispuso a acompañar a Friedrich Stock hasta el coche.

—Una chica guapa, ¿verdad? Y muy lista —comentó Stock mirando a Oskar de reojo.



—Sí, eso es cierto. Todo un personaje.

—Un día heredará la librería del padre; lamentablemente, los Gold no tienen hijo varón.

—Seguro que ella ya es una buena librera.

—Sí, pero sin tener un hombre a su lado será difícil.

Oskar se quedó parado en medio de la calle.

—¿Era ese el plan de esta noche?

—No sé a qué te refieres.

—¿Buscan los Gold un marido para su hija? Una joven tan estupenda seguro que debe de tener un sinfín de pretendientes.

—Probablemente, pero creo que les gustaría un yerno que fuera librero.

Oskar guardó silencio, le revoloteaban los pensamientos en la cabeza.

—Sí, pero yo...

—Espacio, muchacho. Aún no te ha hecho una propuesta de matrimonio. E incluso si lo hubiera hecho, tú no estás obligado a decir que sí inmediatamente. Ahora vamos a dormir y después ya se verá. —Diciendo estas palabras, Stock subió al coche, dejando atrás al confundido Oskar en medio de la oscuridad nocturna del casco antiguo.

El joven estaba contento de poder caminar solo por las callejuelas oscuras. En el puente sobre el canal del Danubio se detuvo y miró largo rato las negras aguas.

Anna ya había preparado la leche para Lili en el biberón y le había untado a Heini pan con mantequilla cuando Marie entró en la cocina con los niños. Fuera ya oscurecía a pesar de la temprana hora, podía percibirse que la primavera estaba cerca.

—Oye, ¿has visto a Sophie?

—No, ¿no se ha levantado?

La cocinera sacudió la cabeza y puso los ojos en blanco.

—Te digo yo que esa muchacha es francamente complicada. Puede darse con un canto en los dientes de que los señores no noten lo informal que es. ¿Puedes ir a ver dónde está?

Marie no tenía una buena relación con la joven criada, contratada por los Schnitzler tres meses antes de que ella llegara. Desde un principio Sophie había tenido una actitud de rechazo hacia ella. Sin duda se había hecho ilusiones de poder ser la niñera y sentía que los señores no la habían tenido en cuenta. Ahora Marie ocupaba el puesto que, a su juicio, le hubiera correspondido a ella. Mientras Sophie tenía que ordenar, limpiar y servir, Marie podía pasárselo bien con los niños.

Marie llamó a la pequeña puerta de madera y tardó en oír la vocecita que respondió desde dentro.

—¿Sí?

—Sophie, soy yo. ¿Te has quedado dormida? Ya son las siete y media.

—Sí, me levanto enseguida. No me encuentro bien.

—¿Puedo pasar?

—Sí.

A pesar del frío, en la pequeña estancia olía a aire cargado, y al acercarse a la cama de Sophie, Marie vio al lado de la mesilla de noche la palangana esmaltada con vómito.

—Por Dios, Sophie, ¿tienes de nuevo gripe?

Poco antes de Navidad la criada ya había estado varios días fuera de combate, y a Marie le había tocado servir en una cena con muchos comensales.

Recordaba muy bien aquella noche, su nerviosismo inicial, su miedo a dejar caer la sopera o derramar el vino, ante la mirada estricta de la señora; no obstante, todo había salido bien. Y a fin de cuentas había disfrutado viendo cenar a aquella gente tan distinguida, aguzando el oído para oír sus conversaciones y admirando los elegantes atuendos que lucían las damas.

—No, enseguida me repongo. Es solo que me acaban de entrar unas náuseas terribles —dijo Sophie, pálida como un queso. Tenía el pelo pegado por el sudor y los ojos rojos de llorar.

—¿Puedo hacer algo por ti? ¿Quieres que te traiga una infusión?

—Sí, una infusión estaría bien. Pero Marie...

—¿Qué?

—Que los señores no se den cuenta de nada.

—No, descuida; no se enterarán. Ni siquiera se han despertado.

—Pero Anna tampoco debe saberlo.

—Eso sí que no podré evitarlo. Fue ella la que me envió.

—Ay, pero... —dijo Sophie comenzando a llorar incontroladamente, y cuando Marie se acercó más a su cama para consolarla, la muchacha se tapó la cabeza con la manta.

En la cocina, Marie puso el hervidor sobre el fuego y con una cucharilla sacó flores de manzanilla de un frasco para verterlas en un tazón. Lili daba golpecitos acompasados con su cuchara sobre la mesa de la cocina y Heini intentaba acompañarla emitiendo ruidos de trompeta. Estaban contentos y de muy buen humor, y cuando Marie les llamó la atención para que hicieran menos ruido, se rieron por lo bajo.

—¿Y bien? ¿Qué pasa con la chica? —preguntó Anna saliendo de la despensa.

—Se ha puesto enferma. Ha vomitado. Le estoy preparando una infusión.

—Pero ¿qué dices? ¿Otra vez?

—Lo mismo he dicho yo. Dijo que enseguida se pondría bien, pero luego se echó a llorar y se tapó la cabeza con la manta.

—Eso no pinta bien. Ponle el agua a la infusión, ya se la llevo yo. Y tú, Heini, ¡venga!, tienes que salir, la clase empieza en un cuarto de hora.

Anna permaneció un rato largo en la habitación de Sophie. Entretanto Marie ayudó a Heini a buscar las manoplas y la bufanda, luego, como cada

mañana, lo despidió haciéndole señas mientras el niño se alejaba. Después vistió a Lili. Le estaba leyendo a la pequeña un libro con ilustraciones cuando Anna entró en la habitación y, soltando un hondo suspiro, se dejó caer sobre la cama.

—¡Madre mía, madre mía!

—¿Tan mal está? ¿Es grave lo que tiene?

—Es mucho peor que eso. Está encinta. —La siempre alegre Anna parecía ahora muy abatida.

—No me digas, ¿de verdad? ¿Y eso por qué?

—Qué cosas preguntas, hija. A ver, ¿por qué está una encinta?

Marie sacó unos cuantos libros de la estantería y los colocó al lado de la niña sobre la alfombra.

—Ahora miras tú sola estos libros, ¿vale? Marie y Anna tienen que ir un momento a la cocina. Enseguida volvemos. Sé buena y después vamos a dar un paseo.

Anna cerró la puerta de la cocina procurando no hacer ruido y se sentó en el borde de la silla. Marie no había visto nunca a la cocinera tan confundida y desalentada.

—¡Jesús, María y José! ¡Qué criatura más tonta!

—¿Qué hacemos?

—Nada. Nada de nada. Tiene que decírselo a los señores y luego rezar para que los padres la vuelvan a acoger. Y al canalla que la embarazó, naturalmente, hace tiempo que no se le ve el pelo. Son todos unos bellacos.

Cuando se abrió la puerta de la cocina, las dos se sobresaltaron. No habían oído que el doctor bajaba la escalera.

—Anna, ¿qué pasa? ¿Hoy no se sirve el desayuno en esta casa? Y usted, Marie, ¿qué hace aquí? ¿Dónde están los niños?

Las dos se levantaron de un salto. Anna se puso a preparar café, ajetreadamente, y Marie pasó a hurtadillas al lado del doctor diciendo en voz baja:

—Heini ya ha salido para la escuela y Lili se encuentra arriba, en su habitación. Está mirando libros. Enseguida voy a ocuparme de ella.

—¿Dónde está la criada?

—¿Sophie? Por desgracia está indispuesta, pero no es nada grave. Ahora

mismo viene. Entretanto le preparo yo el desayuno. ¿Viene también la señora?  
—Anna colocó pan, mantequilla, mermelada y dos tazas sobre una bandeja y llevó todo al comedor.

—¿Otra vez? Pero si no hace nada que estuvo enferma. ¡No es muy fuerte, esta muchacha!, ¿verdad? ¿Necesitamos un médico?

—No no, doctor. Ya se encuentra mejor.

—Bueno, esperemos que no sea nada serio. Si no, llamamos al doctor Pollak.

Marie corrió hacia arriba, a la habitación de los niños, donde Lili, por suerte, seguía absorta en las ilustraciones de sus libros.

—Ven, tesorito. Vamos a ponernos el abrigo y dar un paseo. ¿Adónde quieres ir hoy?

—Al parque. Y a patinar en el hielo.

A Lili le encantaba la pista de hielo, podía estar horas mirando cómo los patinadores daban sus vueltas, y no veía la hora de tener la edad suficiente para intentarlo ella misma.

—Pero la pista no está abierta aún. Vamos al parque.

Hoy Marie no acababa de centrarse. Constantemente pensaba en la pobre Sophie y en lo que ella haría en semejante situación. Volver a la casa paterna no sería posible, su padre casi seguro la echaría de la granja con cajas destempladas, incluso en avanzado estado de gestación. A las jóvenes ricas que se veían en esa penosa situación se las enviaba a internados en el campo, y, si tenían suerte, los hombres les pagaban la estancia y el sustento de la criatura. Incluso el doctor Schnitzler había actuado de esa manera cuando Olga esperaba a Heini y él no se decidía a contraer matrimonio; se lo había susurrado Anna no hacía mucho en la cocina. Pero ¿qué hacer si el hombre no estaba por la labor? ¿Y si la mujer misma no tenía recursos? Naturalmente, Marie había oído hablar de «las que hacen angelitos», unas comadronas que sabían perfectamente cómo deshacerse de los hijos no deseados. Pero eso era muy peligroso; una y otra vez morían mujeres a causa de hemorragias o infecciones. Aun cuando Sophie no se había portado bien con ella, Marie sentía ahora mucha pena de verla tan desesperada. Nadie merecía pasar por semejante situación. Y para sus adentros se juró que a ella jamás le ocurriría algo semejante, ya podía el hombre hacerle los ojitos que quisiera, ella al fin y al cabo no era una tonta.

—¡Marie, Marie! —oyó gritar la niñera, que estaba tan sumida en sus pensamientos que ni siquiera se dio cuenta de que Lili había salido corriendo por la colina. Seguro que había dado un traspie, y en la caída había ido a parar a un gran charco. La nieve, que se estaba derritiendo, había convertido los prados del parque en un gran lodazal. Y en uno de los charcos estaba sentada ahora Lili gritando a pleno pulmón.

—Angelito mío, ¿qué has hecho? ¿Te has lastimado?

Marie corrió colina abajo y sacó a la niña del charco.

—¡Ay, ay! Pupa pie.

—Ven aquí, cariño, ya se te pasará.

Sana, sana, sana, culito de rana, si no sana hoy, sanará mañana, cantó meciendo a Lili en sus brazos. La niña se calmó rápidamente, pero se negó en redondo a recorrer a pie los pocos metros que las separaban de la casa.

—Pie roto. Ay, ay —se quejaba.

Marie tenía miedo de que se hubiera hecho daño de verdad y la llevó en brazos hasta la casa. Todo estaba en silencio. Sin duda, Anna estaría haciendo la compra, la señora tenía clase de canto y el doctor estaba en el despacho dictándole a la señorita Pollak. En el vestíbulo descalzó a la niña y le quitó el abrigo. El hermoso paño rojo tenía una enorme mancha marrón y Marie no quería ni pensar la escena que se montaría si la señora llegaba a ver tal estropicio. Lili seguía quejándose. Marie la llevó al cuarto de baño, la colocó sobre un escabel, le quitó las medias y le examinó los tobillos. La niña torció la boca, pero dejó de llorar.

—Pero ¿quién anda por aquí? ¿Quién arma semejante escándalo?

El doctor Schnitzler había entrado en el cuarto de baño y las miraba a ambas extrañado. Marie seguía con el abrigo y el sombrero puestos, mientras la niña estaba en ropa interior.

—Tuvimos un pequeño percance en el parque. Por favor, disculpe la interrupción, doctor.

—¿Y por qué llora la pequeña señorita?

—Creo que se ha torcido el tobillo.

—Vamos a ver. Esto lo arreglamos en un periquete.

En el momento en que Lili divisó a su padre dejó de llorar inmediatamente. Una sonrisa recorrió su cara.

—Papá, Lili pupa.

—No parece nada grave. ¿Vienes conmigo al despacho? La señorita Pollak se va a alegrar si le haces una visita, y a mí me debe de quedar algún caramelo en el cajón del escritorio.

La niña bajó como un rayo del escabel y, saltando, siguió a su padre, que se dio media vuelta y dijo a Marie sonriendo:

—Esta vez nos podemos ahorrar el hospital.

Oskar llevaba dos semanas sin ver a Marie. En varias ocasiones había pasado después del trabajo por delante de la casa de los Schnitzler, deambulando calle arriba para dar media vuelta a la altura del sanatorio psiquiátrico. Había visto luz en la cocina, y una vez incluso creyó reconocer la sombra de Marie detrás de la ventana, pero no se atrevió a llamar al timbre. ¿Qué habría dicho, si uno de los señores hubiera salido a abrirle la puerta?

Un día Friedrich Stock le dijo, dedicándole una sonrisa:

—El doctor Schnitzler ha encargado un montón de libros, ¿quieres llevárselos tú?

—Claro que sí, con gusto. ¿Los tenemos ya todos?

—Esta tarde llega otro volumen. A última hora puedes pasarte por allí.

Oskar había estado nervioso todo el día, apenas si había podido concentrarse en el trabajo, una y otra vez se le extraviaban los libros y luego tenía que pasar tiempo buscándolos. Dedicó sus breves descansos a escribir una carta para Marie, que dejaría en la Sternwartestrasse en caso de no verla.

Poco después de las seis se encontraba llamando al timbre. La criada le abrió la puerta y, acto seguido, bajó la vista, lo hizo pasar con un hilo de voz y cuando estuvo en el vestíbulo, le susurró:

—Marie está con los niños arriba.

Oskar se sorprendió. Marie le había contado que la criada le tenía manía, y ahora, ¿de repente aquella familiaridad?

—Gracias. ¿Le daría usted esto? —preguntó sacándose el pequeño sobre del bolsillo del abrigo. Sophie se lo metió rápido bajo el delantal e hizo una breve reverencia flexionando una pierna.

—Le diré al doctor que usted está aquí. Los señores se disponían a cenar, pero seguro que se alegra de que le haya traído sus libros.

—¡Ah, el librero! ¿Quiere usted pasar un momento? —le preguntó Arthur Schnitzler recogándole el paquete.

—No quiero molestar. La muchacha me ha dicho que se disponían a cenar.

—No nos molesta. ¿Quiere hacernos compañía? Mi esposa se alegrará.



—No sé. No quiero ser inoportuno.

—No lo es para nada, ¡pase! Tenemos más que suficiente. Creo que hay *rinderroulade*.

Olga Schnitzler se sorprendió un poco cuando vio entrar a Oskar en el comedor, pero lo saludó amablemente y le indicó a Sophie que pusiera otro cubierto.

—Cómo no, señora.

—Y dígale a Heini que venga por favor a la mesa.

—Sí, señora.

Unos minutos más tarde entraba Heini al comedor, visiblemente contento de ver al librero. Marie, dudosa, se quedó ante el umbral, y Oskar captó su mirada. Ella asintió brevemente con la cabeza y enseguida desapareció.

El *rinderroulade* estaba exquisito, la conversación fue amena, y Oskar quedó encantado con el chico que, con sus nueve años, participaba con naturalidad en la conversación de los adultos.

Hablaron de los diferentes actores de *La ancha tierra*.

—Para mí Bleibtreu es, con creces, la mejor intérprete —opinó Schnitzler. Oskar asintió y se deshizo en elogios sobre la obra.

—Si me permite la pregunta, doctor: ¿qué está escribiendo en este momento?

—Un tema complicado, joven, un tema muy complicado. Trata de un médico judío que trabaja en un hospital y tropieza con sus propios principios morales. Es decir, no solo con los suyos, aunque también. Y si me resulta tal y como la tengo en mente, la obra sin duda no pasará la censura.

—Está en tus manos, Arthur —opinó Olga—. La obra será tan explosiva como tú quieras que sea.

—Lo sé, Olga, lo sé. Pero ciertas cosas han de ser contadas.

Después de cenar, Heini se despidió educadamente. Oskar esperó ver de nuevo a Marie, pero el chico subió solo a su cuarto.

—Agradezco mucho la generosa invitación. Me siento muy honrado de haber sido convidado a su casa —dijo Oskar incorporándose.

Besó la mano de Olga Schnitzler y, cuando Arthur Schnitzler lo acompañó hasta la puerta, la criada ya estaba ahí tendiéndole el abrigo y guiñándole el ojo con complicidad.

Ya casi había llegado a la parada del tranvía cuando notó el papel en el bolsillo. ¡Una carta! De Marie. Oskar se colocó bajo una farola y abrió el sobre con manos temblorosas.

Mi querido Oskar:

Cuánto me ha alegrado hoy recibir tus líneas. Sí, a mí también me gustaría volver a verte, tal vez podríamos hacer una excursión durante mi próximo día libre. Podríamos ir a pasear o quizá a un museo. ¿Qué te parece si nos encontramos el sábado que viene a las diez en la parada del tranvía?

Te saluda cariñosamente,

MARIE

Aunque era su día libre, Marie se levantó con los niños y preparó el desayuno. Los Schnitzler querían pasar el día en casa del hermano del doctor, y la señora había preguntado a Marie si podría ayudarlos a preparar a los niños por la mañana. Obviamente Marie no se negó. Cuando Lili la llamó por primera vez, corrió a su cama e intentó mantenerla callada para que Heini y los señores no se despertaran. Luego les había preparado el desayuno a los niños. A las nueve y cuarto por fin se marcharon. En un santiamén Marie se calzó, se enfundó el abrigo y corrió a la parada del tranvía. Cuando llegó, Oskar estaba sentado en el banco como un vagabundo, con el cuello del abrigo levantado y la gorra tan bien calada que le tapaba parte de la cara.

—Ya pensaba que no vendrías —dijo incorporándose de un salto.

—Cómo no voy a venir. Los señores estuvieron remoloneando. No pude salir antes.

—Pero ¿no era tu día libre?

—Sí, a partir de este momento —dijo Marie riendo—. Pero, descuida, no tienes que preocuparte por mis derechos, los Schnitzler son lo mejor que me ha podido pasar jamás.

Subieron al tranvía, Oskar validó dos billetes y emprendieron la travesía hacia el centro de la ciudad.

—¿Qué hacemos?

—¿Qué quieres hacer tú?

—Bueno, para pasear el tiempo no acompaña.

—Pues no me había dado cuenta —dijo Oskar mirando a través de la ventanilla; las gotas de lluvia se deslizaban por los cristales.

—¿Estás soñando?

—Sí, contigo. Por eso no me he percatado del tiempo que hace.

Marie se sintió muy turbada; ahora ella era la que miraba fijamente a través de la ventana. Y cuando Oskar le cogió la mano, ella se la retiró rápido, aunque luego volvió a dársela.

—Bien, entonces museo.

—Por mí, encantada.

—¿Y luego vamos a un café?

—No tengo tanto dinero.

—Señorita, usted es hoy mi invitada.

Marie soltó una risita.

—A eso la señorita solo dice: no cabe duda de que los librereros ganan una fortuna.

—Claro. Todos los librereros son ricos. ¿Naturaleza o arte?

—¿Qué quieres decir?

—¿Quieres ir al Museo de Ciencias Naturales o al de Historia del Arte?

—No sé, ¿quizá arte? Naturaleza ya he tenido suficiente de niña.

—No sabía que habías crecido entre elefantes y jirafas. Un día tienes que contarme más de tu hogar.

Marie rio, pero luego se puso seria y dijo:

—Pues no hay mucho que contar. Alta Austria. Granja. Pueblo. Muchos hermanos, siempre hambre, siempre trabajo.

—¿Y tus padres? ¿Viven todavía? ¿Y la abuela de la que me hablaste?

—Sí, seguramente. Bueno, mi abuela más bien no; ya era anciana cuando me marché. Pero no quiero hablar de esos tiempos. Ahora estoy contenta de estar aquí. En esta hermosa ciudad, con esta familia maravillosa. —Y en voz baja añadió—: Contigo.

Oskar le sujetaba la mano con fuerza en el momento en que franquearon la puerta del museo. Marie miraba a su alrededor. De nuevo una arquitectura tan majestuosa, para ella era inimaginable cómo podía construirse un edificio semejante. Y la ciudad estaba llena de sitios similares, bloques de pisos comunes y corrientes parecían a veces palacios.

Oskar pagó la entrada, entregaron sus abrigo y se dispusieron a subir por la escalera. Pero ya en el primer escalón Marie se detuvo a mirar la gigantesca escultura de mármol blanco.

—*Teseo luchando contra el centauro* —dijo Oskar.

Marie miró de reojo el cuerpo desnudo de Teseo y se ruborizó un poco. En realidad, estaba tan impresionada con la entrada, la escalinata y la enorme cúpula que ya no necesitaba ver las obras de arte que albergaba aquel lugar.

Una y otra vez se detenía, echaba la cabeza hacia atrás y miraba fijamente hacia arriba pasando las manos por el frío y liso mármol de la baranda. Oskar se reía y tiraba de ella para avanzar.

—Ven, todavía no hemos visto un solo cuadro.

Luego estuvieron contemplando pinturas, y Marie se sintió pequeña e insignificante a la vista de aquellos cuadros.

—Mi pintor favorito es Bruegel. ¡Mira esto!

Marie observó el cuadro, que según Oskar tenía trescientos años, y se quedó sin palabras. Hubiera querido aproximarse para ver a los niños jugando desde muy cerca. Pero el aspecto severo del vigilante apostado en un rincón de la sala la hizo desistir. No obstante, durante largo rato permaneció allí, sin moverse, descubriendo una y otra vez nuevos detalles. Oskar la convenció por fin de ir a ver otros cuadros y así estuvieron deambulando por las salas. Hacía tiempo que Marie había dejado de intentar memorizar los nombres de cuadros y pintores. Se limitaba a mirar, mirar y mirar la abundancia y la opulencia. En cierto momento tuvo claro que eran muchas las cosas que se había perdido hasta ahora en su vida. No tenía idea de que existieran cosas tan hermosas.

Oskar disfrutaba visiblemente del entusiasmo de Marie. No la apremiaba, le dejaba tiempo para examinar los cuadros, y de vez en cuando le contaba algo del pintor o del trasfondo de la obra que ella observaba. Y luego, después de casi tres horas, Marie se dio cuenta de repente de que estaba agotada. Los pies le dolían y tenía hambre y sed.

—¿Qué? ¿Suficiente? —le dijo Oskar sonriendo cuando ella se dejó caer en uno de los bancos tapizados de terciopelo.

—Sí, estoy bastante cansada. Pero me falta tanto por ver... ¡Es tan grande!  
—dijo Marie queriendo volver a ponerse de pie.

—No importa. No se puede ver todo en una sola visita. Volveremos. Y ahora vamos a un café a comer un *strudel* de manzana. Seguro que tendrás hambre después de tanto arte.

—Sí, vamos. *Strudel* de manzana suena bien. Un día yo también puedo hacerte uno con requesón o manzana. Según la receta de mi abuela.

—Me haría ilusión. Por desgracia no sé cocinar.

—Yo sí, pero cosas tan sofisticadas como hace Anna no. En mi casa la comida siempre era muy sencilla: patatas, sopa de cebada. Y en época de matanza: morcilla, manitas u orejas de cerdo. Y esos rabos de puerco que me

daban tanto asco, algo así no quiero volver a comerlo nunca.

El jefe de sala saludó a Oskar como a un antiguo conocido, y Marie se sintió un poco como una mujer de mundo. Se sentaron ante un velador de mármol, y el camarero le trajo a cada uno una pequeña bandeja de plata con una taza de café y un vaso de agua.

—Nunca he comido carne de cerdo.

—Perdona, lo había olvidado por completo. —Claro que había oído decir que los preceptos judíos sobre alimentación prohíben la carne de cerdo. ¡Qué tontería de su parte!

—No tienes que disculparte. No has hecho nada malo.

—En casa de los Schnitzler tampoco hay carne de cerdo. Aunque no son especialmente religiosos.

—Yo tampoco lo soy, solo que no me puedo imaginar comer carne de cerdo. ¿Tú crees en Dios?

—Yo sí. —Marie misma no pudo por menos que reír de lo poco convincente que había sonado su frase—. Bueno, la verdad es que ha habido épocas en que he tenido mis dudas.

—Me lo puedo imaginar. No lo has tenido lo que se dice fácil en la vida.

—Tú tampoco.

Ambos se quedaron en silencio durante unos instantes. La repentina intimidad entre los dos les resultaba confusamente agradable y desagradable a la vez. Oskar carraspeó y dijo en un tono algo rudo.

—Bueno, no vamos a caer en la autocompasión. Esta es una ciudad maravillosa, acabamos de admirar los cuadros más hermosos del mundo, el *strudel* de manzana está bastante bien, y tengo a mi lado a la mujer más bella de todo el café.

Marie sintió cómo sus mejillas se ruborizaban.

Cuando empezaron a andar por la Josefstädterstrasse ya casi había oscurecido, y Marie se envolvió en su mantón; el ambiente se había enfriado sensiblemente.

—¿Quieres que volvamos andando a tu casa? —le preguntó Oskar en tono animado—. ¿O te aprietan los zapatos como el otro día?

—¿Lo notaste?

—Se veía a la legua que estabas sufriendo.

—Pero si ahora vamos paseando, luego tú tendrás que desandar lo andado. Vives al otro lado del canal, ¿no?

—A mí eso no me importa, me gusta caminar. Además, ya no me queda dinero para el billete de tranvía.

—Eso te pasa por hacerte el espléndido y sacar a pasear a una mujer mimada. ¡Venga, vamos! Tengo buen calzado.

Hacía frío y caminaban deprisa, cogidos de la mano y hablando sin parar. Marie fue perdiendo cada vez más su timidez, le habló de los Schnitzler, pero también de su trabajo anterior e incluso de los tiempos en que el dinero solo le alcanzaba para el alquiler de una cama, cuando había tenido que vivir en un mísero cuchitril y trabajar lavando platos en una fonda.

—Fue horrible. Todo el tiempo tenía que tratar con borrachos y aguantar sus bromas. Y cuando volvía a casa agotada, me encontraba con otras cuatro personas con las que compartía ese cuarto cochambroso donde tenía que intentar dormir. ¡Me daba tanto asco aquella cama!

De su infancia y de la huida de aquella granja extraña a donde su padre la había llevado de jovencita, Marie no quería hablar, se había prometido a sí misma que nunca más se dejaría alcanzar por ese pasado. Ahora era una adulta, vivía en la ciudad, tenía un trabajo decente y ganaba su propio dinero. En el padre y sus crueldades no quería pensar.

—¡Qué pena que aún no nos conociéramos! Te hubiera sacado de allí.

En la estrecha acera de una calleja solitaria y oscura Oskar se detuvo, tomó a Marie por los hombros y girando su cuerpo la acercó al suyo. Luego, estrechando su cara entre sus manos frías, la besó. En la boca. Primero con mucha delicadeza, de modo casi imperceptible, pero ella enseguida le correspondió el beso. Marie no tuvo que pensárselo, sucedió de manera natural, y cuando tras un largo rato volvieron a mirarse a los ojos, sintió como si el mundo se hubiera detenido. El resto del camino lo hicieron en silencio. Marie estaba contenta de comprobar que Oskar parecía tan emocionado como ella y no tenía ganas de hablar.

En la Sternwartestrasse sus pasos se fueron ralentizando; ninguno de los dos quería que aquella tarde tocara a su fin. Poco antes de llegar a la casa, Oskar volvió a detenerse y le pasó a Marie el brazo por los hombros.

—Nos pasaremos tanto tiempo sin vernos... Es insoportable.

—Y tú, pobre, tienes que recorrer de nuevo un largo camino.

—Me podrías acompañar —dijo Oskar riendo—, y luego yo te volvería a acompañar a ti y luego tú a mí y así sucesivamente.

—Para eso mi calzado no es tan bueno. Y, sobre todo, tengo helados los dedos de los pies.

—Pues entonces, ¡hala, rápido a la casa a ponerse calcetines calientes!

—Eso mismo voy a hacer. Buenas noches. Y una cosa, Oskar...

—¿Qué, Marie?

—Gracias por este día tan maravilloso.

—Soy yo el que tiene que dar las gracias.

A pesar de que hacía tiempo que debían estar dormidos, había luz en las estancias de los niños. Marie se apresuró a abrir la puerta, se quitó los zapatos y el abrigo y corrió hacia arriba. Desde el cuarto de Lili le llegaba un llanto interrumpido por la voz apaciguadora del doctor. Marie no se atrevió a abrir la puerta y se dirigió a la habitación de Heini. Este abandonó de un salto la cama y se le echó en brazos impetuosamente.

—¿Qué bien que estés de vuelta! ¿Dónde has estado tanto tiempo?

—En el centro. Primero en un museo y luego en una cafetería. ¿Qué pasa? ¿Por qué no estáis dormidos ya?

—Porque no estabas.

—Pero eso no es motivo, cariño mío. Ya es muy tarde. ¿Dónde está tu madre?

—Se ha acostado, creo que está enferma.

—¿Y qué le pasa a Lili? ¿Por qué llora?

—Ni idea. Porque quiere que venga mamá. O tú.

—¿Habéis pasado un buen día?

—Sí...

—Pues no lo dices con mucha convicción.

—Al comienzo estuvo bien. Dimos un paseo con el tío Julius y la tía Helene. Después estuve jugando al ajedrez con Hans.

—¿Y luego?

—Luego tocamos, papá y yo juntos. A cuatro manos —dijo Heini, pero su cara se ensombreció.

Marie le levantó la barbilla y lo miró a los ojos.



—Y luego ¿qué pasó?

—Mamá quería cantar una canción. Y papá tocaba el piano. Entonces empezaron a discutir.

—¿Y eso por qué? —Enseguida Marie tuvo mala conciencia. No debía preguntar esas cosas. Que los señores discutieran no era asunto suyo. Pero el niño estaba tan triste... Sin duda necesitaba alguien con quien desahogarse.

—No sé exactamente. Mamá se puso furiosa de repente y luego se gritaron y nos marchamos. Al llegar a casa, subí con Lili a mi habitación y me puse a leerle un libro. Pero ellos reñían muy alto.

—Y ahora tu padre intenta meter a Lili en la cama.

—Sí, mamá no viene, se ha quedado en la alcoba.

—¿Quieres que vaya con ellos?

—Creo que sí.

—Bien, jovencito, entonces voy a ver a tu hermana y tú mientras tanto vuelve a meterte rápido en la cama.

—Vale —dijo el niño sin protestar, y se metió bajo el edredón—. ¿Marie?

—Sí, Heini, ¿qué quieres?

—¿Vuelves después?

—Claro que vuelvo. Te lo prometo.

—Bueno.

Lili daba tales gritos que los tímidos golpecitos de Marie en la puerta pasaron inadvertidos. De modo que no tuvo más remedio que abrir la puerta. La niña estaba de pie en la cuna y pataleaba furiosa. De tanto llorar tenía la cara roja e hinchada. El doctor estaba de pie ante su cuna, visiblemente desesperado. Tenía aspecto de hombre anciano y cansado, y al ver a Marie estiró los brazos y dijo por lo bajo:

—Marie. ¡Qué bien que esté aquí! No hay quien la calme. Lo he intentado todo.

Marie se abrió paso en la estrecha habitación y cogió a la niña.

—Pero ¿qué te pasa?, angelito mío. ¿Por qué tienes que llorar de esa manera?

El pequeño cuerpo sudoroso se pegó al de Marie. Lili recostó su cabecita sobre el hombro de la niñera y de repente dejó de llorar. Marie le acarició la espalda y la meció suavemente en sus brazos. Luego, por el rabillo del ojo,

vio cómo el doctor abandonaba la habitación meneando la cabeza.

Aquella tarde, Oskar se quedó más de lo habitual en la librería. Le remordía la conciencia por haberse tomado libre el sábado anterior y haberlo solicitado de una manera tan intempestiva, y por lo visto con tanta vehemencia que el señor Stock se había limitado a levantar la ceja y decir en un tono algo malhumorado:

—Bien, si es tan importante para ti..., ya me las apañaré solo el sábado.

Ahora Oskar hacía horas extra sin que se lo hubieran pedido, colocaba las novedades, renovaba la decoración del gran aparador. Le encantaba la librería al atardecer y disfrutaba del tiempo en que podía estar solo. Echó más leña a la estufa y apagó la gran lámpara de techo. Cuando colocaba los libros sobre la mesa de novedades, era como si estos hablaran con él y sentía constantemente el deseo de cogerlos uno a uno y hojearlos.

Sin embargo tenía que contenerse un poco, cada mes se le iba una importante suma de dinero en la compra de libros, y aun cuando el señor Stock le pagaba un salario justo y le hacía descuentos, no había mes en que lograra ahorrar algo de su sueldo. Hasta entonces no se había parado a pensar en ese detalle, no había tenido un motivo por el cual necesitar ahorrar imperiosamente. El cuarto que tenía alquilado en el segundo distrito era limpio y claro; la viuda judía le había cogido cariño y desde hacía años no le subía el alquiler. El alcohol no lo atraía para nada y conocía muchas fondas donde poder comer barato. El único lujo que se daba eran las visitas al teatro y los libros.

Pero ahora tenía a Marie fijada en la mente, una y otra vez se paraba a pensar en ella y volvía a revivir el beso. Recordaba cómo, en la calle, ella lo había estrechado entre sus brazos y lo había besado. Bueno, en realidad había sido él quien la había besado, pero ella no había opuesto resistencia en ningún momento. Eso tenía que significar por fuerza que compartía sus sentimientos, porque no era una chica fácil de las que besan al primero que se les pone delante, definitivamente no.

¿Cómo iba a avanzar la relación entre Marie y él? ¿Qué paso debía dar él a continuación? Por supuesto, se encontrarían el día que ella tuviera libre,

irían a pasear, a explorar Viena, quizá alguna vez harían una excursión al campo. Pero ¿luego qué? ¿Cuánto tiempo podría durar aquello? ¿En qué momento tenía que empezar a pensar en el futuro? ¿Y cómo tenía que imaginárselo? Él no estaba en condiciones de mantener a una familia, ni siquiera a una esposa. ¡Ay, cuánto añoraba a su padre! Si al menos tuviera un hermano mayor o un tío a quien poder pedir consejo. Pero cuando aquel horrible incendio del taller acabó con la vida de sus padres, él había quedado completamente solo. Sin hermanos, sin primos, sin nadie que hubiera podido acogerlo. Si no hubiera sido por Friedrich Stock, el único amigo de su padre, quien a los quince años lo sacó del orfanato y lo contrató como aprendiz, quién sabe dónde estaría ahora. Pero ¿cómo consultar a Friedrich Stock sobre temas románticos? A pesar de la cercanía que existía entre los dos, Oskar tenía reparos en pedirle consejo.

Ya era tarde cuando apagó la luz y cerró la librería. Echó un último vistazo al escaparate y se sintió de nuevo embargado de gratitud. Estaba agradecido de tener aquel trabajo, de poder llevar aquella vida.

Stock ya había llegado a la librería cuando a la mañana siguiente Oskar entró en la trastienda. Tendiéndole una taza de café, Stock le dijo:

—Has colocado muy bien. Y el escaparate llama la atención.

—Gracias. Lo he hecho encantado.

—¿Qué estás leyendo ahora?

—De todo un poco. No tengo en este momento nada que me entusiasme de verdad.

—¿Tienes la cabeza en otra parte?

—Sí, un poco sí.

—¿Cómo va la cosa con tu novia?

A Oskar se le ruborizaron las mejillas y dijo bruscamente:

—Tampoco lo sé. —Él mismo cayó en la cuenta del tono hosco de su respuesta; por suerte, en ese momento entró un cliente en la librería. Oskar se puso de pie enseguida y se dirigió a la parte exterior del establecimiento.

—Daos tiempo y no cometáis ninguna insensatez —masculló Stock depositando el café sobre la mesa y siguiendo los pasos de Oskar.

A última hora de la tarde, llegó el cartero blandiendo unos cuantos sobres ante la nariz de Oskar. Sin mirarlos, este cogió el fajo y lo colocó sobre el escritorio de la trastienda.

Friedrich Stock se ocupaba de la correspondencia siempre después de la pausa del mediodía.

—Oskar, aquí hay una carta para ti —dijo.

Entrando en la pequeña oficina con cara incrédula, Oskar musitó:

—¿Para mí?

—Sí, aquí la tienes.

Abrió el sobre sin mirar el remitente y sacó un pliego doblado.

Querido Oskar:

Casualmente me han regalado dos entradas para la ópera. ¿Me daría usted el gusto de acompañarme el domingo 31 de marzo a las siete y media? Representan *Lohengrin*.

FANNI GOLD

A Oskar le dio un vuelco el corazón. Se metió el papel en el bolsillo de la americana y empezó a poner orden en la gaveta de los libros por recoger. Se alegró de que Stock tuviera tanto tacto como para no preguntarle nada acerca de la carta. Era evidente que en el sobre venía indicado el nombre del remitente y muy probable que Stock lo hubiera leído.

Cuando Oskar llegó a la ópera era demasiado pronto, de modo que decidió dar una vuelta al gran edificio. ¡Qué majestuoso era todo aquello! El K. K. Hof-Operntheater con sus muchas entradas laterales, el Albertina, el hotel Sacher, toda esa gente bien vestida que con paso presuroso iba camino de una cita o una función. Le gustaba aquella atmósfera, se imaginaba formando parte de un gran espectáculo cultural, y una y otra vez volvía a sentirse agradecido y contento de poder considerarse de algún modo partícipe de ese mundo.

Su mirada recayó en una mendiga acurrucada en el rincón de un portal, tenía el pelo enmarañado y apenas cubierto con un paño. Había enfundado su cuerpo en un abrigo, y los pies, envueltos en harapos, asomaban sobre la

acera. Con actitud displicente la mujer le tendió una mano enjuta y le dijo susurrando:

—Una pequeña limosna, señor, ¿tiene una moneda para mí? Con gusto lo acompaño, si se siente solo —dijo abriendo un poco el abrigo y ofreciéndole así el inicio de un seno consumido.

¡Dios, tendría a lo sumo diecisiete años! Oskar le tiró una moneda y se giró sintiendo una mezcla de consternación y repugnancia. ¡Qué fina era la frontera entre una vida en la calle y la vida de la que él podía disfrutar con relativa seguridad! No pudo por menos que pensar en Marie y en la vida que había llevado antes de encontrar a los Schnitzler, desamparada en esa enorme urbe, sin trabajo, sin nadie que la protegiera. Durante el largo paseo nocturno de vuelta a casa, ella le había contado sin detenerse en detalles que una noche había querido poner fin a su vida. En medio de un frío gélido había estado parada sobre el puente del Danubio mirando hacia las negras aguas, mientras cavilaba seriamente sobre si debía saltar o no. Tuvo que haber sido a los dieciocho años recién cumplidos, cuando aún era casi una niña. A Oskar se le había encogido el corazón imaginando a la joven.

—Ya está usted aquí. Qué bien que haya podido venir. —Fanni Gold estaba preciosa con su vestido rojo de corte sofisticado; bajo un pequeño sombrero la oscura cabellera le caía libremente sobre los hombros.

—Le agradezco la invitación, me siento muy honrado —dijo Oskar inclinándose con torpeza para saludarla. Ella lo tomó del brazo como la cosa más natural del mundo.

Después de tres horas y media escuchando a Wagner, Oskar se sentía abrumado por la abundancia de imágenes y trajes exquisitos. Pensaba para sí que lo suyo era más bien la literatura y el teatro, y no la ópera. Demasiada teatralidad, demasiada exageración en los textos, en la sobreactuación de los cantantes, en sus poses y ademanes. El que las escenas de amor tuvieran que prolongarse infinitamente y la muerte durara minutos eternos sobre el escenario le resultaba superfluo. El teatro le parecía más sincero, más próximo y mucho más cercano a la vida misma.

—¿Qué le ha parecido?

—Muy bien. Impresionante.

—¿De veras?

—Sí, por supuesto. ¿Y a usted?

—Bueno, no sé. Sí que es cierto que la historia está traída por los pelos. Y en cuanto a los textos..., mejor no entenderlo todo, ¿no le parece?

Fanni se había agarrado de nuevo a su brazo y lo dirigía suavemente pero con decisión hacia la fachada posterior de la ópera.

—He pensado que podemos ir al Sacher a cenar algo ligero.

—Querida señorita, lamento decirle que eso supera mis posibilidades económicas.

—Bueno, vamos a dejarnos de formalidades. Llámame Fanni —dijo y se detuvo en medio de la acera tendiéndole la mano. Su apretón se asemejó más bien al de un cochero que transporta cerveza y no al de una dama distinguida —. Además, llevo suficiente dinero.

—Yo no me dejo invitar por una señorita.

—El dinero es de mi padre. O sea que es él quien te invita, no yo. Como quien dice.

—Así y todo.

—Pero me ofenderás si no vienes conmigo. Y a mi padre también.

Oskar no sabía cómo salir del aprieto sin mortificar a nadie. Por lo visto la familia Gold estaba decidida a estrechar lazos.

Oskar nunca había estado en aquel exquisito restaurante y se alegró de tener una acompañante acostumbrada a moverse en sociedad. El camarero la saludó amablemente, y Fanni, segura de sí misma, pidió una botella de vino y dos raciones de *goulash* de vacuno.

—Te gustará el *goulash*, ¿no?

—Sí, claro. ¿Vienes a menudo por aquí? —le preguntó Oskar habiendo recuperado la seguridad en sí mismo. Al parecer tres horas de Wagner eran capaces de establecer cierta confianza, y no le pareció fuera de lugar tutear a Fanni.

—Más o menos. De niña siempre venía con mi padre. Los sábados, después de cerrar la librería, veníamos al Sacher. Él leía el periódico y lo comentaba conmigo.

—¿No tienes hermanos?

—No, por desgracia no. El parto de mi madre al nacer yo fue muy

complicado, estuvo a punto de morirse. Luego no pudo tener más hijos. Todo sería más fácil si tuviera un hermano. ¿Y tú, tienes hermanos?

—No, lamentablemente no. No sé por qué, y a mis padres por desgracia ya no les puedo preguntar.

—Sí, lo sé. Mi padre me contó que habían fallecido en un incendio. Lo siento.

—Gracias, de eso hace ya mucho tiempo. Pero he tenido la suerte de haber venido a parar al lado de Friedrich Stock. Es como un padre para mí.

—¿Eso quiere decir que un día heredarás la librería?

—Nunca hemos hablado sobre eso.

—Pero ¿te gustaría?

—Sí, claro. No sé hacer otra cosa que no sea vender libros. ¿Y tú?

—Ay, pues yo tendré que hacerlo, ¿verdad? A pesar de que mi padre siempre dice que una mujer sola no puede llevar un negocio.

Por suerte el camarero trajo en ese momento el vino y le sirvió a cada uno una copa. Brindaron y Fanni le sonrió con picardía.

—¿Por qué no dices nada?

—¿Qué voy a decir? ¿Quieres heredar todo eso?

—Bueno, tampoco sé muy bien. En realidad, sí que querría, pero no todavía. Antes quiero ver algo de mundo.

—Yo nunca he salido de viaje. Miento, una vez estuve en Krems.

—¡Vaya, qué emocionante, Krems! —Fanni tomó un generoso sorbo de vino y añadió—: En abril voy a los Estados Unidos.

—¿De veras?

—Sí. Mi padre me ha regalado el viaje por mi cumpleaños. A bordo de ese nuevo y espléndido buque. Cree que debo viajar antes de que empiece la parte seria de la vida.

—¿Viajarás sola?

—Sí, mejor dicho, no. Con una amiga. Pero mi padre no lo sabe.

Oskar no supo cómo interpretar aquella última frase, pero tuvo la sensación de que era completamente imprudente seguir indagando. Fanni tampoco mencionó más a la amiga, le contó cuánto duraría la travesía y lo que tenía pensado hacer en ese país. Lo principal, quedarse unos días en Nueva York y luego ir a visitar a un tío en Boston. Para Oskar los planes de Fanni



sonaban como sacados de una novela. No podía imaginar siquiera realizar nunca un viaje semejante; para él Trieste o Fiume eran destinos prácticamente inalcanzables.

No supo por qué de repente se atrevió. Quizá por el vino o el talante desenfadado de Fanni. Tras acabar el *goulash*, Oskar le preguntó:

—¿Y tu novio no tiene nada en contra de que estés fuera tanto tiempo?

—¿Qué novio?

—Bueno, una joven como tú seguro que tiene un novio. O un prometido.

Fanni lo miró riendo:

—¿Y por qué crees entonces que mis padres estarían intentando emparejarme contigo?

Oskar se avergonzó tanto que no sabía hacia dónde dirigir la mirada. A pesar de que el alcohol se le había subido bastante a la cabeza, tomó otro buen sorbo de su copa. La franqueza de aquella joven lo ponía nervioso. Lo impresionaba y al mismo tiempo le creaba inseguridad. Antes de que pudiera decir nada, ella inclinó un poco la cabeza, siguió con el dedo el dibujo del mantel y le dijo con voz queda:

—¿Sabes?, no me interesan los hombres. O sea, no me entiendas mal, los hombres me caen bien, y si son tan simpáticos como tú, me gusta conversar con ellos. Pero no para prometerme, casarme o algo parecido.

Fanni era una interlocutora hábil, por supuesto que sabía que Oskar iba a sentirse tan violento que se produciría una embarazosa pausa en la conversación, de modo que inmediatamente puso la pelota en su tejado:

—¿Y tú? Seguro que tienes una chica.

—Sí, hay alguien en mi vida.

—¿Y va en serio?

—No sé. Nos acabamos de conocer y nos vemos poco.

—¿Cómo la conociste?

—Vino un día a la librería, antes de Navidad. Una avalancha de nieve estuvo a punto de sepultarla.

—¡Dios mío, qué romántico! Y cuéntame, ¿qué planes tenéis?

—No tengo ni idea. Yo no tengo medios para asumir un compromiso, y ella es una modesta joven de provincias. Trabaja de niñera.

—¡Bah! Todo se andará. Además, un día heredarás el negocio.

—¿De dónde sacas eso?

—Sabrás que mi padre y el señor Stock ya lo han pensado. Nosotros dos y los dos negocios; uno en una localización inmejorable en el centro y el otro, pequeño y refinado, en las afueras. Eso es lo que les gustaría.

—¿De veras lo crees?

—Sí, ¿por qué piensas que os invitaron a cenar? Y la idea de la ópera tampoco fue mía.

—Lo siento. ¿Ha sido incómodo para ti?

—¿Qué?

—La ópera.

—Sí, venir a la ópera sí, pero tú eres un tipo estupendo. Tu novia puede darse por afortunada de haberle caído encima una avalancha de nieve en vuestro negocio.

—¿Te parece? —le preguntó Oskar inseguro.

—Seguro. Ya verás como todo sale bien. ¿Nos vamos? Ya es tarde.

—Claro, ¿puedo acompañarte a casa?

—Encantada. Vivo exactamente a cinco minutos de aquí —dijo Fanni con una risita.

Cuando atravesaron el comedor principal para abandonar el restaurante, la mirada de Oskar se detuvo en una mesa llena de comensales. Era un gran grupo de hombres y mujeres que, a juzgar por sus atuendos, también habían estado en la ópera o en el teatro. Comentaban animadamente y en voz alta algo que sin embargo Oskar no alcanzó a entender. Se detuvo unos instantes y reconoció al caballero que estaba en el centro. Daba la impresión de ser el centro de la atención. Arthur Schnitzler también reconoció a Oskar y le dedicó una amable inclinación de cabeza.

Por fin la temperatura empezaba a subir. Era la primera vez que Marie sentía conscientemente la primavera en Viena. Los árboles en el jardín de los Schnitzler tenían ya pequeñas hojas verdes, el trinar de los pájaros la despertaba, ella se giraba en la cama y seguía dormitando hasta que Lili la llamaba. Aprovechaba cada momento para ir con los niños al Türkenschanzpark. En una ocasión, llegaron a caminar hasta el barrio de Grinzing, y aunque tuvo que cargar con Lili en brazos durante casi toda la vuelta a casa, disfrutó la caminata. Pasear al aire libre era algo que no conocía, en su casa no existía esa costumbre. Al aire libre se estaba para realizar algún recado o para trabajar.

Así y todo, la primavera había sido la estación preferida de Marie en su infancia. Cuando empezaba a hacer bueno, había más posibilidades de escapar a la estrechez y la pesadumbre que reinaban en la casa, de salir de las oscuras y siempre húmedas estancias. Tras estas escapadas solía tener una leve sensación de libertad. Por entonces ella y sus hermanos intentaban eludir, aunque solo fuera por unos instantes, la estricta mirada del padre. A veces jugaban detrás el granero con piedras y palos, incluso un día, ella, que tendría más o menos la edad de Heini, logró salvar a un gatito antes de que el padre metiera toda la camada en un saco y la ahogara en el pozo. Era su secreto, algo que le pertenecía solo a ella y de lo cual tampoco sus hermanos estaban enterados. Escondió el gato tricolor en la casita de la abuela, pero antes de que llegara el verano, el zorro ya se lo había devorado.

—¡Uno, cuatro, siete, nueve, salgo! —dijo Lili tapándose la cara con las manos y mirando a través de los dedos. Estaba de pie tras un gran árbol, mientras Heini y Marie debían esconderse.

—¡Hace trampa! —exclamó Heini tirando de la falda de Marie—. Además, no cuenta como tiene que ser.

—No seas tan estricto. No tiene ni tres años. Para su edad ya cuenta bastante bien.

—Con tres años yo ya sabía contar hasta cien.

—Claro que sí. Seguro que eras un niño prodigio —dijo Marie riendo—.

¡Ven, rápido, escóndete detrás de este grueso tronco!, yo me escabulliré detrás de la colina, pero no me delates.

Lili atravesó el prado corriendo como un rayo y no tardó en localizar a su hermano. Este se quiso divertir a su costa haciéndola pasar una y otra vez por delante del escondite de Marie; y lo hizo tantas veces que la niña estuvo a punto de echarse a llorar.

—¡Marie, Marie, ven! —gritaba Lili, y sus reclamos retumbaban por el parque hasta que por fin Heini la condujo hasta el escondite de la niñera. Al verla se echó en sus brazos como si hubiera estado desaparecida horas enteras.

A Marie le encantaba poder jugar con los niños, haciéndolo se sentía ella misma como una cría, contenta y libre, y se alegraba de corazón de que los niños Schnitzler pudieran crecer en un ambiente tan relajado. Ella, a la edad de Heini, ya era una bracara a tiempo completo en la granja paterna y las horas que pasaba en la escuela eran el descanso de las labores domésticas. Heinrich Schnitzler, en cambio, lo único que tenía que hacer era ir al colegio, hacer los deberes y tocar el piano regularmente. Por lo demás, estaba exento de obligaciones y preocupaciones. Solo le preocupaban los caprichos de su madre y las discusiones entre los padres, pero Marie tampoco recordaba haber oído que sus padres intercambiasen nunca una palabra cariñosa.

Cansados y satisfechos llegaron a casa, Lili cantaba a todo pulmón y Heini quería ir a jugar a casa de su amigo Paul.

—No, Heini, ya es tarde. Es hora de cenar y luego vas a la cama. —Marie intentó añadir algo de severidad a su voz, y Heini estuvo de morros durante un rato. Pero nunca podía estar enfadado con ella por mucho tiempo.

Ya en el vestíbulo, mientras ayudaba a los niños a quitarse los zapatos, Marie percibió del extraño ambiente que reinaba en la casa. En ese instante, Anna ya asomaba la cabeza por la puerta de la cocina, colocándose un dedo sobre los labios. Marie envió a los niños al cuarto de baño a lavarse las manos.

—¿Qué ha pasado?

Anna le susurró:

—Es Sophie. No está nada bien. El doctor Pollak está examinándola.

—¿Qué tiene?

Los niños entraron en tromba en la cocina, y la cocinera hizo un gesto de

calma con la mano. Les sirvió dos platos con panes untados con mantequilla y se sentó a su lado guardando silencio. Marie no oía el más mínimo ruido, y Anna callaba. Su frente se había fruncido en una prominente arruga; sus mejillas, de ordinario sonrosadas, ahora exhibían palidez. De repente Marie oyó la voz del doctor en el vestíbulo, hablaba bajo y ella no pudo entender nada de lo que decía.

—Bueno, niños, ¡hale, arriba! ¡Dadle las buenas noches a vuestro padre!, ya está bien por hoy.

Cuando todos salieron de la cocina, Arthur Schnitzler estaba despidiendo al doctor Pollak, el médico de cabecera de la familia desde hacía muchos años. Se le quedó mirando mientras se marchaba, cerró la puerta y luego se giró hacia sus hijos. Al mirarlo, Marie sintió miedo, la cara del doctor mostraba mucha preocupación, pero también mucho amor, de modo que por un momento ella pensó que se echaría a llorar. Schnitzler tomó a Lili en brazos y le dio un beso, y al mayor le acarició el pelo diciendo:

—Sed buenos e idos a la cama, hijitos queridos.

Los niños subieron corriendo la escalera y el doctor colocó su mano sobre el brazo de Marie. Solo fue un gesto breve y ligero, pero ella tuvo la sensación de que la piel le ardía allí donde él la había tocado.

—¿Marie?

—Sí, doctor.

—Cuide de que los niños no vuelvan a bajar hoy. La ambulancia vendrá a buscar a la criada y no quiero que los niños sean testigos. Y después le pediría que limpiara la habitación de abajo, Anna le ayudará.

—Lo que mande, doctor.

El revuelo se sentía en toda la casa, y los niños ni pensaban siquiera en dormirse. Sobre todo a Heini no había quien lo calmara. No dejaba de acribillar a preguntas a Marie:

—¿Qué le pasa a Sophie? ¿Por qué estuvo aquí el doctor Pollak? ¿Puedo ver a los de la ambulancia?

—No, no puedes verlos. Y Sophie está enferma, pero seguro que pronto estará mejor. Tú ahora te vas a dormir.

Marie oyó llegar a los sanitarios. Sin duda les estaba costando bajar la camilla por la estrecha escalera, se oyó cómo uno de ellos soltaba un sonoro improperio. Marie se consumía de miedo y curiosidad, y apenas pudo

dominarse para seguir sentada al borde de la cama de Lili guardando silencio hasta que esta por fin se quedó dormida.

Anna estaba en la cocina con una gran taza de té de la que no había bebido ni un sorbo. Marie se sentó a su lado y Anna le pasó el tazón.

—¿Está...? —Pasó tiempo antes de que Marie se atreviera a acabar de pronunciar la frase que desde hacía una hora daba vueltas en su cabeza, agrandándose cual bola de nieve.

—¿Muerta? No, aún no. Pero solo el Todopoderoso sabe si sobrevivirá a este trance.

Anna entonces no pudo contenerse más. Le brotaban las lágrimas mientras contaba que esa tarde, buscando a la criada, había abierto la puerta de la habitación...

—Y ahí estaba ella. Tumbada en la cama. Con la cara tan blanca como la sábana. No se movió, ni siquiera abrió los ojos. Y solo entonces vi el charco de sangre. ¡Dios santo, cómo puede perder una persona tanta sangre!

La cabeza de Marie estaba hecha una olla de grillos. Tenía una vaga idea de lo que podía haber ocurrido. Había oído hablar, cómo no, de que había métodos para deshacerse de embarazos no deseados. Pero cómo se hacía una cosa así, y que la pobre Sophie...

—¿Alguna vez te contó algo sobre su pretendiente? —le preguntó Anna interrumpiendo sus pensamientos.

—¿A mí? No. Conmigo apenas hablaba.

—¡Si lo llego a pillar! ¡Hombres, todos cortados por el mismo patrón! Primero hablan de amor y te prometen el oro y el moro, y luego, cuando llega el momento de la verdad, salen por pies y si te he visto no me acuerdo. Es un pecado el que cometen. ¿Y quién paga el pato? Ellas, claro. Si es que salen con vida.

—¿Y qué va a pasar con Sophie ahora?

—La ingresarán en la clínica. Tiene que dar gracias a Dios de ser empleada en casa del doctor. Otro quizá la hubiera dejado tirada.

—¡Es un señor tan bueno! ¡Dios mío, la pobre Sophie!

—Bien empleado le está, tengo que decir. La tonta de capirote. ¡Cómo se puede ser tan estúpida! —El tono de voz de Anna no concordaba para nada con la dureza de sus palabras. Era evidente que tenía que despotricar un poco,

para evitar que la vencieran las emociones—. Venga, nos espera otra tarea. ¿Estás preparada? Espero que no te marees al ver sangre.

—¿Yo? Vengo de una granja, yo ya veía sangre mientras otros colgaban aún del pecho que los amamantaba. —Marie decidió adoptar el mismo tono enérgico de Anna, no ceder, de ninguna manera derrumbarse.

Armadas con un gran cubo de agua, trapos y fregona entraron en el pequeño cuarto. Marie se estremeció. Junto a la cama había un enorme charco de sangre. Partes de la sábana y el edredón estaban completamente ensangrentadas. A pesar del aire frío de la noche, abrieron la ventana de par en par por lo penetrante que era el olor allí.

—Sabrá Dios cuándo podremos acabar de limpiar todo esto. —Anna quitó las sábanas y las puso en remojo en el cubo con agua fría. También en el colchón había una mancha oscura—. ¡Ven, esto lo llevamos al sótano, aquí ya nadie puede dormir!

Era ya casi medianoche cuando terminaron, habían ensuciado varios cubos de agua de la habitación y, al ver que el agua del último solo estaba ligeramente teñida de rosa, decidieron dar por acabada la labor.

—Ya está bien. Las sábanas las lavamos mañana. Ahora vamos a dormir.

Marie dejó encendida su pequeña luz nocturna durante largo rato. Siempre que cerraba los ojos, veía toda aquella sangre y la cara lívida de la joven. Aun teniendo dudas acerca de su efectividad, pronunció una breve oración y un padrenuestro por Sophie. Y se juró que nunca quería pasar por una experiencia semejante.

—Se sobreentiende que vamos a guardar absoluto silencio acerca del suceso de la noche pasada —dijo el doctor, que después del desayuno había convocado a Anna y Marie en el comedor. Ambas, nerviosas, se hallaban en ese momento frente a él.

—Por supuesto, doctor —contestó Anna visiblemente agotada, pero habiendo recuperado la compostura.

—Marie, ¿es usted consciente de que me ocasionaría graves problemas si contara a alguien lo que ocurrió aquí anoche? Por no mencionar el lío en que metería a Sophie. Nada de chismorreos pues.

—Como usted diga, doctor. Por supuesto.

—Si alguien preguntara, la muchacha se despertó en medio de la noche y

sangraba profusamente. Cosas así suceden no pocas veces.

—Sí, claro. ¿Sobrevivirá?

—No hay certeza. ¿Saben ustedes algo que yo tenga que conocer?

—¿Qué quiere decir, doctor?

—Pues, por ejemplo, me interesaría saber dónde se hizo hacer el... la operación.

—No, doctor. No sabemos nada.

—Pero que estaba encinta, ¿eso sí lo sabían? —inquirió Schnitzler dirigiéndoles una severa mirada—. No me mientan, a alguien tiene que haberle contado sus cuitas.

—Sí, lo sabíamos, pero desde hace muy poco tiempo. Me lo confesó la semana pasada porque tenía terribles náuseas.

Marie estaba muy aliviada de que fuera Anna la interlocutora de Schnitzler, se sentía tan mal y culpable que no acertaba a decir una frase a derechas.

—¿Y sabe también con quién se ha amancebado? ¿A quién se le pueden pedir responsabilidades?

—No, doctor. No habló de ningún hombre. En general era bastante reservada. Y tampoco sé de ningún familiar.

—A mí me contó una vez que tenía una hermana. Es empleada en Hietzing —dijo Marie acordándose de una de las pocas conversaciones que había mantenido con Sophie—. Pero creo que están peleadas.

—Bien. Esperemos que el asunto se resuelva medianamente bien. Ustedes dos van a hacerse cargo de las obligaciones de Sophie, hasta que sepamos si necesitamos una nueva criada.

«Si necesitamos una nueva criada»... La frase quedó resonando en la cabeza de Marie. Una y otra vez oía a Arthur Schnitzler decir: «Si necesitamos una nueva criada», lo cual sin duda solo podía significar que era posible que Sophie muriera. Aunque, por otra parte, también podía querer decir que el doctor Schnitzler la volvería a recibir, si ella salía de aquel trance. Marie no pudo contener las lágrimas, por un lado, por la probabilidad de que la joven muriera, y por otro, por la emoción que le causaba la bondad de su patrón.

—Bueno bueno, señorita Marie, eso no es motivo para ponerse a llorar. Limpiar el polvo y ordenar un poquito no será una tarea que usted no pueda



asumir.

Marie se secó rápidamente las lágrimas y balbuceó:

—No, doctor, si no es eso. No me importa para nada, hasta renunciaría voluntariamente a mi día libre, con tal de que Sophie se recuperara pronto.

—Bueno, entonces ya está dicho todo. Las mantendré informadas; ahora vuelvan a sus quehaceres. Ah, y esta noche tenemos invitados. Marie, usted ya se encargó una vez de servir, ¿no?

—Sí, señor, con mucho gusto.

Durante todo el día los niños estuvieron inquietos. Lili preguntaba una y otra vez por Sophie, aunque antes apenas había reparado en ella. Y es que sin duda la pequeña debía de sentir que había sucedido algo grave. Heini, por su parte, estaba en verdad enfadado por no haber podido ver a los sanitarios; y, sobre todo, que Marie no le hubiera permitido ver la ambulancia era algo que no le iba a perdonar tan fácilmente.

La tarde se alargaba; era como si una nube de ambiente enrarecido se hubiera posado sobre la casa. Marie se sentía cansada y abatida, y le hubiera gustado tumbarse mientras Lili dormía la siesta. Pero la táctica adoptada por Anna para no pensar en su preocupación por la criada ingresada en el hospital era aumentar los quehaceres, de modo que ordenaba a Marie un trabajo tras otro.

—Aún tienes que sacar brillo a los vasos para esta noche y planchar el mantel bueno. Y cuando termines, vas y limpias de nuevo el cuarto de baño, no vaya a ser que queden huellas de lo de esta noche. Y no hace falta que tuerzas el morro, señorita. Por cierto, hoy es miércoles, día de quitar el polvo en el despacho del doctor. Lo haces por la tarde cuando salga a dar su paseo.

Marie no dijo nada, tenía un poco de miedo. Nunca, desde que había llegado a aquella casa el otoño anterior, le había visto a Anna ese talante. Sacó brillo a las copas y luego limpio el cuarto de baño; entre una cosa y otra, fue a echar un vistazo a los niños; Lili seguía durmiendo y Heini hacía los deberes, aunque parecía desgano y distraído.

—Marie, ¿me ayudas?

—No, Heini, eso puedes hacerlo tú solo.

En cualquier caso, ayudarlo de verdad no podía. El niño aprendía cosas en la escuela de las que Marie nunca había oído hablar. No obstante, parecía concentrarse mejor si ella se sentaba a su lado y vigilaba que no se pusiera a

pensar en las musarañas.

—No, no puedo.

—Pero si ya eres grande y pronto irás al instituto.

—Sí, lo sé, pero así y todo.

—A ver, ¿cuánto te falta?

Heini le tendió el cuaderno y Marie ojeó su mala caligrafía. Si bien el chico era muy inteligente y se interesaba por muchas cosas de las cuales Marie a esa edad ni siquiera había oído hablar, la caligrafía no era su fuerte. Marie rio:

—Esto está un poco garrapateado, ¿no? Seguro que el maestro volverá a ponerte un comentario.

—Eres mala. No sé hacerlo mejor. Las letras no me obedecen, ¿qué quieres que le haga? —protestó Heini apartando el cuaderno hacia el borde de la mesa y colocando la cabeza sobre los brazos.

Marie se sentó a su lado y le acarició el pelo. Al hacerlo notó que el chico tenía algo de destemplanza y le levantó la cara.

—¿Te pasa algo, Heini? ¿No te sientes bien?

—No me siento bien por culpa de la maldita letra.

En esas Marie escuchó ruidos provenientes de abajo, por lo visto el señor salía en ese momento a dar su paseo.

—Bien, tesorito mío, ahora tengo que bajar abajo al despacho de tu padre. Que cuando vuelva, esto esté acabado, ¿vale?

—No se dice «bajar abajo».

—¿Cómo?

—Se dice solo «bajar», y no «bajar abajo» —le dijo Heini sonriendo con descaro.

Marie se puso muy colorada, no dijo nada y abandonó la habitación del niño.

En el despacho del doctor, Marie ya había estado unas cuantas veces. En las pocas ocasiones en que había estado sola en casa, la habitación ejercía una atracción mágica sobre ella. Sobre todo al comienzo, cuando se enteró de que su patrón era un escritor de renombre, abría de vez en cuando la puerta del despacho, dejaba pasear su mirada por los lomos de los libros colocados en

las estanterías y observaba la estatuilla de mujer con los pechos desnudos. Ahora, armada de trapo y plumero, no sabía muy bien por dónde comenzar. Estanterías, alféizar de la ventana, atril, busto, escritorio. Una y otra vez Marie hacía una pausa, cogía un libro y lo hojeaba. Sobre el escritorio había un tremendo desorden, y Marie no sabía qué debía hacer: ¿levantarlo todo para limpiar por debajo?, ¿dejarlo todo como estaba y no limpiar nada?, ¿ordenarlo todo en montoncitos? Echó un vistazo a la libreta negra de notas, abierta ante sus ojos, y pasó la mano con cautela por encima de la letra oscilante. Había párrafos enteros tachados, añadidos entre las líneas. *Excelentísimo. El profesor... No obstante... se trata de un caso completamente perdido...*

Marie levantó las hojas y la libreta con cuidado, limpió por debajo y luego intentó dejarlo todo como estaba. Después su mirada se detuvo en la máquina de escribir y la hoja de papel insertada en ella. Allí delante siempre se sentaba la señorita Pollak, a quien el doctor le dictaba sus notas.

*BERNHARDI: ¿Tengo que repetirlo, excelentísimo? La enferma no sabe que está desahuciada. Está animada, contenta y... no siente arrepentimiento.*

*SACERDOTE: Me echaría encima una culpa aún mayor si llego a marcharme de aquí sin haber impartido a la moribunda los consuelos de nuestra santa religión.*

—¿Marie? ¿Qué haces aquí? —La voz de Heini se oyó suavemente desde la puerta.

—¡Cielos, qué susto me has dado! Tengo que limpiar aquí un poco el polvo porque Sophie está enferma y no se puede encargar. —Solo en ese momento Marie se percató de que detrás de Heini estaba su hermanita, con los rizos revueltos, las mejillas ruborizadas y todavía completamente soñolienta.

—¿Te has despertado ya, angelito mío? ¿Y cómo has salido de la camita?

—Heini me ha levantado.

—Heini, no tienes que hacer eso. ¡Y si se te cae!

—Yo soy fuerte.

—Claro que eres fuerte. Pero ¿y si algo pasa? ¿Has acabado tus deberes?

—Sí, casi.

—¿Sí o casi?

—Me falta una línea. Y aprenderme una poesía de memoria.

—¡Pues hala, arriba!

—¿Vienes conmigo?

—Sí, voy contigo. Ya he terminado aquí.

Marie cerró la puerta del despacho, después de echar un último vistazo. ¡Qué bonita y tranquila era esa estancia, con el ventanal que daba al jardín, la cantidad de libros, el amplio sofá y las alfombras! ¡Qué lujo poder disfrutar de una habitación así para uno solo!

Tomó a Lili en los brazos. Cuando subía las escaleras tras Heini, se dio cuenta de que el chico tenía manchas rojas en el cuello.

—Déjame ver, ¿qué tienes aquí? —Le levantó la camisa y se asustó: el niño estaba cubierto de manchas rojas. En ese momento Marie se dio cuenta de que tenía fiebre y los ojos vidriosos.

—Ahora mismo te vas a la cama. Por hoy ya no escribes ni una línea más.

Sin protesta alguna, Heini se puso el pijama y se metió bajo el edredón.

—¿Heini hace siesta también? —preguntó Lili, manifiestamente divertida.

—No, Heini está enfermo. ¡Ven, sé buena!, vamos a llamar a mamá.

Olga Schnitzler estaba sentada en el salón y dejó el libro sobre su regazo cuando Marie entró en la estancia tras unos suaves golpecitos.

—¿Qué ocurre?

Lili corrió a abalanzarse sobre su madre, se le subió a la falda tirando el libro al suelo.

—A ver, hija mía, sé un poco más comedida. Tanto brío no es propio de una niña. Marie, ¿no puede poner más disciplina?

—Perdone, señora. No quería importunarla, pero creo que Heini está enfermo.

—¿Qué le pasa?

—Tiene todo el cuerpo cubierto de manchas rojas y también fiebre. Acaba de acostarse por iniciativa propia.

—Pues bien, vamos a llamar al doctor Pollak.

A pesar de las protestas de la niña, Olga Schnitzler la sentó en la alfombra y se dirigió a la mesilla sobre la cual estaba el aparato telefónico. Marie observaba fascinada. Encontraba inquietante aquel artefacto, gracias a él uno podía llamar sin más a alguien que estuviera en la otra punta de la ciudad y

hablar con dicha persona como si se encontrara en la habitación contigua. Ella, por ejemplo, podría llamar a la librería y hablar con Oskar, así sin más, como si estuvieran en una misma estancia.

La señora marcó el número, accionó la manivela del aparato y habló en el auricular, como si se tratara de la cosa más normal del mundo. Después colocó el auricular sobre el soporte y le dijo a Marie:

—El doctor Pollak viene dentro de una hora. No entre en la habitación de Heini con Lili, a lo mejor es contagioso lo que tiene.

—Como mande, señora. Aunque probablemente ya es tarde.

—Usted haga simplemente lo que le digo.

Marie se limitó a asentir con la cabeza, cogió a la pequeña de la mano y tiró de ella sacándola del salón.

—Ven, angelito. Vamos a ponernos algo de abrigo para salir a jugar a la pelota en el jardín.

Cuando llegó Pollak, Arthur Schnitzler ya había regresado de su paseo. Ambos se dirigieron a la habitación del niño. Marie tuvo que esperar fuera. De pie ante la puerta, procuraba entender lo que decían dentro. ¡Estaba tan preocupada por Heini! ¿Qué ocurriría si era grave lo que tenía? ¿Y si le había subido la fiebre? En los últimos meses, rodeada de esos niños maravillosos, no había podido evitar pensar en su hermana pequeña Elisabeth, quien en invierno siempre contraía aquella horrible tos. No era nada extraordinario, todos los niños tosían cuando el tiempo era húmedo y frío, pero en Elisabeth la tos era más persistente que en los demás y ella tardaba tiempo en recuperarse. En algún momento, la cambiaron de habitación, pasó de la de los niños a la de los padres, y los hermanos no podían verla. Marie pasaba entonces muchas horas en el frío vestíbulo, ante la puerta cerrada, oyendo toser dolorosamente a su hermanita, seis años menor que ella. Hasta que un día ya no oyó nada más, y la madre pasó a su lado con cara petrificada.

La puerta se abrió y los caballeros estuvieron a punto de tropezar con la niñera.

—¡Por Dios, Marie! ¿Qué hace usted aquí tan cerca de la puerta?

—Perdone, doctor. Estoy tan preocupada por Heini. Esta mañana ya lo noté un poco callado, ¿quizá no tendría que haberlo mandado a la escuela?

El médico de cabecera le guiñó un ojo y dijo:

—Ahora no tiene que preocuparse. No es grave. El jovencito superará sin

problema la enfermedad. Se llama rubeola. Unos cuantos días con manchas rojas y un poco de fiebre, pero Heini pronto tendrá que retomar los estudios.

El doctor Pollak tenía razón. El chico tuvo que guardar cama durante los días siguientes, aunque la verdad era que estaba demasiado bien como para tener que hacerlo. Marie se esforzaba por mantener a Heini de buen humor, pues no podía jugar a la pelota con su amigo Paul ni andar haciendo travesuras con su hermanita y menos salir a pasear con el padre. También Lili estaba insoportable porque no la dejaban entrar en la habitación de Heini.

Anna y Marie no daban abasto para sustituir a la criada. En la mañana había que preparar el desayuno para los señores; a la señora, que por lo general estaba indispuesta, había que llevarle el té a la cama. Al mediodía se hacía una comida ligera, pero en medio había que ordenar, limpiar, encargarse de la ropa. Por la noche a menudo había invitados, y Marie tenía que servir porque Anna se negaba categóricamente a asumir esa tarea. La niñera amaba su trabajo, seguía estando agradecida y contenta de haber ido a parar a esa familia, pero en aquellos momentos de vez en cuando se sentía agotada.

—Oskar, ¿qué haces hoy después del trabajo?

—Quería ir al teatro. Representan *El juglar de Nuestra Señora*. A ver si quedan entradas con descuento.

—¡Qué pena! Pensé que podíamos cenar juntos y charlar un poco.

—¿Hay algún problema? ¿He fallado en algo?

—No, no te preocupes. Solo quería charlar, de nada en particular, un poco de todo.

—¿De todo? —Oskar lo miró inquieto—. Pues dejo el teatro para mañana.

—Muy bien, entonces cerramos y vamos al Bürgerhof.

Oskar estaba bastante inquieto. No tenía ni la menor idea de qué podía querer tratar Friedrich Stock con él. Su jefe no era amigo de grandes discursos; tanto las críticas como las alabanzas las decía más bien por encima. A veces a Oskar le parecía que Stock prefería reservarse las palabras para los clientes, pues a estos naturalmente les gustaba que el librero les diera conversación.

Ambos pidieron cerveza y *goulash*. Al principio Oskar solo quería una sopa de fideos, pero Stock le dijo:

—¡Venga, pídete algo como Dios manda! Estás invitado.

Luego bebió un buen sorbo de su cerveza y respiró hondo.

—Quería hablar contigo sobre tu futuro.

—¿Mi futuro?

—Venga, no pongas esa cara de asustado. ¿Acaso crees que voy a echarte?

—No, eso no. Pero ¿de qué futuro quiere usted hablar, del próximo o del lejano?

—Eso depende de ti. Quiero decir..., me interesaría saber qué planes tienes para tu vida.

—Bueno, trabajar con usted en la librería, ¿no?

—Sí, claro, pero hay algo más en la vida que el trabajo.

En ese momento Oskar supo exactamente por dónde iban los tiros de

Friedrich Stock. Y de repente sintió placer en darle largas. Haciéndose el desentendido de manera deliberada pretendía que el otro diera el primer paso.

—Bueno, un día tienes que pensar en tu futuro.

—Sí, claro.

—Uno no puede estar siempre solo.

—No, claro.

—Ya estás en una edad en la que...

—Sí, claro.

—Déjate de tanto «sí, claro, no claro», no seas tonto. Sabes perfectamente adónde quiero llegar.

—Sí, claro..., mejor dicho, no.

Ambos se sintieron aliviados cuando el camarero les sirvió la comida, propiciando así una breve interrupción en la conversación.

Friedrich Stock levantó el tenedor señalando a Oskar y empezó a balbucear con la boca llena diciendo:

—Bueno, ¿y qué pasa con la tal Fanni?

—Nada pasa con la tal Fanni.

—Pero si es una joven estupenda.

—Sí, por supuesto.

—Y entonces, ¿cuál es el pero?

—No hay pero.

—Pero sería un buen partido.

—Vamos a ver, en primer lugar, es demasiado elegante y demasiado rica y moderna para mí.

—A ver a ver, no estés siempre quitándote méritos.

—Y, en segundo lugar, no tiene ningún interés en mí.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ella misma me lo ha dicho.

—¿Cómo! ¿Que habéis salido juntos y ella te ha dicho a la cara que no tiene ningún interés en ti? —Friedrich Stock miraba incrédulo a su joven empleado.

—Bueno, indirectamente, me ha dicho que no le interesan los hombres. — Oskar se ruborizó e inclinó el cuerpo hasta casi hundir la cabeza en el plato.



—¿Eso te ha dicho?

—Sí.

—Una joven valiente.

—Sí que lo es. Impresionante.

—Así y todo, un enlace de este tipo no sería una mala idea.

—¿Qué quiere usted decir?

—Mira. Un día ella heredará la librería de sus padres. Y estoy hablando de la librería de la editorial Gold, que no es un negocio pequeño, sino todo un imperio familiar que ella difícilmente podrá dirigir sin marido. ¿Y dónde hay un marido que entienda de librerías?

—¡No lo dirá usted en serio!

—Piensa por una vez con la cabeza. Los Gold tendrían un yerno, Fanni tendría un marido y de lo que pase de puertas adentro nadie tendría por qué enterarse. —Tras pronunciar esta frase, Stock se reclinó y apuró de un trago el contenido de su jarra de cerveza.

—Pues no es usted el único que ha tenido esta ocurrencia.

—¿Qué quieres decir?

Y Oskar pasó a relatarle su visita a la casa de los Gold. Unos días después de haber acompañado a Fanni a la ópera y luego en el Sacher, había recibido una nota, una invitación del señor Gold a acudir a su despacho, situado encima de la librería en el Kohlmarkt. Cuando Oskar, muy puntual, llegó al lugar, el viejo librero se levantó de un salto de la silla de escritorio y lo saludó como si se tratara de un amigo largamente ausente. Tomaron asiento en el sofá que ocupaba el hueco del ventanal. Gold tuvo que apartar primero una pila de libros, y luego una secretaria les sirvió té. Jakob Gold abordó el asunto sin ambages.

—Querido amigo, no quiero andarme con rodeos, soy más bien de los que van al grano. Usted ha salido hace poco con mi hija. Ella disfrutó mucho de la velada y habló de usted en los mejores términos.

Oskar le agradeció la invitación, bebió un sorbo de té y se mantuvo a la espera.

—Mire, no quiero engañarle. Mi mujer y yo no somos jóvenes, pero sí muy modernos, y entretanto hemos aceptado que nuestra hija no siga caminos establecidos, si entiende usted lo que quiero decirle.

—Creo que sí.

—Pero también sabrá que para una mujer resulta bastante difícil dirigir sola una empresa tan grande como la nuestra. Quiero decir sin apoyo masculino.

—Su hija probablemente lo conseguiría, ¿no le parece?

—Sí, el problema sin duda no estaría en ella, sino en el qué dirán. Los colegas, los socios comerciales...

—Seguramente tenga usted razón, pero ¿por qué me habla a mí de estas cosas?

—Porque usted sería el perfecto marido para Fanni.

—Perdone, ¿qué ha dicho?

—Sí, ha oído usted bien. Usted está soltero, es culto, de buen ver, tiene la edad perfecta, carece de familia y es librero. Y para usted esto significaría claramente una mejora de su situación.

—Pero Fanni no piensa en mí como marido. Además, ¿dónde queda la importancia del amor?

—El amor, el amor. Los matrimonios por conveniencia son los que mejor funcionan. Además, ¿quién dice que el amor no puede surgir?

Oskar sintió cómo la sangre se le agolpaba en la cara, se inclinó y sostuvo la taza de té prácticamente vacía. Bebió el pequeño sorbo que quedaba dentro y con el índice recorrió el fino borde dorado de la taza antes de volver a mirar a su interlocutor:

—Señor Gold, lo siento, pero no puedo dar semejante paso. Además, hay alguien en mi vida.

—No tenemos que tomar ninguna decisión precipitada, querido Oskar. Por lo pronto Fanni emprenderá un largo viaje. Quién sabe si de aquí a que ella vuelva usted ha cambiado de opinión. O Fanni es otra persona.

Tras la conversación, Oskar permaneció largo rato en la gran librería, observando a los clientes que hojeaban los libros y a los empleados afanados en su labor. Rodeó las mesas con las novedades y examinó los rótulos de las estanterías. En aquella librería había secciones completas de temas sobre los cuales ellos en su tienda no tenían más que dos o tres libros. Atlas, suntuosos volúmenes ilustrados... Solo la sección de libros infantiles ya era tan grande como la mitad de la librería de la Währingerstrasse. De los títulos actuales

había grandes pilas en las mesas. A Stock, en cambio, le parecía desproporcionado pedir una remesa de diez libros a la vez.

—Bueno, luego estuve también un rato en la librería. Sí que es bonita —dijo Oskar para acabar el relato sobre su encuentro con el padre de Fanni.

—Y tanto que sí. Quiero decir que llegar a formar parte de una empresa de esas características a través del matrimonio es como tocarle a uno la lotería.

Oskar deslizó la mano por la superficie áspera de la mesa, y luego, haciendo de tripas corazón, miró fijamente a Friedrich Stock a los ojos y dijo:

—Pero no puedo hacerlo. De ninguna manera.

—Eso se aprende. Por algo se empieza.

—No, no es a eso a lo que me refiero. No puedo casarme con una mujer a la que no amo —dijo bajando la voz y añadió—: y que no quiere nada conmigo.

—Sí, lo entiendo. —Stock suspiró dirigiéndole una sonrisa—. Me lo podía imaginar, no por mí, sino por ti... ¿Y qué hay de tu amor?

—¿Mi amor? —Oskar sintió cómo se ruborizaba y se alegró de la penumbra que había en la sala del restaurante.

—No te hagas el tonto. Me refiero a tu niñera.

—Le tengo mucho cariño.

—Pero ¿crees que es la mujer que necesitas?

—¿Cómo se sabe eso? En todo caso, no paro de pensar en ella y, cuando quedamos, primero no veo la hora y luego estoy feliz.

—Eso suena a que la cosa va en serio. Pero ¿le ves futuro?

—Bueno, ninguno de los dos tenemos recursos. Desde hace años ella está alejada de su familia, ¿sabe? Salió huyendo, como quien dice, de aquella granja de la comarca del Mühlviertel. Y yo me las arreglo bastante bien con lo que gano. Estando solo, claro.

—Sobre ese asunto quería hablar contigo.

—¿Sobre qué asunto?

—Pues eso, sobre tu futuro y el mío. Mira, yo me estoy haciendo mayor y tengo que empezar a pensar en qué va a pasar con la librería cuando yo ya no esté.

—Pero si usted no es mayor todavía.

—Cuando mi padre murió, tenía cinco años más de los que tengo yo ahora.

—Bueno, pero eso no quiere decir nada.

—No obstante, hay que empezar a pensar al respecto.

Y luego Stock le explicó breve y concisamente que un día él heredaría la librería de la familia Stock desde hacía dos generaciones. Que llevaba años urdiendo aquel plan y que él era su lógico sucesor. Eso no tenía vuelta de hoja.

—No tengo hijos y, aunque llegaste tarde a mi vida, eres como uno para mí.

Oskar estaba tan emocionado que le costó contener las lágrimas.

—Usted también es como un padre para mí. Si no hubiera sido por usted...

Friedrich Stock carraspeó.

—Bueno, basta de cursilerías. Tú heredarás un día la librería y no hay más que hablar. Si eso es algo bueno, no lo sé. Desde hace años vienen diciéndonos que la gente lee cada vez menos y que las librerías desaparecerán. Esperemos que eso no llegue a ser problema mío.

Oskar se acordaba perfectamente del día en que Friedrich Stock había ido a buscarlo al orfanato —era su decimoquinto cumpleaños—, y después habían entrado juntos en la librería. Oskar estaba tan asombrado en medio de la tienda que no le salían las palabras. Stock simplemente lo dejó deambular a sus anchas, mientras se dedicaba a desembalar alguna caja, haciendo como si el chico no se encontrara allí. Y ahora ¿se suponía que todo aquello pasaría a ser propiedad suya?

—No sé qué decir...

—No has de decir nada. Tienes que seguir trabajando como hasta ahora y en algún momento tenemos que acudir al notario.

—¿Por qué al notario?

—Pues porque tengo que hacerte registrar como copropietario. No quiero esperar a ser viejo, estar enfermo o caer muerto. Quiero que seamos socios.

—Señor Stock, eso es..., no sé cómo voy a agradecerse.

—Para empezar, vas a tutearme. Es lo mínimo entre socios. Y luego tienes que aprender muchas cosas. Eres un buen dependiente y has leído mucho, pero de contabilidad, por ejemplo, no tienes ni idea.

—Sí, lo aprenderé todo.

—Yo diría que en adelante ganarás un poco más que hasta ahora y, en contrapartida, ya no apuntarás las horas extra. Si hay mucho trabajo, te quedas

más tiempo, y si no es necesario, estás libre. Sencillamente lo acordamos entre nosotros, puesto que somos socios.

—Señor Stock...

—Friedrich.

—Vale, Friedrich —se corrigió Oskar, a quien no le resultaba fácil llamarlo por el nombre de pila.

—¿Qué ibas a decir?

—Que voy a pedir otras cervezas y un orujo.

—¡Adelante, hijo, adelante!

La velada fue larga, se tomaron unas cuantas cervezas más mientras conversaban sobre la librería. Era evidente que ambos estaban satisfechos de haber podido hablar de algo que les concernía a los dos. Friedrich Stock ya no mencionó a Fanni Gold, y Oskar se sintió aliviado de no tener que responder a preguntas relacionadas con Marie. Ambos estaban más a gusto charlando de volúmenes de venta, reformas necesarias y precios de libros, dejando de lado los asuntos personales.

No fue sino hasta poco antes de la medianoche, al llegar a la Gentzgasse, cuando Oskar notó que el alcohol se le había subido a la cabeza. Veía todo como a través de una cortina de niebla y unas leves náuseas le obligaban a una respiración plana. Por primera vez en su vida estaba borracho. Stock lo cogió delicadamente del brazo y lo ayudó a avanzar lentamente.

—Has empuinado algo el codo, ¿a que sí, socio? ¿Puedes caminar?

—Sí sí. Es solo que estoy un poco mareado.

—Esta noche te quedas a dormir en mi sofá. Y así mañana por la mañana no tienes un camino tan largo que recorrer.

Pensar en el trayecto hasta el segundo distrito hizo que Oskar asintiera agradecido. Friedrich Stock vivía enfrente de la librería y diez minutos más tarde Oskar estaba tumbado sobre un duro canapé, tapado por una manta delgada y demasiado corta. Se quedó dormido en cuestión de segundos.

—Marie, papá me ha prometido que iremos a la Casa de las Fieras si saco una buena nota en dictado.

—Y ¿tienes una buena nota en dictado?

—Tengo un «excelente». —Heini se plantó ante la niñera dirigiéndole una mirada desafiante.

Se pusieron a jugar en el jardín lanzando una pelota de un lado a otro, pero Heini no acababa de estar por la labor; una y otra vez tiraba la pelota de modo que su hermana no la pudiera atrapar. Esta iba cada vez pacientemente a sacarla de debajo del seto.

—Te estás portando muy bien, Heini. Tú padre se pondrá muy contento.

—Y me dejará ir al parque zoológico. Nunca he estado. Hay jirafas y leones y elefantes. Y... —moviendo los ojos con gesto elocuente— un oso hormiguero.

—¡No me digas, un oso hormiguero! —Marie no tenía idea de qué aspecto tendría aquel animal, pero el nombre le hacía gracia—. Ahora mismo voy a enseñarte yo un oso hormiguero —exclamó lanzando la pelota a Heini.

—Lili también *fantes*. —La pequeña tenía miedo de no ser invitada a la excursión, y protestaba preventivamente pateando el suelo y frunciendo el ceño.

—Pero bueno, señorita. ¿Qué son esos morros? —Arthur y Olga Schnitzler habían salido a la veranda y observaban a los niños jugar.

—Papá, quier+zoológico. Me prometiste que, si sacaba un «excelente» en dictado, podía pedir un deseo.

—En efecto, hijo, eso dije. Has sacado un «excelente» en dictado. Muy bien. Y ¿cuál es tu deseo?

—Acabo de decirlo. Una excursión al zoológico.

—Lili también —dijo la niña, que había trepado la escalera que conducía a la terraza y se aferraba a las piernas de su padre. Este la alzó y le dio un beso.

—¿Y con quién quieres ir al zoológico?

—Contigo —dijo Heini mirando a su madre por el rabillo del ojo—. Y con mamá. Y con Marie.

—Eso no puede ser, hijo. En los próximos días no tengo tiempo. Además, tu madre y yo tenemos previsto otro viaje al Semmering.

—Entonces voy con Marie. Y Lili también puede venir con nosotros. ¿Verdad, Lili? Vamos con Marie al jardín zoológico. Y a Oskar, el librero simpático, también lo podemos llevar. Puede ayudar a Marie a cuidar de Lili. Para que no se pierda.

—Pero la última vez fuiste tú el que se perdió —exclamó Olga Schnitzler lanzando una severa mirada a Marie.

Esta volvió a sentir vértigo al recordar el momento en que había perdido al chico en el mercado de Navidad. Pensó que no lo volvería a ver nunca más. Después de haberlo buscado durante horas, acabó por regresar a casa sin él, y allí estaba el niño, que había encontrado por sí solo el camino de regreso.

—Ya hablaremos de ese asunto. Ahora tranquilízate, que el jardín zoológico de Schönbrunn tiene más de ciento cincuenta años de vida y muchos más por delante.

Cuando los niños ya se habían ido a la cama, los señores llamaron a la niñera. Marie siempre se sentía un poco incómoda al entrar en el salón. Nunca sabía muy bien lo que se esperaba de ella. ¿Debía sentarse o era eso una vulneración del código de conducta? Se detuvo cerca de la puerta.

—Bien, señorita, ya ha oído usted el deseo de Heini.

—Sí, señor.

—Creo que tenemos que concedérselo. Ha sido muy aplicado en la escuela últimamente.

—Sí, señor, estoy de acuerdo. Ha mejorado notablemente.

—Eso también se debe a usted, Marie. Usted trasmite a los niños calma y seguridad.

—Gracias, doctor —dijo muy azorada.

—Siéntese un momento con nosotros —le dijo Olga Schnitzler retirando un periódico del sillón y haciendo un gesto de invitación con la mano.

Marie se sentó en el filo del asiento.

—Nos parece que desempeña muy bien su labor. Quiero decir, usted es

todavía muy joven y no tiene mucha experiencia. Pero los niños la quieren.

—Yo también les tengo mucho cariño a los dos. Son unos niños maravillosos.

—Este año Heini tiene que hacer su examen de admisión para el instituto.

—Sí, lo sé, pero estoy segura de que aprobará. Es un chico muy listo. Y yo cuido de que estudie con aplicación.

—¿Y en cuanto a Lili? Me parece muy tozuda —dijo Olga levantándose y dirigiéndose a la ventana. Marie también se incorporó de un salto—. ¡Quédese sentada, no se preocupe! Es solo que estoy algo nerviosa —añadió mirando hacia el jardín.

—Es muy normal que a su edad los niños pongan a prueba sus fuerzas para ver hasta dónde pueden llegar. Con mis hermanos pequeños pasó lo mismo.

Después del elogio Marie se sentía un poco más segura y ella misma se sorprendió de haber sacado a colación a su propia familia.

—¿Cuántos hermanos tiene usted?

—Muchos, doctor —dijo riendo—. En casa la cocina estaba siempre llena de niños.

—En fin, la pregunta es si se siente capaz de ir con los dos niños a la Casa de las Fieras.

—Creo que sí.

—Nosotros volvemos a estar de viaje, necesito un cambio de aires; Heini seguirá en sus trece, al fin y al cabo, se lo he prometido.

—Sí, supongo que no dejará de insistir —dijo Marie sonriendo al pensar en el niño y su gran capacidad de imponer sus deseos.

—Pero el trayecto hasta allí es largo. Será agotador.

—Los dos niños son buenos para caminar. Y yo soy fuerte y puedo cargar a Lili durante largos trechos.

—A lo mejor tiene usted una amiga que la pueda acompañar.

—No, lamentablemente no tengo ninguna.

—Heini preguntó si el joven librero podría acompañarlos. Al niño parece que le cae bien.

Antes de que Marie pudiera responder, Olga Schnitzler volvió a intervenir en la conversación:

—No me parece una buena idea, Arthur —dijo en un tono cortante.



—No te alteres, cariño. Solo ha sido una ocurrencia. Me sentiría mejor si Marie no tuviera que ir sola con los niños hasta la otra punta de la ciudad.

—Sí, pero no me parece correcto que enviemos a la niñera con su galán y nuestros hijos.

—Disculpe, señora, si me permite decir algo, él no es mi galán —dijo Marie, que no sabía a ciencia cierta lo que significaba la palabra—. Solo somos amigos.

—Sí sí, eso dicen siempre. Me parece que una criada embarazada es suficiente.

Entonces Marie se levantó de un salto del sillón y el rubor le subió a las mejillas, pero no por turbación, sino porque se sintió indignada al oír aquellas palabras.

—Perdone, señora, eso es una acusación gratuita. Le ruego que no me eche en el mismo saco con una criada embarazada. Soy una mujer decente.

—¡Calma calma, señoras! ¡Les ruego que se tranquilicen! —Schnitzler también se había levantado del sofá, y extendiendo los brazos dijo—: Nadie la acusa de nada, Marie. Lo que pasa es que mi esposa está un poco tensa; los nervios, usted lo entiende, ¿verdad? Sabemos por supuesto que usted es una joven decente, no me cabe la menor duda. —Acercándose a su esposa, le pasó el brazo sobre los hombros en un gesto protector y le dijo—: ¡Cálmate, Olga!, encuentro que sería una buena idea que el joven librero los acompañara. Es un joven simpático, muy culto, y a Heini le daríamos una alegría. —Y dirigiéndose a Marie—: Váyase tranquila a dormir. Mañana hablaremos otra vez del asunto.

Marie estaba muy alterada, pensaba llena de remordimiento en el beso que había intercambiado con Oskar en la calle, que, claro, no podía compararse con lo otro. Había sido excitante, pero al mismo tiempo tan... tan inocente. En ningún caso lo había sentido como algo malo o inmoral; además ella nunca iría más lejos.

Ni pensar en conciliar el sueño. Abandonó su habitación de la buhardilla para prepararse una infusión en la cocina. Cómo era posible que la señora comparara los paseos en que charlaba con Oskar y prudentemente se iban conociendo con lo del embarazo de Sophie. Marie estaba muy enfadada, tanto más cuanto que Anna le había contado una y otra vez que tanto el doctor como su esposa habían tenido un pasado de muchos devaneos.

Cuando pasaba por el vestíbulo, taza en mano, oyó a través del resquicio de la puerta al matrimonio Schnitzler conversando. Sin pensarlo dos veces colocó la taza sobre un peldaño de la escalera y a hurtadillas se acercó un poco más a la puerta. Escuchó cómo en ese momento el doctor decía:

—No tienes por qué preocuparte..., una muchacha tan poco instruida..., el chico no es tonto.

Marie contuvo el aliento. La señora respondió algo, pero ella no alcanzó a entender nada. Luego oyó de nuevo al doctor diciendo:

—Hace poco lo vi en el Sacher. Ya era bien entrada la noche. Fue el día en que Richard, Hugo, Felix y yo fuimos después del teatro, ya sabes. Esa noche el tal Oskar también estaba en el Sacher, lo vi abandonar el establecimiento del brazo de una joven muy atractiva. Felix incluso supo decirnos quién era: la hija de Gold, el dueño de la gran librería en el Kohlmarkt. Una chica guapa de verdad y un auténtico buen partido. De manera que... tonto sería si en su lugar escogiese a nuestra niñera.

Marie se llevó ambas manos a la boca y salió corriendo escaleras arriba. Cerró la puerta de su pequeña habitación y se sentó al borde de la estrecha cama. La infusión seguía sobre el peldaño de la escalera, pero ella no podía regresar a buscarla, era incapaz de abandonar su cuarto.

Su cabeza bullía, no sabía qué pensar. Seguro que todo era un malentendido, ¿acaso el doctor había confundido a Oskar? Aunque poco probable sí que era, al fin y al cabo era un escritor, o sea, un observador atento, y no podía ser que se confundiera de tal forma. ¿Quizá había sido un encuentro de trabajo? Pero Schnitzler había dicho que ya era bien entrada la noche. Y de la joven había comentado que era muy guapa, un buen partido. Cogió el libro de poemas que Oskar le había regalado en diciembre, nada más conocerse. Lo hojeó como si Rilke pudiera proporcionarle alguna respuesta. Del libro cayeron las cartas que Oskar le había escrito y, aun cuando ya las había leído cientos de veces, volvió a quedarse enfrascada en su lectura.

Ya era tarde cuando por fin logró conciliar el sueño. Entonces soñó que paseaba por entre una manada de elefantes y jirafas y en algún momento divisaba a Oskar del brazo de una joven cuya cara no pudo reconocer.

Al día siguiente los señores partían de nuevo. Como siempre Heini estaba malhumorado porque no le gustaba que sus padres se marcharan y estuvo

haciéndose el remolón durante todo el desayuno. Cinco minutos después de haber abandonado la casa para ir a la escuela, llamó al timbre con prisas porque se le había olvidado su bolsa de gimnasia. Marie se mostraba impaciente con los niños; regañó a Heini y le dijo a Lili que no podía jugar con ella porque tenía que ayudar a su madre a hacer la maleta. La señora no acababa de decidirse entre los muchos trajes, y Marie tenía que sacar una y otra vez faldas y blusas del armario, ponerlas sobre la cama y volver a guardarlas. Haciéndolo pensaba en la pobre Sophie. Esa era normalmente tarea de la criada, que tampoco tenía una vida fácil.

Poco antes de que los señores emprendieran el viaje, el doctor llamó aparte a Marie y le entregó un sobre diciendo:

—Aquí tiene el dinero para la excursión al zoológico. Tiene que alcanzar para usted, los niños y el señor Oskar.

Marie enarcó las cejas, no dijo nada y guardó el sobre bajo el delantal.

—De modo que tiene usted mi beneplácito para ir con los niños el domingo a la Casa de las Fieras. Confío en que su acompañante tenga tiempo. Espere, lo llamaré enseguida, seguro que ya está en la tienda. ¿O prefiere llamarlo usted misma?

Marie lo miró incrédula.

—¿Yo? No, doctor. Yo no tocaré nunca ese aparato.

—Eso lo dice ahora. En unos años habrá uno en cada casa.

Marie escuchó al doctor hablar por el auricular negro:

—Mis saludos, señor Stock. Habla Arthur Schnitzler... Sí, de maravilla... No, no quiero hacer ningún pedido... Dígame, ¿su joven compañero, el señor Oskar, ha llegado ya?... Sí, estupendo. Muchas gracias. Encantado.

Y luego habló con Oskar, le contó acerca del plan de acompañar a Marie y los niños al zoológico, después tras una breve conversación, colgó y sonriendo satisfecho dijo:

—Sí, puede acompañaros y le hace ilusión. Pasará a buscaros el domingo a las diez.

El corazón le latía con fuerza, y esperó que el doctor no notara su desazón.

—Gracias, doctor. Me alegro y le deseo un feliz viaje.

Marie deseaba ardientemente que el fin de semana hiciera mal tiempo. Que

lloviera a cántaros para que una excursión al zoológico quedara por completo descartada. ¿Cómo iba a enfrentarse a Oskar después de lo que había escuchado? Entretanto estaba convencida de que él tenía una relación con la hija del librero y que con ella, en cambio, solo estaba jugando. Probablemente ella solo significaba para él un cosquilleo, una provinciana con la que poderse divertir un poco antes de entablar una relación definitiva. ¡Qué estúpida había sido! ¿Cómo podía haber imaginado siquiera que un joven tan culto y ambicioso como él podía interesarse por una hija de campesinos? Pasó la noche en vela figurándose las conversaciones más interesantes entre él y aquella joven, sus debates sobre teatro y literatura, ópera y política; todos los temas en los que ella no podía estar a la altura.

El domingo Heini se despertó al rayar el alba. Se encaramó a la cama de Marie y sentándose en un extremo metió los pies fríos bajo el edredón. Nunca antes lo había hecho, y Marie no pudo menos que reír a pesar de lo temprano que era. Enseguida Lili también empezó a llamarla desde la habitación contigua, llevaba días sin hablar de otra cosa que no fuera el elefante de la nariz larga y Heini la corregía una y otra vez explicándole que no era una nariz sino trompa. El chico se pasaba las horas recopilando todo el material posible sobre el zoológico, sabía de memoria los nombres de los animales que podían visitarse allí y constantemente andaba enumerándolos: tapir, jirafa, rinoceronte, hipopótamo, pantera y muchos más. En la enciclopedia que había en el despacho de su padre les enseñaba una y otra vez a Marie y a Lili imágenes de los animales.

El cielo era de un azul resplandeciente, iba a ser un magnífico día de primavera, ni una nube a la vista, de modo que Marie acabó por dejarse contagiar del entusiasmo de los niños. Anna preparó merienda como para tres días por lo menos, y Heini insistió en ponerlo todo en su mochila de excursionista. A las diez en punto sonó el timbre; y allí en el umbral estaba Oskar. Llevaba pantalón bombacho de media pierna y, azorado, sostenía su gorra entre ambas manos. Los niños lo saludaron como a un tío largamente extrañado; Marie, a quien ya le iba bien la agitación y el barullo, se limitó a asentir con la cabeza.

Como una pequeña familia enfilaron hacia la parada del tren urbano. A Marie le parecía extraño ser la administradora del dinero y la encargada de comprar los billetes para todos. Los niños estaban exultantes. Ya el mero

hecho de coger el tren urbano que circulaba por el llamado cinturón y tener que hacer transbordo a la línea que discurría por el valle del río Viena provocaba en ellos tal excitación que difícilmente podía mantenerseles sentados.

Marie guardaba siempre cierta distancia con respecto a Oskar, se sentaba y caminaba entre los dos críos, los escuchaba con atención y respondía paciente todas sus preguntas. A Oskar no parecía molestarle, una y otra vez la miraba con cariño e intentaba intervenir en la conversación.

Y por fin llegaron al zoológico. A Heini no había quien lo contuviera, se soltó de la mano de Marie y echó a correr hacia el primer recinto de animales. Lili, en cambio, asustada, quería de repente que la llevaran en brazos. Cuando vio al enorme hipopótamo en su zanja, escondió temerosa el rostro presionándolo contra el hombro de Marie.

—¡Adelantad vosotros!, Lili y yo mientras tanto vamos a ver otros animales más inofensivos —le dijo Marie a Oskar, y este se marchó con Heini.

Marie y Lili se acercaron a un recinto con cerdos de distintas clases que parecían no provocar miedo a la pequeña. Al ver como un gran marrano se revolcaba a placer en el lodo, Lili soltó una sonora carcajada.

—Ah, Lili, ¿qué tal si pegaras un salto y te metieras ahí con tu bonito vestidito blanco?

—Mamá enfadada —dijo Lili seria. Una y otra vez quería que Marie le leyera los letreros.

—*Puercoespín del este asiático, potamóquero rojo, jabalí salvaje y facóquero común del África oriental, pecarí de collar americano, pecarí barbiblanco o chanco majano...* ¡Ven, Lili, ahora vamos a buscar a tu hermano!

Delante de la jaula de los monos se encontraron de nuevo. A Lili ya se le había pasado el susto, y no había quien despegara a los niños del lugar. En un momento dado Marie sintió un contacto muy suave en el hombro y oyó cómo Oskar le decía por lo bajo:

—¿Qué te pasa? ¿Es que estás enfadada conmigo?

—Calla, que pueden oírnos —replicó Marie, y alzando la voz llamó a los niños—: ¡Heini, Lili!, ¿queréis venir, por favor? Vamos a sentarnos allí en un banco a merendar.

Oskar le dirigió una mirada interrogante, y a Marie de repente todo le

pareció tan ridículo y estúpido que hubiera preferido darle un abrazo.

Heini hojeaba entusiasmado su *Guía de la Casa de las Fieras*, un catálogo que Marie le había comprado en la entrada por una corona y cincuenta céntimos.

—Los monos beben café, como Anna. Escuchad, os leo lo que pone aquí sobre todo lo que comen:

*Temprano en la mañana reciben su café acompañado de pan blanco y bizcocho; al mediodía, arroz hervido en leche, maíz y patatas cocidos, verdura tierna y fruta fresca de acuerdo con la estación; además, higos, granos, huevos crudos, entre otros alimentos. Por la tarde, además de té negro con pan blanco e higos, se les dan frutos tropicales seleccionados conforme al tipo de especie de la que se trate.*

El momento culminante de la visita al zoológico fue para todos el recinto de los elefantes. Heini lo había leído todo, o mejor dicho, se había aprendido de memoria todo lo que había que saber sobre los elefantes, se colocó delante del recinto y empezó a explicar como un pequeño maestro:

—Un elefante de estas características pesa de dos a cinco toneladas y come cada día más de doscientos kilos de vegetales. Esto le lleva el día entero. Ya al nacer el pequeño elefante pesa más de doscientos kilos. Y esa que veis ahí es Mädi, una elefantita de cinco años. Y esa otra es el bebé elefante, se llama Gretl.

—¡Vaya, cuántas cosas sabes, Heini! —dijo Oskar mostrándose impresionado, y el niño pareció crecer un par de centímetros de lo orgulloso que estaba.

Lili, extrañamente calmada, se mantenía muy quieta y silenciosa ante la verja observando pensativa a los enormes animales. La habían dejado literalmente muda. A Marie le ocurría algo parecido. Había crecido con animales: unas cuantas vacas escuálidas en el establo, un viejo caballo de tiro y algún que otro cerdo que rápidamente era sacrificado. Pero lo que estaba viendo era poco más o menos que inimaginable.

Al cabo de unas horas, por fin lograron convencer a Heini de emprender la vuelta a casa. Se le ocurría una y otra vez el nombre de un animal que no había

visto todavía o no había visto bien. Primero tuvo que ir a visitar por segunda vez a los osos, al fin y al cabo, la primera vez estaban dormidos y él no había podido ver nada. Luego se le ocurrió que se había perdido las focas. Y finalmente quería ver una última vez a los félidos, porque antes no se habían acercado lo bastante por la cantidad de gente que había delante y porque Lili había tenido miedo de la pantera negra. La pequeña, entretanto, se había quedado dormida en brazos de Marie; frente al pabellón donde se encontraban las jaulas con los papagayos había querido que la alzarán, recostó la cabecita contra el cuello de su niñera y en cuestión de segundos se le cerraron los ojos.

La pantera negra recorría una y otra vez los barrotes del pequeño recinto en un movimiento de continuo fluir. De cuando en cuando se detenía y echaba un vistazo a la multitud que se agolpaba ante su jaula. No parecía para nada peligrosa, se detenía a mirar desconcertada e incrédula a través de la reja, antes de retomar su marcha interminable.

—¿Te acuerdas del libro que te regalé de Rilke?

—Claro que me acuerdo. ¿Por qué? —La respuesta de Marie había sido bastante cortante; Oskar la miró extrañado.

—Perdona. Quería decir que Rilke escribió una poesía muy hermosa y triste sobre una pantera encerrada como esta. Por desgracia no me la sé de memoria. Solo dos versos: *solo ve barrotes sin cuento, y tras los barrotes, la nada.*

—Muy bonita. Así y todo, me alegra que exista una reja entre ella y nosotros. ¿Podrías coger un rato a la niña? Ya me duele la espalda.

—Claro. ¡Qué tonto he sido! Dámela. Espera, con cuidado, para que no se despierte.

Marie le entregó a la niña dormida, y cuando sus brazos se rozaron, sintió el calor de Oskar de una forma tan intensa que enseguida dio un paso atrás. Durante el viaje de regreso iban todos muy callados. Heini hojeaba su guía del zoológico y de cuando en cuando miraba distraído por la ventanilla del vagón. Oskar cargaba a Lili dormida en su regazo, y cuando Marie reclinaba su cabeza en el respaldo acolchado de su asiento, notaba que también a ella se le cerraban los ojos.

En el trayecto desde la estación a la Sternwartestrasse, Lili se despertó y se sintió muy decepcionada al ver que ya no estaban en el zoológico. Con recobradas fuerzas empezó a correr de un lado a otro por la acera gritando:

«Soy Gretl, el bebé elefante que come mucha hierba».

Los niños entraron en tromba a la casa, donde ya los esperaba Anna, que los recibió diciendo:

—Por fin estáis aquí. Estaréis muertos de hambre. Entrad, hay *eiernockerl*.

—Anna, pero si nos diste merienda como para convidar también a los monos —dijo Marie riendo, aunque se alegró del cariñoso saludo. Aquella casa se había convertido muy rápidamente en su hogar, un lugar que irradiaba calor y placidez. Y una parte importante de esa sensación se debía a Anna, el alma de la casa.

—Lili, Heini, ¡quitaos los zapatos! ¡Y no olvidéis lavaros las manos! —les ordenaba Anna intentando de nuevo ser estricta, cuando su mirada recayó de pronto en Oskar, que seguía en el umbral sin saber muy bien qué hacer—. ¡Y usted no se quede ahí parado como compuesto y sin novia, venga, entre a lavarse las manos, que hay suficiente para todos!

—No sé, creo que mejor me voy a casa —dijo Oskar avergonzado, sosteniendo de nuevo su gorra entre las manos.

—Ni se le ocurra, jovencito. Primero se cena y luego siempre está usted a tiempo de irse a casa.

Oskar le dirigió una mirada vacilante a Marie, que se encogió de hombros y rezongó:

—Unos vulgares *eiernockerl* en la mesa de la cocina no deben de ser suficientes para él, que prefiere cenar en el Sacher.

La cocinera miró a Oskar desconcertada, luego lanzó una mirada inquisitiva a Marie, pero esta, sin dar explicaciones, se fue con los niños al cuarto de baño.

Pusieron la mesa de la cocina y, tras haberse servido todos de la gran fuente de porcelana colocada en el centro, Marie repetía una y otra vez a los niños que no armaran ruido, que no hablaran con la boca llena ni interrumpieran a los mayores. Pero en el fondo se alegraba de que ellos monopolizaran la conversación; de ese modo quedaba disimulado el hecho de que ella no quisiera hablar con Oskar. Todos comieron con mucho apetito, y cuando Lili intentó describir un oso hormiguero y presumió de haber luchado con un león salvaje, todos se echaron a reír a carcajadas.

Tras la cena la cocinera colocó los platos en la pila. Luego se dio media vuelta y con los brazos en jarra y tono decidido dijo:



—Niños, ahora vosotros vais a vuestro cuarto y os preparáis para ir a la cama. Heini, tú le lees un cuento a Lili y luego subo a taparos y daros las buenas noches.

—No, que Marie nos lleve a la cama —protestaron los niños, como era de esperar.

—No. Marie se queda un rato aquí con Oskar en la cocina. Tienen un asunto que tratar.

Todos se quedaron muy sorprendidos cuando los niños, sin chistar, enfilaron hacia sus habitaciones en el piso de arriba. Anna dedicó un elocuente gesto de asentimiento a Oskar y a Marie, abandonó la cocina y cerró la puerta tras de sí sin hacer ruido.

Marie se levantó como un resorte y se puso a lavar los platos. Sentía a su espalda la mirada de Oskar, que tras largas vacilaciones dijo:

—¿Qué te pasa, Marie? ¿Qué he hecho? ¿Por qué estás tan enfadada conmigo?

—Eso tienes que saberlo tú mismo —dijo sin girarse, hablando en dirección al agua de la pila, sobre todo para que no viera cómo se le anegaban los ojos de lágrimas.

—¿Cómo voy a saberlo?

—Ah, ¿no? ¿Y el Sacher?

—¿Qué pasa con el Sacher? ¿Qué empeño tienes con el Sacher?

—Venga, Oskar. Entiendo que quedes para salir con otras mujeres más cultas. Pero entonces, conmigo no juegues.

—Yo no quedo con otras mujeres. No sé a qué te refieres.

—Pues el doctor te vio. Te vio en el Sacher. Con una hermosa joven. Y el doctor no ve fantasmas.

—Ah, eso. ¡Ven, Marie, siéntate aquí un momento!

Oskar se levantó rápido y, colocándose muy cerca de las espaldas de Marie, la tomó por los hombros con delicadeza y la giró hacia sí. Entonces Marie no pudo contenerse más e irrumpió en llanto. Estuvieron así mucho rato. Oskar la abrazaba esperando paciente a que se calmara.

—Ahora voy a prepararte una infusión y tú te sientas aquí y te calmas. Luego te cuento todo acerca de la hermosa joven.

Ambos se sentaron y Oskar le contó lo de la cena en casa de los Gold y de

la hija única de estos que un día heredaría la librería.

—¿Sabes? Cuando recibí aquella invitación, no se me ocurrió pensar que pudiera significar algo. En realidad, invitaban al señor Stock y era él quien quería que yo lo acompañara. Yo no sabía por qué.

—Pero luego estuviste con ella en el Sacher.

—Sí, y antes también en la ópera. Ella tenía entradas y después de la función me invitó a cenar en el Sacher.

—Yo solo puedo invitarte a *eiernockerl* hechos por Anna. Pero también podría prepararlos yo misma. —Marie intentaba esbozar una tímida sonrisa.

—¿Sabes una cosa? Prefiero cien veces los *eiernockerl* de esta casa que el *tafelspitz* del Sacher.

—No, lo que dices ahora es una mentira.

—Solo a medias.

—Bueno, pero ¿qué es esa historia con la hija del librero? ¿Qué quiere de ti? ¿Cómo dijiste que se llama?

—Fanni. Se llama Fanni Gold y es una mujer original. Y no quiere nada de mí. Su padre es el que tiene intenciones conmigo.

—¿Qué clase de intenciones? —preguntó Marie sabiendo ya la respuesta, por lo que pronunció la pregunta muy por lo bajo.

—Su padre quiere un librero como yerno.

—Estupendo. Si te casas, puedes recibir una gran librería y ser un hombre de bien.

—Pero no lo haré.

—¿Por qué no? No hacerlo sería de tontos. —Marie estaba muy orgullosa de sí misma, se mantenía muy recta y su voz denotaba cierta firmeza.

—Pues seré tonto, pero como no amo a Fanni, no me casaré con ella.

—El amor, el amor..., el amor puede venir después.

—El amor ya está aquí. Quiero a otra persona. —Oskar hizo de tripas corazón y cogió la mano de Marie—. Y para una historia de amor siempre se necesitan dos.

Marie no dijo nada y Oskar prosiguió:

—Y Fanni no quiere casarse, ni conmigo ni con nadie.

—Pero ¿no dices que aún es joven? Todavía no puede saber lo que hará.

—Sí que lo sabe. Es que..., no sé cómo explicarlo...

—Dilo sencillamente.

—No se interesa por los hombres.

—Yo tampoco. —Marie retiró su mano.

—No, no lo entiendes. No se siente atraída por los hombres.

—No sé a qué te refieres. No estarás queriendo decir que es... Oh, Dios, ¿no es eso pecado? —Marie se llevó las manos a la boca.

—Bueno, ¿pecado, pecado? ¿Qué es en realidad pecado? Esto lo ha habido siempre, ¿sabes?, también hay hombres que aman a otros hombres.

—No quiero saber nada al respecto. No me lo puedo imaginar.

—Yo tampoco. Pero el hecho es que la hermosa Fanni Gold no quiere saber nada de mí, y yo tampoco de ella. Porque es a ti a quien yo amo. Y me da lo mismo que ella tenga una librería o no.

—Sí, pero Oskar, tienes que ser razonable y pensar en tu futuro. Además, lo nuestro no puede prosperar. Yo no tengo nada y tú no tienes nada, ¿cómo vamos a juntarnos entonces? Tú eres una persona culta y yo no tengo cultura. Esto no puede funcionar.

—Tú eres al menos tan inteligente como yo. Y ahora para ya. —Oskar se inclinaba por encima de la mesa queriendo darle un beso a Marie, cuando llegaron las voces de los niños desde el piso de arriba:

—¡Marie, Marie, ven a darnos las buenas noches!

Oskar desempeñaba su trabajo en la librería con una sensación diferente desde que había estado con Friedrich Stock en la notaría y había estampado su firma en el contrato.

Fue en los días siguientes a su conversación en el Bürgerhof; habían acudido a aquella oficina oscura de la Martinstrasse, y el notario le había presentado a Oskar aquel documento. Aunque este lo leyó, la verdad era que el nerviosismo le había impedido entender cabalmente los términos. No obstante, una cosa sí le había quedado clara: ahora era dueño de una parte de aquel maravilloso lugar, del lugar donde en los últimos años había pasado tantas horas de su tiempo y en el que había sido feliz. Las altas estanterías, siempre bañadas en una luz cálida, las escaleras de madera con las que se sacaban los libros desde alturas de vértigo, la pequeña estufa que de octubre a marzo calentaba la tienda, la butaca gastada, todos esos libros, incluso la raída alfombra sobre el antiguo suelo de parqué, todo aquello era ahora también un poco suyo. Y tardó varios días en hacerse a la idea de que esto era una realidad.

—Otra vez has venido temprano —rezongó Friedrich Stock cuando entraba, poco después de las ocho, a la trastienda de la librería—. ¿Por qué haces tantas horas extras?

—Usted dijo que...

—Tú dijiste que... —lo interrumpió Stock.

A Oskar le resultaba difícil tutearlo. Aunque una y otra vez se recordaba el hecho de que ahora eran socios, el librero mayor seguiría siendo para él una persona a la que respetar.

—Pues eso, tú dijiste que ahora ya no hay horas extras.

—Sí, pero eso no significa que de ahora en adelante tengas que trabajar día y noche. Vas a crearme mala conciencia.

—Yo también acabo de llegar. Solo quería hacer de una vez las devoluciones antes de abrir.

—¡Por Dios! Ahora sí que estás exagerando un poco, ¿no te parece? Ven,

voy a prepararnos un café. He traído dos cruasanes.

Sacó la bolsa de papel de la cartera y puso el hervidor sobre el pequeño fuego.

—¿Has leído la noticia del periódico?

—¿Qué noticia?

—La del barco.

—¿Qué barco?

—El enorme buque de vapor. El Titanic.

—No, ¿qué se dice de él?

Friedrich Stock colocó la *Neue Freie Presse* sobre la mesa y empezó a leer:

—*El buque Titanic ha estado a punto de ser destruido por un iceberg. Se trata del mayor buque del mundo, una montaña flotante del tamaño de una casa, una ciudad que, puesta en marcha por potentes fuerzas motrices, navega por el océano hacia países lejanos. El barco más grande del mundo y, sin embargo, solo un pobre enano doblegado por el ímpetu de un iceberg, que pide auxilio a diestra y siniestra y puede darse por afortunado si los elementos de la naturaleza con su supremacía no acaban por destruirlo por completo. Mil cuatrocientas personas estuvieron desde ayer en situación de extremo peligro; mil cuatrocientos hombres y mujeres llenos de vitalidad y ganas de viajar, muchos de ellos seguramente consentidos y despreocupados con aquella arrogante indolencia que...* Oskar, ¿qué te pasa?

Oskar se había incorporado de un salto, el cruasán se le había caído de la mano y estaba ahora en el suelo sin que él hiciera ademán de recogerlo.

—Sigue leyendo.

—El artículo es enormemente largo, mira, toda una página.

—Sí, pero lee qué le ha pasado a la gente que iba en el barco. ¿Están todos a salvo?

Refunfuñando entre dientes, Stock leyó por encima el artículo. Oskar, a su espalda, lo miraba fijamente.

—Aquí —dijo el librero señalando unas líneas con el dedo—. *Pese a todo, la fuerza de esta máquina no ha sido suficiente para salvar al Titanic. Los ocupantes han sido llevados a tierra, se han mantenido con vida a duras penas y corriendo muchos peligros. Se han salvado tras una noche que debe*

*haber parecido como una gran burla a las muchas exquisiteces y lujos que les fueron ofrecidos en el buque...* En fin, nunca nos veremos en la tesitura de emprender un viaje de estas características. Jesús, tanto iceberg ha hecho que me olvide del café.

—Fanni Gold está en ese barco.

—¿Qué dices?

—Sí. Era un regalo por su vigesimosegundo cumpleaños.

—¿De veras? Yo sí sabía que era un buen partido, pero que los Gold tuvieran tanto dinero... ¿Sabes lo que cuesta un billete?

—Una fortuna, lo sé. Esperemos que no le haya sucedido nada.

—Lo pone aquí. En el periódico no pondrán mentiras. Dice que todos han tenido suerte. Pero a nosotros se nos ha ido el santo al cielo, tenemos que abrir. Tú te quedas aquí haciendo tus devoluciones y yo me pongo al frente.

Oskar se alegró de no tener que estar tras el mostrador. Leyó de nuevo el artículo de cabo a rabo, intentó imaginarse el lujo a bordo del buque, todo el glamur que allí debía reinar y en medio de todo a la hermosa Fanni, rebotante de vitalidad. Pero a la mente solo le venían imágenes de gente flotando en el mar helado, constantemente veía ante sus ojos a Fanni temblando de frío aferrada a un bote salvavidas. No sabía por qué aquello le afectaba tanto, al fin y al cabo, solo había visto dos veces a la joven. Sin embargo, tenía que confesarse que ella le había causado una fuerte impresión. No la que se imaginaba el padre, pero la verdad era que le había cogido cariño a Fanni, la admiraba y le deseaba una larga y feliz vida. Además tras la ópera había tenido la sensación de que podían convertirse en buenos amigos. ¿Por qué no iba a ser posible una relación de amistad con una mujer? La pregunta era si Marie lo entendería.

A media mañana, no obstante, tuvo que empezar a atender en la tienda. Quizá se debía al inusual frío, pero lo cierto era que mucha gente acudía queriendo aprovisionarse de lectura. Otros sencillamente querían charlar y por supuesto todo el mundo hablaba de la catástrofe del buque.

—En fin, me alegro de que no podamos permitirnos una cosa así —dijo el señor Kokrda, un concejal socialdemócrata que en tono despectivo citaba el *Kronen Zeitung*—. Campo de deporte, sala de lectura y salón de fumadores con verandas, baños turcos, piscinas y muchas cosas más... En el comedor caben 550 personas, hay un Café de París... La vajilla consta de 10.000

piezas.

—No tenemos leña y no podemos permitirnos viviendas dignas. ¿Es eso acaso justo? —dijo en tono resolutivo una señora mayor acaparando la atención.

—Sí, por eso tiene que votar a los socialistas —dijo el concejal riendo—. Nosotros condenamos esa desigualdad.

—Señores, por favor, vamos a calmarnos. Al fin y al cabo, todos estamos contentos de que los pasajeros del barco, sean pobres o ricos, hayan sobrevivido. ¡Piensen en la cantidad de mujeres y niños! —Friedrich Stock no soportaba que en la tienda la gente se pusiera a discutir sobre política; él, que por lo general era un silencioso y tímido librero, adoptaba entonces una actitud firme y enérgica y buscaba llevar la conversación a terrenos más neutrales.

—Además no solo eran ricos los que iban a bordo. Este barco dispone como todos de un enorme entrepuente para emigrantes pobres —apuntó Oskar, a quien la falta de piedad de la gente le horrorizaba.

Stock lo miró y dijo:

—Oskar, ¿puedes poner este nuevo volumen sobre Italia en el escaparate? Y coloca al lado este tomo de lujo sobre Capri, por favor.

—Sí, claro. —Oskar se había ruborizado, por lo que se sintió aliviado de poder salir un momento al aire libre. Reordenó el escaparate, se encendió un cigarro y miró arriba y abajo la Währingerstrasse. ¡Qué frío se había puesto de nuevo el ambiente!

—Señoras, traigo noticias de la clínica —dijo Arthur Schnitzler entrando en la cocina y mirando a Anna y a Marie con cara seria. Ellas no se atrevían a abrir la boca, Marie contenía el aliento y lanzó una breve oración al cielo.

—Al parecer Sophie va a reponerse de todo este asunto sin sufrir mayor perjuicio. Sigue estando muy débil, pero en unos cuantos días podrá abandonar la clínica.

—¿Y volverá a estar con nosotros? —Marie no se habría atrevido a formular esta pregunta, pero Anna, como siempre, no tuvo pelos en la lengua.

—Es un asunto que estamos debatiendo la señora y yo. Creo que sí.

—Nos alegraría mucho. La echamos de menos.

—Pues puede que esto influya favorablemente en nuestra decisión. A propósito, se la puede visitar.

Anna sacudió la cabeza.

—Eso no es para mí. A mí no me tumba nada, pero a un hospital no voy de buen grado. En cambio, tú sí que puedes ir, ¿no, Marie?

—No sé. Nunca he estado en una clínica. Y además tengo que cuidar de Lili.

—Sí, Marie, vaya usted a verla. Quizá eso la reconforte; creo que, en efecto, no tiene a nadie y sin duda se encuentra en una situación anímica más bien mala —dijo Schnitzler animando a Marie.

—Hoy Lili va a preparar los *knödel* conmigo, y al mediodía, en todo caso, ya estarás de vuelta —dijo Anna sentando a Lili sobre el armario de la cocina y colocando la fuente para amasar en la pila—. Espera, voy a envolver un trozo de pastel para Sophie.

Poco tiempo después, Marie se hallaba ante un enorme edificio en la Mariannengasse. Respiró hondo antes de entrar en el vestíbulo de la clínica. Siempre que tenía que acudir a un edificio público, seguía sintiéndose muy nerviosa; suponía que alguien le preguntaría qué estaba haciendo ella en ese lugar. Y precisamente eso fue lo que sucedió en esta ocasión. Aunque la



persona que se dirigió a ella era una enfermera muy joven que le sonrió con amabilidad:

—¿Puedo ayudarla?

—Sí, gracias. Busco a una persona —dijo Marie tartamudeando.

—¿A un médico? ¿Está usted enferma? —La enfermera, solícita, asió a Marie del brazo.

—No, vengo a visitar a alguien.

—Las horas de visita no son hasta la tarde, lo siento.

—Por desgracia no puedo venir más tarde. Tengo que trabajar.

Marie ya había dado media vuelta y se disponía a abandonar el edificio cuando la joven la llamó:

—¿A quién quería ver?

—A Sophie. La ha hecho ingresar el doctor Schnitzler, que ha opinado que debo visitarla. Se llama Sophie... Sophie Pramminger.

—Ah, sí, ya sé de quién se trata. La pobre chica. Lloro bastante y nadie ha venido a verla aún. Espere un momento, preguntaré a la enfermera en jefe si puede hacer una excepción. Si quiere, siéntese aquí un momento.

Marie se sentó y su nerviosismo poco a poco se fue aplacando. Nunca antes había estado en un hospital. En su pueblo a nadie se le habría ocurrido acudir a uno. La madre había tenido a los hijos en casa, en algunos de los partos ni siquiera había contado con una partera. Una de las criaturas murió inmediatamente después de nacer. En aquella época Marie no se enteró de nada, pero luego, en algún momento, a la abuela se le escapó. Cuando su pequeña hermana había estado tan enferma y la tos no cesaba, un médico había ido a la granja, y Marie se acordaba aún del respeto que su madre le había prodigado. Su visita a la pequeña enferma Elisabeth no había durado más de diez minutos y después la madre le había servido una sopa con la carne prevista para la cena de toda la familia. Pese a aquello, Elisabeth no mejoró. Lo cierto es que, hasta que no llegó a la ciudad, Marie no sabía que también para gente como ella existían hospitales en los que quizá había esperanzas de salvar la vida.

Había un ambiente de tranquilidad y olor agradable. La enfermera era cordial y resultaba bonito contemplar su uniforme blanco. Por un momento Marie pensó que esa profesión también podría gustarle: ser enfermera, tal vez incluso de niños. Pero aquello sin duda no era más que un sueño. ¿De dónde

iba a sacar ella el dinero para una formación? Con la familia Schnitzler ganaba lo justo para cubrir sus necesidades básicas.

—¿Quiere acercarse? La enfermera en jefe hará una excepción. —La joven con la que había hablado hacía un momento se inclinaba sobre la barandilla de la escalera y hacía señas a Marie—. El médico ya ha pasado. Puede ver brevemente a la paciente. ¡Anímela un poco!

La enfermera acompañó a Marie al primer piso y abrió sigilosamente una gran puerta. Marie se detuvo ante el umbral mirando hacia el interior de la estancia. Había muchas camas, calculó que serían unas veinte, colocadas ordenadamente en la gran sala y con un espacio intermedio en el que apenas cabía una mesita de noche.

—La señorita Pramminger está en la cama número doce, al lado derecho —dijo la enfermera dándole a Marie un empujoncito para que entrara—. En un cuarto de hora vengo a buscarla.

Muchos pares de ojos la miraron mientras recorría el pasillo. A los pies de la cama de la cual colgaba una pequeña placa de latón con el número doce, se detuvo y carraspeó. La menuda criatura que yacía allí estaba cubierta por una manta, de la cual solo sobresalía una cola de caballo rubia y el comienzo de un hombro.

—Hola, Sophie, ¿estás despierta?

La manta se deslizó un poco hacia abajo y dos ojos azules con ojeras oscuras miraron a Marie.

—Marie, ¿estás aquí?

—Sí, he venido a visitarte, a ver cómo sigues.

—Me alegra mucho. Ya estoy bastante bien, ¿cómo estáis vosotras?

—Anna te manda saludos, dice que le es imposible venir al hospital.

—Pero tú has venido. ¡Dios, cómo me alegra! Ven, siéntate un poco aquí conmigo.

Marie se sentó a la orilla del duro colchón y notó cómo la mujer de la cama vecina se incorporaba expectante. Desde la ventana sonaba una tos estertorosa.

—¡Las cosas que haces, Sophie! —dijo la niñera.

—¡Chiss! —Sophie puso los ojos en blanco señalando a la mujer en la cama contigua.

Marie comprendió que hablar de lo ocurrido era imposible en ese lugar y en el fondo se sintió aliviada de que así fuera. En todo caso, no quería hablar al respecto, y no le interesaba saber cómo la criada había llegado a encontrarse en aquella delicada situación y menos cómo había intentado resolver «el problema». Charlaron un poco, Marie le dijo que todos la extrañaban mucho y que no era poco el trabajo que daba ordenarlo todo, limpiar el polvo, ayudar en la cocina y sobre todo servir.

—Y ¿cómo están los niños? —preguntó Sophie tras incorporarse y colocarse la almohada en la espalda; ahora volvía a tener algo de color en las mejillas.

—Están bien. La semana pasada estuvimos en la Casa de las Fieras. No puedes ni imaginar todo lo que Heini sabe sobre animales. Parece una pequeña enciclopedia.

Marie pensaba febrilmente qué más podía contarle y empezó a parlotear sobre cosas sin importancia, como las nuevas creaciones de palabras de Lili.

—Ah, también te he traído pastel. Con los mejores deseos de Anna.

—Déjame sobre la mesilla de noche. Me lo comeré más tarde.

—Pero sin falta, ¿eh? Tienes que volver a engordar un poco.

—Sí, lo prometo. —Los delgados dedos de Sophie jugaban nerviosos con la manta, y con voz muy queda dijo—: ¿Crees que podré volver a la casa?

—El doctor insinuó que era posible. Creo que la señora y él no acaban de ponerse de acuerdo. Pero Anna seguro que volverá a interceder en tu favor. ¿Tienes a alguien a quién acudir?

—No, no tengo a nadie. —Sophie se apoyó sobre el codo y le indicó a Marie que se acercase un poco. Cuando Marie se inclinó sobre ella, la joven le susurró—: Yo no quería que ocurriera esto. ¿Sabes? No sabía lo que podía pasar y...

—¡Chisss! Ya sé. Calla y no pienses más en eso. Todo se arreglará. Ahora tienes que recuperarte y luego ya veremos.

Y en esas ya se aproximaba la enfermera, atravesando la sala seguida de una jefa de mirada severa. Marie se había incorporado de un salto, pero Sophie la detuvo agarrándola del brazo y le dijo:

—Es muy bonito que hayas venido. Gracias, Marie. Y siento haber sido tan poco amable contigo al comienzo.

—Bah, de eso ya ni me acuerdo. Adiós. Verás cómo pronto regresarás a la casa de Cottage. Segurísimo.

—Señoritas. Se acabó el cuarto de hora. Los pacientes necesitan reposo.

Marie fue acompañada por las enfermeras hacia el exterior, y permaneció unos minutos de pie en la estrecha calle. Respiró hondo. Qué terrible tenía que ser todo aquello para Sophie. ¿Con quién se habría amancebado? A lo mejor ni siquiera había sido voluntariamente. Por otro lado, ¿qué promesas le habría hecho el hombre? Seguramente desconocía las consecuencias. Marie tuvo que confesarse a sí misma que tampoco ella tenía sino una vaga idea de cómo podía suceder semejante desgracia. Pero de algo sí que estaba segura: a ella nunca le ocurriría. Aunque tuviera que quedarse para vestir santos, le daba lo mismo. Jamás quería verse envuelta en una situación tal.

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita? ¿Necesita un médico?

Marie no había reparado en el caballero de elegante casaca, tan ensimismada estaba en sus pensamientos.

—No no. Gracias. Estoy bien. Solo estaba un poco pensativa, ya sigo mi camino.

—Puede quedarse tranquilamente. A nosotros no nos molesta. Solo creí que tal vez necesitaba ayuda —le dijo el caballero con amabilidad y, esbozando una sonrisa, desapareció hacia el interior de la clínica.

En la Spitalgasse Marie cogió la línea cinco y, al llegar a la siguiente parada, su mirada se posó en el reloj de la capilla del hospicio. No eran más que las once. Sin pensárselo dos veces, bajó de un salto del tranvía, aunque este ya se había puesto en marcha. Había decidido no tomar la línea cuarenta y uno para llegar a la Sternwartestrasse, sino la cuarenta, que subía por la Währingerstrasse. Así podía bajarse a la altura de la librería y tal vez ver a Oskar. En casa no la esperaban hasta dentro de una hora, de modo que tenía tiempo de dar un pequeño paseo por el barrio Cottage.

Se quedó largo rato ante el escaparate de la librería estudiando los títulos de los libros. Descubrió con orgullo dos de su patrón y uno del amable señor Salten, que a menudo visitaba a los señores. Con cautela miró a través del cristal esperando divisar a Oskar en alguna parte. En el preciso momento en que se disponía a entrar en la tienda, el joven atravesaba la puerta cargando con una pila de libros que sostenía con la barbilla.

—¡Marie, dichosos los ojos! ¿Qué buenos vientos te traen por aquí?

¿Puedes cogermé unos cuantos libros mientras abro el escaparate? —dijo Oskar pasándole a la atónita joven la mitad de los libros.

—¿Qué hubieras hecho de no haber estado yo aquí? —dijo Marie sonriéndole.

—El caso es que estás y puedes echarme una mano.

Juntos colocaron los libros en el escaparate, y luego Oskar le preguntó si quería pasar a tomar un café.

—No sé, ¿es oportuno? Tú tienes que trabajar.

—Claro que es oportuno. De todos modos, estaba a punto de tomarme un descanso.

Marie siguió a Oskar al interior de la librería. Hubiera preferido entrar a hurtadillas sin ser vista, pero en medio de la tienda se topó con el señor Stock, que la saludó amablemente.

—Oh, ¿a quién tenemos aquí? ¿La señorita Marie? ¿Acaso ha venido a prestarnos su ayuda?

—Buenos días, señor Stock. No quería molestar, solo pasaba por casualidad por aquí.

—Y ahora viene conmigo a tomar un café en la trastienda —dijo Oskar llevándola de la mano.

—Sí sí, idos a tomar café los dos tan ricamente dejándome a mí solo con todo el trabajo. —Stock rio y se dirigió a un cliente que acababa de entrar.

—¡Siéntate! Lamentablemente no puedo ofrecerte pastel. ¿De dónde vienes? ¿Dónde están los niños? ¿Qué andas haciendo a estas horas por la Währingerstrasse?

Marie le contó que había estado en la clínica visitando a la criada y que había sido el doctor el que la había enviado. Cuando Oskar quiso saber por qué Sophie estaba en el hospital, Marie se sonrojó. Pero luego se sobrepuso, y acabó soltando de sopetón:

—Estaba embarazada. De uno que puso pies en polvorosa. Y ella trató de deshacer el entuerto. Y por poco no vive para contarlo. Tuvo mucha suerte de que Anna la encontrara a tiempo y que el bueno del doctor interviniera para que la admitiesen en el hospital. Y probablemente hasta la recibe de nuevo en casa.

Marie estaba muy excitada, se había incorporado de un salto y, nerviosa,

caminaba de un lado a otro en el cuarto trasero de la librería, mientras le contaba a Oskar de Sophie.

—¡Pobre! ¿Y no dice nada sobre el tipo?

—No, creo que intenta olvidarlo todo. Si me pasara algo así a mí, me quitaría la vida.

—¿Qué tonterías dices? ¡No digas semejante cosa!

—Bueno, pues entonces me iría a un convento.

—Pero yo no lo permitiría. Y además eso no va a pasar. Tendrás un hijo cuando quieras tenerlo.

Oskar se había acercado por detrás de Marie mientras esta pronunciaba la frase, la rodeó con sus brazos y ella, reclinándose en él, de repente se sintió tan feliz que sin querer contuvo el aliento.

—No te preocupes tanto. De ahora en adelante tu vida marchará por buen camino —le dijo Oskar haciéndola girar en redondo y mirándola fijamente a los ojos—. Ahora me tienes a mí y no te será tan fácil deshacerte de mí.

—Bueno, ya veremos. Seguro que no pocas hermosas hijas de librero ya te habrán echado el ojo encima.

—Me tiene sin cuidado. A propósito, ¿has oído lo del naufragio?

—No, ¿qué naufragio?

—El enorme buque de vapor, el Titanic, se ha estrellado contra un iceberg y se ha producido una desgracia.

—¡Qué terrible! ¿Pero por qué se te ocurre esto ahora?

—La hija del librero, ya sabes, Fanni Gold, iba a bordo.

—¡Santo cielo, qué horror! ¿Y le ha pasado algo?

—Solo sé lo que pone el periódico. Pero mira, aquí dice que todos los pasajeros consiguieron ser rescatados con vida.

—Gracias a Dios. Pobre. Tiene que haber sido tremendo. Yo no me atrevería a subir a un barco así. ¡Uy, se ha hecho tarde! Tengo que irme, si no empezarán a preguntarse por qué tardo tanto en volver.

—¿Cuándo podemos volver a vernos?

—El domingo. Es mi día libre.

—¡Qué bien! ¡Pasaré a buscarte!

—Perfecto.

En la casa en la Sternwartestrasse Lili salió corriendo de la cocina nada más oír la llave en la cerradura.

—Marie, Marie, Lili hizo *knödel*. ¡Mira!, *knödel* de Lili. —Cogiéndola de la mano la llevó hasta la cocina.

Anna estaba junto al fuego y reía.

—Si no hubiera sido por la ayuda de Lili, los *semmelknödel* no habrían estado listos. ¿Dónde has estado tanto tiempo?

Antes de que Marie pudiera contestar, la cocinera siguió hablando sin parar:

—¿Cómo está Sophie? ¿Se alegró de la visita? Tenemos trabajo para hoy, el doctor me acaba de decir que hay invitados esta noche. Vienen seis o siete, así de sopetón. He pedido un redondo para asar y Lili ha hecho los *knödel*, ¿verdad, Lili? Tú sola, casi sin ayuda. Y ahora hay que inventarse un postre. Para una tarta no hay tiempo, vamos a hacer una crema de requesón. En la escalera del sótano hay una sopa de anteayer que vamos a alargar un poco.

Por la tarde las dos estuvieron muy atareadas. Había que planchar el mantel y las servilletas, sacar brillo a los cubiertos de plata y a las copas; además Marie tenía que controlar que Heini acabara los deberes y cuidar de que Lili no hiciera travesuras. Por la noche estaba extenuada, pero no tuvo más remedio que servir la cena, tarea que formaba parte de sus obligaciones. Ya lo había hecho varias veces, y aunque se había desenvuelto bastante bien, seguía sintiéndose tremendamente nerviosa y tenía miedo de cometer algún error, de dejar caer una copa o derramar la sopa en el regazo de una de aquellas damas encopetadas.

Era una reunión de gente alegre, todos buenos amigos entre sí que a menudo venían de visita. Marie se encargó de abrir la puerta y conducir a los invitados al comedor, mientras que Anna preparaba todo en la cocina. La niñera había conseguido hacer que Lili se durmiera más temprano que de costumbre, acortándole la siesta significativamente y poniéndola en la cama una hora antes. A Heini se le prometió que podía saludar a los invitados antes de ir a dormir. Al niño le encantaba que hubiera visitas y estaba en su elemento charlando con los mayores. Marie miraba de reojo al doctor mientras este observaba orgulloso a su hijo, departiendo doctamente con un invitado sobre el eclipse solar que se avecinaba.

—¿Sabes?, es que la luna se pone delante del sol, pero... Sí, lo

aprendimos en la escuela, y mañana vamos a salir todos al patio a mirar cómo sucede. Hoy hemos ennegrecido al humo unos trozos de cristal porque, ¿sabes?, no se puede mirar al sol, de lo contrario te puedes quedar ciego, por eso hay que mirar a través del hollín.

—Bien, jovencito, es hora de irse a la cama —dijo Olga Schnitzler, batió las manos y le dirigió una mirada a la niñera—. Marie, ¿haría usted el favor de llevar a Heini a su cuarto? Después pasamos a la mesa.

Heini se despidió educadamente y susurró a Marie al oído:

—Ya voy yo solo y leo un rato. ¿Vienes luego a darme las buenas noches?

—Claro, enseguida estoy contigo —dijo Marie acariciándole el pelo al chico, que corrió escaleras arriba. A veces casi tenía la sensación de que él cuidaba tanto de ella como ella de él. Heini era un observador silencioso que parecía captarlo todo a través de finas antenas y al que ni el más mínimo cambio de humor pasaba desapercibido. Sabía perfectamente que la noche significaba un gran reto para Marie y no sería él quien fuera a causarle dificultades adicionales.

—¡Vaya cocinera que tienes, Olga! ¿Eres consciente de lo afortunados que sois de tenerla? Ahora mismo voy a la cocina para birlártela.

—¿De dónde has sacado este vino? No está nada mal.

—Me parece que tengo que comerme otro *knödel*, aunque después explote, pero es que sencillamente están divinos.

Marie, al lado de la puerta, trataba de hacerse invisible, mientras escuchaba disimuladamente lo que decían los animados comensales. Las frases volaban de un lado a otro de la mesa.

—Arthur, ¿qué opinas del nuevo libro de Wassermann? ¿Ya lo has leído?

—Oye, ¿se sabe algo más sobre el naufragio? ¿Sobre el buque de lujo que, según dicen, ha naufragado?

—¿De veras? Primera noticia. Hoy aún no he leído el periódico.

—Yo sí lo he leído. Se estrelló contra un iceberg. No puede uno ni imaginárselo, ¿verdad? Pero al parecer todos los pasajeros están a salvo. ¿Conocéis a alguien que estuviera a bordo?

—No, yo no.

—Yo tampoco.

—¿Sabéis cuánto cuestan los pasajes? No es para poetas pobres.



—Oh, Arthur, tú poeta pobre. Ahora mismo me vas a hacer llorar. Tú, que no paras de ser representado en los escenarios de toda Europa.

—Sí, pero eso puede ser flor de un día. En este momento se representa todo, pero ¿cuánto crees que se come esta casa? Aquí otra cómoda, allí otra araña, y ni que decir de la costosa cocinera —dijo Schnitzler riendo y, dirigiéndose a Marie—: Creo que ya puede retirarse. El postre lo tomaremos un poco más tarde.

—Como usted diga, señor —dijo Marie asintiendo con la cabeza, y empezó a retirar platos y cubiertos amontonándolos en el aparador y procurando hacer el menor ruido posible. Se alegró de volver a tener algo que hacer. El estar ociosa y tener que parecer invisible no iba con ella, por interesantes que fueran las conversaciones de las que se enteraba sin poder evitarlo.

—Me encantaría hacer una de esas travesías en barco. ¡Figuraos!, vives como en un hotel de lujo, pero cuando miras hacia fuera no ves piedras grises ni casas, sino cielo y mar. ¡Ay, tiene que ser maravilloso! —dijo Stephi Bachrach, que se había levantado y miraba embelesada a través de la ventana. Era una invitada habitual en casa de los Schnitzler, pero lo único que Marie sabía era que se trataba de la hija de un rico banquero. La unía una estrecha amistad con Arthur Schnitzler—. Hablando de economías, ¿es que también vosotros tenéis que ahorrar en personal? ¿Por qué la niñera tiene que encargarse ahora de servir? —Y dirigiéndose a Marie—: Querida Marie, no me malentienda. Encuentro que lo hace usted estupendamente bien, solo que no quiero que la familia Schnitzler abuse de usted.

—Oh, habla nuestra querida Stephi, la vieja campeadora de la justicia —intervino Olga Schnitzler soltando una carcajada.

—¿Y qué? ¿Te parece mal? Bueno, ¿qué pasa con vuestra criada?

—¿Sophie? Ya no está..., quiero decir, está enferma —dijo, aunque era obvio que Olga Schnitzler no quería hablar de la ausente.

—Pero volverá pronto, entonces Marie podrá dedicarse de nuevo plenamente a los niños —se apresuró a decir Arthur Schnitzler, y Olga se quedó mirándolo.

—¡Sophie volverá pronto! ¡Sophie volverá a trabajar en esta casa! —exclamó Marie, que, al abrir con ímpetu la puerta de la cocina empujándola

con el codo, casi deja caer la bandeja con la vajilla.

—¿Quién dice eso? —preguntó Anna interrumpiéndose en el momento en que espolvoreaba azúcar sobre la crema de requesón.

—El doctor se lo ha dicho ahora mismo a los invitados. Dijo que la criada volvería pronto y que yo entonces podría dedicarme plenamente al cuidado de los niños.

—¿Y la señora qué dijo?

—Nada. Puso cara de enfado, pero no dijo nada.

—Bueno, ojalá que no lo haga cambiar de opinión. Sophie no tiene a nadie y yo no tengo ganas de enseñar a otra criada. Contigo ya tengo suficiente trabajo —dijo Anna riendo y blandiendo el trapo de cocina en dirección a Marie—. ¿Les has preguntado a los invitados si les apetece café? Hale, hale, ¿a qué esperas?

Hacía tiempo que Oskar no pensaba en sus padres fallecidos tanto como en las últimas semanas. En realidad, nunca lo había hecho como ahora. Salvo quizá cuando de niño había ido a parar de repente al orfanato, y su infancia, modesta pero amparada por el cariño de su familia, se tornó de la noche a la mañana en una época de penurias y crueldades. Por entonces no pensaba en nada más que en sus padres, tanto de día como de noche. Primero con incrédulo estupor, luego, en algún momento, sintiendo surgir en su interior una rabia fría. Rabia y decepción por el hecho de que lo hubieran abandonado, por que no hubieran tenido más cuidado e incluso por no haber perecido con ellos. En aquel tiempo era demasiado joven como para poder poner nombre a sus sentimientos; ahora, de mayor, sabía lo que era luchar contra el destino. Sentía rabia y decepción por haber sido golpeado tan cruelmente por el destino; este le había quitado a sus padres y deparado terribles noches en una cama de orfanato llena de chinches. En algún momento había dejado de sentir dolor. Cada día luchaba por hacerse un sitio entre aquella caterva de niños intentando no llamar la atención de los estrictos y a veces crueles instructores, para no recibir demasiadas bofetadas. No fue hasta cumplir los quince años, cuando Friedrich Stock lo sacó del orfanato, que Oskar encontró sosiego. Dejó de sentir rabia y en realidad también lo abandonó la tristeza, solo a veces se asustaba cuando caía en la cuenta de que ya no recordaba las caras de sus padres ni tampoco guardaba memoria de sus voces.

Y ahora de repente pensaba constantemente en ellos, hubiera querido hacerlos partícipes de su condición de socio de una librería que un día iba a pertenecerle y, sobre todo, hubiera deseado contarles que se había enamorado. Por un lado, estaba orgulloso y sabía que ellos se alegrarían; por otro, también se sentía absolutamente inseguro y le hubiera gustado pedir consejo a alguien. ¿Cómo continuaría su relación con Marie? No quería ser impaciente, pero ¿cuántos paseos, idas a museos o a cafeterías tendrían que hacer hasta poder estar seguros de que lo suyo iba en serio? Aunque en realidad lo sabía. Sabía que ella era la mujer correcta y, a pesar de las diferencias en cuanto a origen y educación —era innegable que por su biografía ella no era muy leída y apenas

entendía de cultura—, él era el mejor ejemplo de que en la edad adulta se puede recuperar el tiempo perdido. La formación que Oskar había recibido en la escuela no había sido nada del otro mundo. Había aprendido la tabla de multiplicar y, de memoria, algunas poesías y unas cuantas canciones. Su escuela por entonces no pasaba de ser un asilo para los numerosos niños huérfanos, sin más pretensión que la de tener a los críos sentados en el aula para que no anduvieran vagabundeando por las calles. Por su cumpleaños y por Navidad, Oskar recibía la visita del señor Stock, que siempre le llevaba un libro. Él lo devoraba en pocos días. Se acordaba perfectamente de sus recorridos junto a Mowgli por la selva, de sus intentos de cazar a Moby Dick junto al capitán Ahab, y de su entrega a la exploración de la isla junto a Robinson Crusoe. Sin embargo, lo que más lo conmovió fue la historia de Oliver Twist, que había leído como hipnotizado durante horas enteras e incluso de noche, a la luz de una vela. Ese libro había sido sin duda el presente más valioso que jamás recibiera, regalo por su decimoquinto aniversario. Aún conservaba en la memoria el recuerdo de las ilustraciones, sobre todo de aquella que mostraba al pequeño Oliver, plantado ante un hombre gordo con delantal de cocinero, pidiendo más comida, mientras era observado por los otros niños. En esa ilustración se había reconocido a sí mismo, puesto que en esos tiempos siempre andaba hambriento.

Los libros constituían por entonces su único refugio. Con ellos podía escaparse a mundos desconocidos, descubrir el Polo Norte o atravesar un desierto y sufrir destinos tan tremebundos que hacían que ya no estuviera tan descontento con el suyo propio. Los libros que más le fascinaban eran aquellos con los que podía identificarse de forma casi mágica. Claro que los personajes tenían otros nombres y vivían en tiempos o países remotos, pero con algunos se sentía tan compenetrado como si formaran parte de su persona y de repente dijeran, pensaran o sintieran lo que él jamás hubiera podido expresar con esas palabras.

Cuanto más reflexionaba al respecto, más claro le resultaba: tenía que hacer que Marie leyera. Ella era una joven inteligente, interesada, y su misión consistía en abrirle el mundo de los libros. Le regalaría regularmente uno, pensaría detenidamente en lo que podía gustarle. O, mejor dicho, en lo que podía conmovérsela, pues sabía por experiencia propia que el verdadero amor por los libros solo se puede desarrollar cuando las historias le llegan a uno al

alma, cuando uno sufre con los personajes o comparte con ellos sus momentos de felicidad.

Oskar había crecido entre libros; en el pequeño taller de encuadernación de sus padres había resmas y resmas de papel. Una vez que de pequeño hubo aprendido las letras, nada impreso escapaba a sus ojos. Recordaba aún el momento en que comprendió de repente que aquellos veintisiete insignificantes signos le abrían a uno todo un mundo. Veintisiete signos para hacer que en la cabeza demos la vuelta al mundo, viajemos a la Edad Media o a la luna.

Ahora estaba aquí, en la librería —su tienda, iba poder decir algún día—, y pensaba en qué le llevaría a Marie la próxima vez. Algún libro que no le resultara demasiado difícil, pero que tuviera profundidad. Cogió *Alteza real* de Thomas Mann y lo hojeó un poco. Luego su mirada se posó en las estanterías de la sección de literatura infantil y supo enseguida qué libro le regalaría a Marie: *Heidi*. Lo había leído ya de adulto y le había emocionado. Si bien era literatura infantil, el subtítulo rezaba: *Una historia para niños y también para aquellos a quienes les gustan los niños*. Y a Marie le gustaban los niños. De hecho durante la excursión a la Casa de las Fieras había sido evidente para él que el trabajo con Heini y Lili era mucho más que una simple manera de ganarse la vida para ella. Quería a los dos niños con locura. Y en lo que a él concernía, se alegraba de no haber leído la historia de niño, pues hubiera añorado el pasto alpino y abrigado la esperanza de tener también un abuelo en alguna parte que hubiera bajado de la montaña a llevárselo consigo. Ojalá la historia no pusiera demasiado triste a Marie. Si no recordaba mal, ella le había hablado una vez de la querida abuela que había dejado en casa.

Apuntó el precio de cinco coronas en el libro de compras a plazos, metió la ficha correspondiente al libro en la caja de clasificación para pedidos de reposición y envolvió el ejemplar en papel de regalo.

Friedrich Stock volvió de su hora de almuerzo. Tenía la costumbre de echar una pequeña siesta en el sofá de su casa, pues vivía justo enfrente de la librería, y solía quedarse hasta bastante tarde ocupándose de la administración.

—Acabo de comprar un periódico. ¿Has oído lo del Titanic? Hay nuevas noticias.

—¿Sí? ¿Qué dicen? —preguntó Oskar percibiendo con el rabillo del ojo que una clienta atravesaba el umbral tras Stock. Antes de que los dos librereros

podieran retomar su conversación, la señora empezó a hablar a borbotones:

—¿Lo saben ya? El barco se ha hundido por completo. Todos los pasajeros muertos. Vamos, la mayoría. Más de mil. Una cosa tremenda, ¿no les parece? Siempre lo digo, la gente tendría que quedarse en su casa para que no le pasaran cosas así.

El pequeño paquete que sostenía Oskar cayó al suelo con un ruido sordo.

—¿Qué dice usted? Friedrich, ¿es eso cierto? ¿Lo has leído en el periódico?

—Mire, tengo el periódico aquí —exclamó la clienta blandiendo excitada el *Kronen Zeitung*.

Oskar recordaba ahora su nombre. Schott, se apellidaba Schott. Le arrancó el periódico de las manos, y la tal señora Schott lo miró sorprendida. Los tres se miraron por encima del mostrador en el que extendieron la gaceta.

## LA MAYOR CATÁSTROFE NAVIERA DEL MUNDO

*El hundimiento del Titanic. La dirección de la naviera transmite noticias falsas. Se oculta la verdad. Más de 1.500 personas ahogadas, víctimas de la manía plusmarquista. Tremendo pánico. El infierno de la niebla de Terranova...*

—Es horroroso. La pobre gente. ¡Qué muerte más cruel! Inimaginable — dijo Friedrich Stock meneando la cabeza.

La señora Schott hablaba sin tregua recalcando que le daban pena esas personas, aunque de alguna manera ellas mismas tenían la culpa de su destino; que además aquello era un castigo de Dios por tirar el dinero por la ventana de una forma tan frívola.

Oskar no pudo soportar más los graznidos de la clienta, hizo un breve asentimiento de cabeza a modo de despedida y abandonó la tienda. La puerta se cerró con estrépito. Había fumado ya dos cigarrillos delante del negocio cuando Friedrich Stock se le acercó.

—¿Qué te pasa?

—¿Crees que Fanni se habrá ahogado?

—No lo sé.

—También es cierto que algunos pasajeros fueron rescatados. Seguro que

se encuentra entre ellos. ¡Dios mío, pobres padres! Venga, entremos!

Entretanto la señora Schott esperaba impaciente ante la caja para poder pagar un librito.

—¿Cuánto tiempo tiene una que esperar aquí, señores? No hace falta que los dos salgan a la puerta, digo yo.

Friedrich Stock se disculpó brevemente y se apresuró a cobrar el importe del libro. Oskar le abrió la puerta de la tienda a la clienta diciendo:

—Hasta la vista, señora Schott. Que vuelva usted pronto. Dele recuerdos a su señor esposo.

Una vez salió la señora, Oskar se lanzó sobre el periódico que la clienta había dejado olvidado sobre el mostrador.

—Voy un momento a la trastienda —balbuceó sin obtener respuesta de Stock.

Palabra por palabra, Oskar fue leyendo el artículo truculento, deteniéndose una y otra vez para levantar la vista hacia las estanterías que tenía delante sin advertir nada. No tendría que leerlo, pensaba, y, sin embargo, leyó el artículo entero. Lo que ponía acerca del capitán, que tenía órdenes de romper todos los récords de velocidad en el viaje inaugural del Titanic y por ese motivo había puesto rumbo a través del tristemente famoso infierno de niebla de Terranova, aun sabiendo de la abundancia de icebergs que poblaban la zona. Leyó que la mayoría de los pasajeros ya se habían ido a dormir, de modo que el choque los había arrancado abruptamente de sus sueños. Oskar se imaginaba cómo la hermosa Fanni Gold se despertaba sobresaltada y corría hacia la cubierta con un camisón de dormir como única prenda, al tiempo que intentaba ahuyentar la imagen de su cabeza. En vano. Al contrario, veía en su imaginación cómo alguien le colocaba una manta por los hombros y cómo ella saltaba a uno de los botes salvavidas. Seguro que lo había hecho. No cabía duda. Era una mujer de armas tomar y, al fin y al cabo, en el artículo decía que sobre todo las mujeres y los niños habían sido rescatados. Por otra parte, las cifras de muertos que se daban ascendían ya a 1.500 personas. En su cabeza, Oskar veía imágenes de gente nadando para salvar la vida, de gente que al poco quedaba paralizada de frío, indefensa a merced de las olas, y acababa hundiéndose para siempre en el mar.

—¿Estás bien? No deberías leer eso. ¿Qué dice?

—¿Crees que podríamos ir esta noche adonde los Gold y preguntarles si

saben algo? ¿O simplemente brindarles compañía?

—No sé. No quiero que piensen que somos de esos ávidos de sensaciones que van por ahí diciendo «conocemos a alguien que iba a bordo» o cosas por el estilo. Ya sabes a qué me refiero.

—Sí, probablemente tienes razón. Esperemos unos días. Tal vez pronto haya listas de pasajeros rescatados. Y seguro que Fanni figura en ellas.

—Sí, sin duda. Una joven tan estupenda. Seguro que la han salvado.

Sin afanarse demasiado, Oskar Nowak y Friedrich Stock terminaron la jornada, y cuando a las seis en punto cerraron la puerta de la tienda, se despidieron con un breve abrazo. Era un gesto poco habitual en ellos, pues de ordinario solían guardar las distancias.

También en el abarrotado tranvía el principal tema de conversación era la tragedia del buque, y escuchando lo que la gente decía, Oskar comprendió de repente y con meridiana claridad por qué su cauteloso jefe había preferido no hacer una visita a los Gold. Todo el mundo tenía un comentario que aportar, todos sabían detalles a cuál más escabroso y sacaban a relucir noticias a cuál más sensacionalista; sabían cuántos diamantes, oro y coronas había a bordo, muchos conocían a alguien que quizá iba en el barco. Todo aquello le repugnaba, de modo que decidió apearse en la Maximilianplatz. Quería recorrer a pie el trayecto que le quedaba, y hacer tal vez un alto para tomarse una cerveza y una cena caliente, que mal no le vendrían, pensó. Pensar que su casera charlatana y la tonta de su criada lo estarían esperando para compartir con él los chismes más recientes lo empujaba aún más a retrasar la vuelta a casa.

Atravesó de prisa el canal sin mirar una sola vez al agua y, al llegar al barrio Leopoldstadt, entró en la primera casa de comidas que encontró. Era una taberna de mala muerte, dos tipos con caras de pocos amigos en mono azul lo miraron de arriba abajo. Oskar vaciló, pero los hombres volvieron a centrar su atención en sus bebidas, de modo que se acomodó cerca de la puerta. Llegó la camarera y limpió la mesa con un maloliente trapo gris, inclinando a tal efecto el torso para presentarle a Oskar su exuberante escote.

—A ver, ¿qué dice el señorito? ¿Qué lo trae a estas horas por aquí? ¿Qué ponemos?

—Una cerveza, por favor. Y ¿qué tiene para comer?

—¿Ya te dejan beber alcohol? ¿Y tu mamá no tiene que acompañarte? —le



dijo riendo—. Quedan *krautfleckerl*. Y también hay *rindsbackerl*.

—Tráigame entonces una porción de *krautfleckerl*, por favor —dijo Oskar con tono marcadamente envarado.

Bebió un buen sorbo de su cerveza y sintió cómo el alcohol le subía inmediatamente a la cabeza. Cuando tuvo enfrente la gran porción de *krautfleckerl* que le llevó la camarera, engulló ávidamente los primeros bocados.

Una y otra vez, los hombres sentados en la barra le dirigían miradas desconfiadas. A pesar de su traje barato y ya raído, Oskar iba demasiado elegante para aquel establecimiento. Allí los hombres llevaban atuendos de trabajo de un dril basto y tenían manos toscas y encallecidas por el trabajo. En realidad, Oskar nunca prescindía de su lectura, leía donde fuese, sin embargo, en aquel lugar no se atrevió a sacar su pequeño libro del bolsillo de la chaqueta.

No había pasado ni media hora cuando abandonó el local y volvió a encontrarse en una calle donde silbaba un viento frío. Aunque los días ahora se habían hecho notablemente más largos y la luz más suave, aquel abril estaba siendo especialmente gélido. Todo el mundo se quejaba del tiempo que hacía. Una razón más para que Oskar pensara en Fanni en el helado mar, y al hacerlo esta vez se arrebujó en su delgada prenda.

No lo había planeado. En realidad, quería ir a casa, pero luego sus piernas caminaron como por sí solas de vuelta al puente rumbo al primer distrito. De repente se encontró en la Annagasse. Estaba en la acera, frente al enorme edificio, y miraba hacia los ventanales iluminados en lo alto.

Oskar no tenía la menor idea de cuánto tiempo había estado allí. ¿Diez minutos, media hora? De repente se abrió el portón y de la sombra del pasillo salió una figura que se le acercó lentamente. En cuanto Oskar pudo reconocer al hombre bajo el resplandor de la farola de la calle, se asustó. El alto e imponente Jakob Gold parecía haber envejecido años; daba la impresión de haberse hecho más pequeño, tenía los hombros muy caídos y su rostro carecía de color.

—¿Qué hace usted por aquí, querido amigo? Venga conmigo, lo he visto desde la ventana.

—¡Señor Gold!... No sé qué decir. Yo... yo no quería molestar. Lo siento tanto.

—Venga, no se quede ahí parado en la calle cual buhonero, entre y tómese una copa conmigo.

Oskar notó que el librero no se sentía muy seguro sobre sus piernas. Se tambaleó un momento y Oskar lo cogió del brazo.

—¿Puede?

—Claro que sí. Venga, vamos a subir. Mi esposa se ha acostado y yo no paro de darle vueltas a la cabeza.

Incluso el salón, del que Oskar conservaba un recuerdo acogedor, parecía ahora frío y gris. El fuego de la chimenea se había apagado, sobre la pequeña mesa había un vaso y una botella de vino tinto casi vacía. Jakob Gold sacó otra copa de la vitrina, vertió el resto en la misma y llamó a la criada. Esta debía de haber estado husmeando tras la puerta, porque apareció a los pocos segundos. También ella tenía los ojos llorosos y las manos le temblaban cuando recibió la botella vacía.

—Tráiganos otra, Fritzi, no importa cuál.

El librero le puso a Oskar la copa en la mano y este supo que no había manera de rechazarla.

—¿Se sabe algo más? —Oskar formuló la pregunta con un hilo de voz y Jakob Gold escondió su cara entre las manos.

—No, no se sabe nada. Nada de nada. No sé más que lo que pone en el periódico. Nos creen tontos. Primero todos mienten como unos descosidos y luego nos dejan en Babia. Quizá mi niña está ahí, quién sabe dónde, ahogada en el agua. Quizá pudo entrar en uno de los botes salvavidas. No tengo ni idea.

—Seguro que sí.

—Sí, yo también lo creo, ¿sabe? Ella siempre ha conseguido lo que se ha propuesto. ¿Por qué esta vez tendría que ser diferente? —dijo descorchando la botella que la criada les había traído sin pronunciar palabra—. ¿Cómo se puede seguir viviendo si uno pierde a su única hija?

—No lo sé, señor Gold. No lo sé.

—Bueno, usted tampoco lo tuvo fácil cuando murieron sus padres. ¿Cuántos años tenía?

—Ocho años, señor Gold.

—¿Y adónde fue?

—Me llevaron a un orfanato.

—¡Qué terrible! Siento que haya tenido que pasar por eso.

—Salí con vida.

—Cuando nuestra Fanni tenía ocho años, era una niña despierta y espabilada, a veces había que intervenir cuando desaconsejaba a un cliente la compra de determinado libro.

—¿Eso hacía?

—Sí, con los libros siempre tuvo una especie de actitud misionera. Si le gustaban, quería que todo el mundo los leyera. Independientemente de que fueran adultos o niños, hombres o mujeres, a todo el mundo le hablaba del libro que en ese momento era su favorito.

—¿Pasaba mucho tiempo en la librería?

—Cómo no. Cuando era aún un bebé, una vez, durante una lectura de Peter Rosegger, la pusimos en su canastilla debajo de una mesa. Y en medio de una escena dramática (reinaba el silencio a pesar de una concurrencia de más de doscientas personas), de repente se puso a chillar. Mi mujer quería sacarla de la sala, pero Rosegger se la puso en el regazo y siguió leyendo; entonces se calmó.

A esta historia siguieron muchas otras de la vida de Fanni, y los dos continuaron bebiendo. Extrañamente Oskar no se sentía borracho. Como en una película, veía ante sí a Fanni a las distintas edades; como una preciosa niña de cuatro años que sabía recitar de memoria los versos de muchos romances; como desgarbada doceañera, sentada al lado de su padre en el teatro, leyendo el libreto al tiempo que miraba la obra y levantaba las cejas cuando un actor se alejaba demasiado del guion. Y una y otra vez veía a la hermosa joven que, frente a él en el Sacher, declaraba con aplomo que no le atraían los hombres sino las mujeres.

—Solo quiero que vuelva. Que viva entonces como le apetezca. Por mí hasta vendemos la librería, o si quiere también puede regentarla sola, sin marido. Y renuncio también a tener nietos. Con tal de que se haya salvado.

Entretanto Jakob Gold había ido escurriéndose cada vez más en la silla. En algún momento, sus frases empezaron a resultar confusas y las palabras apenas comprensibles. Entonces Oskar tuvo la impresión de que el hombre cabeceaba una y otra vez en las breves pausas de la conversación.

Finalmente se hizo el silencio en el salón, Jakob Gold había echado la cabeza hacia atrás y había cerrado los ojos. Su boca abierta profería leves

ronquidos. Oskar cogió una manta del sofá y se la colocó al librero sobre las rodillas. Luego abandonó sigilosamente la vivienda. No se topó con nadie, incluso la criada parecía haberse retirado hacía tiempo. No fue sino fuera, en contacto con el frío aire nocturno, cuando se dio cuenta de lo borracho que estaba.

Sophie regresó el sábado. Estaba pálida y en su rostro resaltaba su afilada nariz. No obstante, sonreía mientras subía los pocos escalones que daban acceso a la casa.

Anna le dirigió una severa mirada y con muchos aspavientos dijo:

—Por fin vuelves. He tenido que hacer sola todo el trabajo, mientras tú estabas descansando tan tranquila. Ya era hora de que vinieras.

Sin embargo, si uno se fijaba bien, podía verle las lágrimas en los ojos. Acto seguido la robusta cocinera cogió del brazo a la criada y masculló:

—¡Ay, chiquilla, la que has armado! Pero ahora, borrón y cuenta nueva, la vida sigue.

—¡Qué bien poder volver a esta casa! Me alegro tanto... Voy a cambiarme en un pispás y enseguida me pongo con la faena. ¿Qué toca hoy? ¿Colada? ¿Invitados?

—¿No deberías cuidarte un poco más? —le preguntó Marie, aliviándola del peso de su maletín—. Pareces cansada.

—Dormir he dormido mucho en los últimos días, ahora toca trabajar —repuso Sophie mirando por encima del hombro de Marie, y enseguida bajó la mirada. Los señores habían salido del salón y se detuvieron en la puerta. Anna corrió a la cocina, Marie dio un paso al lado, y Sophie se acercó al doctor con cabeza gacha e hizo una solemne reverencia.

—Señor, señora, no sé cómo darles las gracias. Me han salvado la vida.

—Sí, una vida que estuviste a punto de tirar a cambio de un poco de diversión. —La frase salía de la boca de Olga Schnitzler y dejó a Sophie petrificada.

—Sí, señora, tiene usted toda la razón y estoy muy arrepentida.

Marie sintió cómo la ira se apoderaba de ella. ¡Qué insolente podía ser a veces aquella mujer! No tenía ni idea de cómo Sophie acabó en esa situación o qué tormentos había tenido que superar; sin embargo, la condenaba con una sola frase. Vio que a Sophie se le anegaban los ojos de lágrimas y se mordía los labios. Aun sabiendo poco acerca de la muchacha, para Marie

estaba claro que la palabra «diversión» expresaba algo que poco tenía que ver con la situación de Sophie, la de ahora y la de antes.

En los últimos días Marie había pensado mucho en Oskar. Por supuesto en casa de los Schnitzler el terrible accidente marítimo también había sido muy comentado; sobre todo Heini era insaciable, preguntaba constantemente detalles acerca de la catástrofe. Quería saber qué tamaño llegaba a alcanzar ese tipo de iceberg, cómo de hondo era el mar, a qué velocidad navegaba un buque de aquellas características, cuánto tardaba en frenar, cuánto tiempo podría aguantar una persona en el agua fría; todas estas preguntas ocupaban su mente sin dejar sitio para otros pensamientos. Incluso el eclipse solar pasó a un segundo plano. Marie intentaba tranquilizar al chico, no le gustaba verlo rumiando todo una y otra vez y lleno de curiosidad morbosa, al fin y al cabo se trataba de seres humanos. Llegó a esconderle el periódico. Pero todo era en vano; el viernes había traído de la escuela una página de titulares del *Kronen Zeitung* muy manoseada, y cuando Marie entró en la cocina lo encontró con Anna y la pequeña Lili inclinado sobre la mesa.

—¿Qué tenéis ahí?

—Marie, tienes que ver esto. Es un dibujo del Titanic. Mira qué grande es.

Marie contempló el dibujo que mostraba un enorme barco en medio de la Kärntnerstrasse. Sobresaliendo por encima de todos los edificios, se extendía a lo largo de todo ese elegante bulevar, y las figuras humanas colocadas delante parecían hormigas. En la segunda ilustración podía verse la catedral de San Esteban y al lado, en vertical, de nuevo el transatlántico. Heini estaba fascinado.

—Mira, la catedral de San Esteban solo mide 137 metros de altura y el barco a su lado es casi dos veces más alto, 270 metros.

En ese momento Marie sintió por primera vez que le sobrevenía una especie de acceso de ira contra el chico y respiró hondo.

—Heini, ¿quieres venir un momento? Tengo que hablar una cosa contigo.

—Sí sí. Ya voy a hacer mis deberes.

—No se trata de eso. ¡Ven aquí!

Heini caminó hacia su habitación detrás de Marie. Esta se sentó en el sofá y dio unas palmaditas en el sitio a su lado indicándole a Heini que se sentara junto a ella. El pequeño la miró expectante.

—Heinrich, sé que te parece muy interesante todo lo relacionado con el barco.

—Sí. ¿Y?

—Pero has de saber que esta no es una historia de aventuras como la de uno de tus libros. Han muerto muchísimas personas.

—Lo sé.

—¿Lo entiendes? No es cuestión de saber qué barco es más grande o más rápido, se trata de que más de mil personas han muerto ahogadas. ¿Te imaginas lo que son mil personas?

—No.

—Muchas, pero que muchas. Muchas más de las que van a tu escuela. Niños, padres y madres. También abuelos. Todas esas personas tienen a alguien que en este momento está desolado.

Heini no decía nada y balanceaba los pies.

—Tú siempre estás triste cuando tus padres se van de viaje, ¿no es cierto? Pues imagínate que no volvieran.

—¿Por qué dices eso? —El labio inferior de Heini temblaba.

—Porque quiero que lo entiendas. Lo que importa no es ese barco extraordinario. Lo que importa son las personas.

—Vale.

—¿Has entendido lo que quiero decir?

—Sí, creo que sí.

—Muy bien. Entonces ve a lavarte las manos, que enseguida comeremos.

Durante toda la tarde Heini estuvo bastante calmado. Jugó un poco con su tren, luego estuvo tumbado en la cama leyendo. Marie ya se estaba reprochando haberlo tratado con demasiada dureza en la conversación que habían tenido. Cuando por fin dejó de llover, Arthur Schnitzler invitó a su hijo a dar un paseo. La niñera se alegró, pues Heini adoraba los paseos con su padre y por lo general regresaba de buen humor.

Estuvieron mucho rato fuera. Lili ya estaba bastante cansada y no hacía más que preguntar por su hermano, cuando entraron padre e hijo por la puerta y Heini, hambriento, se lanzó sobre su merienda. El señor se quitó el abrigo y el sombrero y se dirigió al salón.

—Ah, una cosa, Marie —dijo deteniéndose un instante, pero sin girarse a mirarla.

—Sí, ¿qué desea el señor?

—Hoy cenamos fuera y después vamos al teatro. De modo que no nos esperen.

—Como usted mande, señor —repuso Marie, a punto de entrar en la cocina, cuando él de nuevo le dirigió la palabra:

—Y otra cosa quería decirle, Marie. —Esta vez sí la miró.

—Usted dirá, señor.

—Ha hecho usted muy bien en hablar con Heini sobre el accidente del barco. Estaba muy conmovido.

—Lo siento. Ojalá no se apene demasiado.

—No, lleva usted razón en que hay que poner freno a ese afán de sensacionalismo.

—Gracias, doctor.

—Esta noche haremos una pequeña velada de mujeres. —La frase en boca de Anna sonó como una orden.

Marie no tenía nada que objetar, le encantaban las charlas amenas en la cocina cuando los señores estaban fuera y los niños ya en la cama. Lo mejor era cuando había tormenta, entonces Marie se sentía resguardada y protegida al calor del hogar. Deseaba no tener que abandonar nunca ese lugar hasta que los niños fueran mayores, en ciertas ocasiones hasta se imaginaba acompañando a Lili a escoger un traje para su primera cita.

Anna había cortado beicon y pan, al lado había un gran trozo de mantequilla y una fuente con pepinillos en salmuera. Sophie ya se había sentado a la mesa y mordisqueaba pan con mantequilla.

—¿Se han dormido ya los niños?

—Sí, arriba reina la calma.

Anna se quitó los zapatos y se frotó los pies, uno contra el otro.

—Este año no acaba de llegar el buen tiempo, ¿a que no? Ya estoy harta de frío —dijo, y dirigiéndose a Sophie—: Come un poco de beicon, niña. Pareces un fantasma. ¿No te daban de comer en el hospital?

—Sí que me daban. Solo que no tenía apetito.



—Bueno, ahora tienes que engordar un poco. Que se te va a llevar la primera brisa de primavera que pase.

Sophie cogió un trozo de beicon y un pepinillo.

—Quería aprovechar para daros las gracias a las dos.

—No tienes por qué hacerlo.

—Claro que sí. Me habéis salvado la vida. Y quién sabe si, de no haber sido por vosotras, los señores me habrían readmitido.

—Venga ya. —A Anna el discurso de agradecimiento por lo visto le resultaba incómodo—. Lo que sí nos debes es la limpieza de la habitación. Vaya guarrería que nos dejaste.

—Sí, lo sé. Lo siento.

—Era broma. Pero ahora dime, ¿cómo se te ocurrió la idea de acudir a una abortera?

—No fue idea mía.

—¿De quién entonces?

—Pues de Franz.

—No me digas. O sea que el sinvergüenza se llama Franz. ¿Y de dónde lo has sacado?

—Es un cochero. Un día que llovía me trajo a casa.

—Pero de eso nadie queda encinta.

—Sí, lo sé. Quedamos unas cuantas veces. Me miró con ternura y me prometió que se casaría conmigo.

—Y luego te llevó al huerto.

Marie notó que a Sophie se le anegaban los ojos de lágrimas y le dio a Anna un codazo diciendo:

—Anna, para ya. Ya ves que no es fácil para ella.

—Déjala, Marie. Está bien que os lo cuente —repuso Sophie. Y luego barrió unas cuantas migajas de pan de la mesa con gesto enérgico y se puso a hablar sobre Franz: que en el barrio de Ottakring tenía una pequeña habitación y cada día iba al centro de la ciudad con sus dos caballos. Que tenía una bonita barba, ojos alegres y una gran habilidad para manejar a los animales. A Sophie le encantaba ir sentada en el coche, y cuando Franz le decía «mi princesa» se sentía en el séptimo cielo. Avergonzada, contó cómo había sido la primera vez que había estado en su habitación, era otoño. Fuera hacía un

frío de órdago y él había encendido una pequeña estufa.

—Y luego nos besamos y fue muy bonito; pensé que, si me negaba, se buscaría a otra.

—Siempre pasa lo mismo con los hombres —dijo Anna poniéndose de pie y dirigiéndose a la despensa. Se la oyó murmurar, y al volver, traía una botella de vino tinto—. Ya sabía yo que en algún sitio debía de estar. Creo que el momento lo merece. —Con destreza descorchó la botella y sirvió una copa para cada una.

Marie, que nunca había tomado vino, bebió un pequeño sorbo y quedó sorprendida de que aquello supiera completamente distinto de todo lo que había bebido hasta entonces.

—Y ¿qué pasó después? —Anna insistía; en cambio a Marie, aunque también sentía curiosidad, de repente le entraron ganas de taparse los oídos.

—Pues que dejó de ser tan cariñoso como antes y de matrimonio no se habló más —respondió Sophie, que también tomó un buen sorbo de su copa—. Luego me dio esa dirección. Era un piso en el barrio de Josefstadt y la mujer dijo que podía ayudarme.

—Habría que denunciarla. Podías haberte quedado tiesa.

—Sí, ahora también lo sé, pero al final todo ha salido bien.

Las mujeres estuvieron todavía mucho rato sentadas en la cocina bebiendo vino y comiendo el beicon. Anna apelaba a la conciencia de las dos jóvenes y, al preguntarles si sabían cómo era lo del embarazo y si querían que se lo explicara, tanto Sophie como Marie rechazaron el ofrecimiento riendo por lo bajo:

—Lo sabemos, Anna. Ahórranos los detalles —dijeron ambas.

—Espero que de verdad sea así. No quiero que se repitan historias como esta.

Cuando Marie se retiró a su pequeña habitación, sentía el alcohol en la cabeza. Fue a echar un vistazo a los niños —Heini, como siempre, estaba hecho un ovillo en su cama y Lili había vuelto a tirar al suelo su edredón—, luego se fue a acostar, y era como si la habitación le diera vueltas en la cabeza.

Tal vez Anna tendría que habernos explicado un poquito; hay tantas cosas

que ignoro, pensó.

Antes de sumergirse en un sueño profundo sin sueños, oyó que los señores volvían a casa, entonces se le ocurrió pensar en la botella de vino sobre la mesa de la cocina. Anna sin duda la había guardado.

Se habían dado cita a las diez en la Maximilianplatz, y aunque Marie llegó un cuarto de hora antes, Oskar ya estaba esperándola. Durante la mañana Marie había estado pensando constantemente en la conversación de la víspera en la cocina y se había propuesto dejarle muy claro que desde luego ella no se vería en una situación semejante. Pero cuando observó su alegría al verla, estuvo segura de que podía confiar en él.

—¿Y qué hacemos hoy? —le preguntó Marie expectante.

—Pues podemos ir a un café, si quieres. Por desgracia tengo que ir luego a la librería. Esta semana han quedado muchas cosas pendientes.

—Voy contigo y te ayudo.

—¿De veras? ¿Te apetece? —A Oskar se le iluminó aún más el rostro.

—Sí, claro. Tú también me has ayudado con los niños.

—Esa excursión con vosotros a la Casa de las Fieras fue maravillosa. Lo único malo fue que no quisieras dirigirme la palabra —dijo, con una sonrisa socarrona—. Pero ya pasó. La dama vuelve a dirigirme la palabra.

—Sí, la dama tenía buenas razones para no hablarte —repuso Marie riendo, pero de pronto se puso seria—. ¿Se sabe algo más?

Oskar le contó lo de la noche en casa de Jakob Gold, de la pena y desesperación del librero, que creía haber perdido a su única hija.

—¿Sabes? Lo terrible es que no se puede hacer nada. Todo lo que se diga en una situación así resulta absolutamente frívolo ante la angustia y esa incertidumbre paralizante.

—Le hiciste compañía. Eso tiene que haber sido muy importante para él. ¿No habrá en alguna parte listas con los nombres de los supervivientes?

—Aún no. Probablemente llevará tiempo.

—¿Qué horror! El hecho de no saber es seguro lo peor para unos padres.

—Pero tus padres tampoco saben qué ha sido de ti.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que te fuiste sin más y desde entonces no saben cómo estás.

—Eso es otra cosa. —Marie apretó el paso encogiéndose de hombros.

—Sí, lo sé, pero incluso así...

—A mis padres les trae absolutamente sin cuidado si estoy viva y no les interesa saber cómo me va. Siempre les resulté indiferente.

—No lo creo. Estás siendo dura porque estás dolida.

—Oskar, no fui yo la que se marchó, ellos me abandonaron. Era aún una niña, solo tenía unos pocos años más que los que tiene Heini. ¿Y ahora tú quieres hacerme ver que puede ser que les importe cómo me vaya en la vida?

—Sí, quizá llevan años arrepintiéndose.

—No lo creo. Además, durante un tiempo les escribí periódicamente. Nunca recibí respuesta. —Marie se detuvo ante un escaparate—. En la única que pienso a veces es en mi abuela. ¿Seguirá viva?

—¿Cuántos años tiene?

—No lo sé exactamente. Es mayor.

Se encontraban ante el Café Central, y en el momento en que Oskar se disponía a abrir la puerta, Marie lo sujetó por la manga de la chaqueta y le dijo:

—¿Sabes qué? No tengo ganas de café, de estar entre la gente y esas cosas. Vamos directamente a la librería.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, en serio. Café también hay allí, ¿no?

—Y un cruasán de ayer —dijo Oskar riendo.

—No me digas, ¡qué fino!

A Oskar le encantaba estar en la librería fuera del horario comercial. El olor a papel, tinta de imprenta y polvo se intensificaba cuando no había gente en la estancia y todo quedaba en penumbra. Siempre que encendía la luz se imaginaba cómo los personajes de las novelas corrían rápidamente por entre los lomos de los libros a ocupar sus puestos.

—Curiosear un poco por ahí mientras yo despejo la mesa de trabajo en la trastienda. ¿Quieres café?

—Sí, gracias.

Marie se paseó por delante de las estanterías, con un respeto reverencial. ¡Cuánta sabiduría acumulada había allí! ¡Y cada libro había sido escrito por una persona! Alguien como el doctor, que cada día se encerraba en su despacho para crear historias ajenas. Antes nunca había pensado en eso, pero

desde que vivía en aquella familia, mantenida en cierto modo por la escritura, consideraba que la literatura era una profesión honorable.

—¿Has leído todos estos libros? —preguntó Marie alzando la voz para que Oskar consiguiera oírla en la trastienda, y obtuvo por respuesta una sonora carcajada seguida de:

—Habría que vivir varias vidas para leer todo esto.

De repente Oskar vio el paquete que estaba sobre la mesa enterrado bajo los catálogos de las editoriales. Era el libro elegido para Marie que él incluso había envuelto en papel de regalo, pero que olvidó por completo al recibir la noticia del accidente del Titanic.

—Tengo un regalo para ti.

—¿Para mí? ¡Pero si no cumplo años!

—Da igual. ¿Y cuándo es tu cumpleaños?

—El 18 de julio. En pleno verano.

—Y ¿dónde naciste?

—Pues en casa, en la granja.

—Sí, pero ¿dónde está la granja?

—En Kirchsschlag, en la comarca del Mühlviertel. ¿Pero qué es esto, un interrogatorio? ¿Dónde está mi regalo? —dijo Marie, que ahora se plantaba frente a él sonriéndole.

Fue entonces cuando Oskar se sintió henchido de una felicidad tal que hubiera deseado estrecharla entre sus brazos. ¡Qué ojos!... ¡Qué alegría irradiaban al mirarlo! ¡Y aquellos mechones negros que escapaban de sus trenzas y le caían sobre la cara! ¡Toda ella... allí, frente a él, mirándolo expectante! Nunca había experimentado un sentimiento como aquel. Tragó saliva brevemente y le entregó el paquetito. Marie rompió el papel como una niña impaciente y acarició la portada con las manos.

—¿Lo conoces? —dijo Oskar notando su vacilación.

—No, claro que no. Es el segundo libro que me pertenece. Lo puedo conservar, ¿no?

—Sí, claro. Es un regalo, no un préstamo. Espero que te guste.

*Los años de aprendizaje y aventuras de Heidi. Una historia para niños y también para aquellos a quienes les gustan los niños.* Marie leyó el título en voz alta y hojeó con mucho cuidado el libro.

—¿De qué trata?

—De una niña que ya no tiene padres y que es llevada por su tía adonde su abuelo, a la montaña.

—¿Y le va bien allí?

—Eso lo tienes que leer tú misma. El abuelo es un viejo solitario y cascarrabias que no sabe qué hacer con una niña pequeña. Pero tú sabes cómo son los niños. Y si te gusta, hay un segundo volumen.

—Me hace mucha ilusión. Muchas gracias —dijo Marie acercándosele, y sujetando la cara de Oskar entre ambas manos, lo besó tiernamente. Él sintió que se mareaba y de repente supo exactamente cómo era eso de besar. La atrajo hacia sí y la estrechó con fuerza entre sus brazos. Ella cedió inmediatamente, separó los labios y...

—Bueno, ya basta, ¿qué haces? —dijo, pero su voz no denotaba enfado; había formulado la pregunta susurrándosela al oído y no había retrocedido ni un milímetro. Oskar escondió su cara en el pelo de ella y le dijo quedamente:

—Perdona, no quería... Es que te quiero tanto.

—Yo también. Pero ¿no venías a trabajar?

—Sí, eso iba a hacer. ¿Sabes qué? Tú te sientas aquí en este sillón y mientras tanto yo voy clasificando estas facturas. Y luego me ayudas a arreglar el escaparate.

—Hace horas que se me prometió un café. Me voy a quejar ante el dueño del establecimiento —dijo Marie riendo y se sentó en el confortable sillón que había en medio de la tienda.

—Sí, señora, dígame. ¿Me permite que me presente? Soy Oskar Nowak, copropietario de la librería Friedrich Stock. Recibo con gusto su reclamación.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—Desde hace rato vengo queriendo contártelo, pero no había habido ocasión. Friedrich Stock me ha hecho socio. Y quiere que un día yo herede la librería.

—¿De verdad? ¡Eso es estupendo!

—Sí, mira. Este es el periódico que reciben los librereros, aquí lo pone con todas las letras. —Le colocó a Marie en el regazo un ejemplar del *Buchhändler-Correspondenz* y ella leyó en voz alta—: *Por la presente me complace comunicar que he hecho socio de mi empresa al que hasta ahora*

*había sido mi empleado Oskar Nowak. Friedrich Stock, Währinger Strasse 122, barrio de Währing...* Increíble... Eres..., quiero decir, serás un día el dueño de este negocio.

—Sí, ni yo mismo no me lo puedo creer. Bueno, falta mucho para que esto sea una realidad porque el señor Stock aún no es mayor. Pero yo soy su socio.

—Entonces tienes que empezar a buscar una librería —apuntó Marie titubeante, como haciendo una broma que ella misma no encontraba graciosa.

—Ya le tengo echado el ojo a una. Y veremos de lo que es capaz.

Marie le siguió la broma.

—Bien, estoy dispuesta. ¿Qué tengo que hacer?

—¿Tienes buena letra?

—Sí, la maestra siempre me la elogiaba. Decía que podría dedicarme a hacer carteles.

—Pues ahora mismo puedes probar a ver cómo te sale. Vamos a preparar un escaparate sobre el tema del excursionismo y tú vas a hacer un cartel promocional.

—¿Tú crees? ¿Y qué pasa si me equivoco?

—Pues tendrás que repetirlo.

—Bien, tendré cuidado.

—Mira, aquí está la muestra. ¿Podrás usarla para hacer algo?

Oskar hojeó de nuevo el *Buchhändler-Correspondenz* y Marie leyó el anuncio:

Todo el mundo quiere salir a la naturaleza. Recomiende a sus clientes mapas y planos bien elaborados, con los cuales también usted puede ganar dinero. Aproveche la ocasión que ofrece esta tendencia y tenga siempre disponibles los mapas Freytag para turistas y excursionistas y expóngalos en el escaparate. En el sector turístico hace tiempo que existe la opinión unánime de que son imprescindibles. Se venden con mucha facilidad. Ofrecemos un descuento de hasta 50 por ciento.

—¿Y qué quieres que escriba?

—Pues que estos mapas para excursionistas son muy buenos e indispensables para no perderse en el bosque.



Marie se sentó ante el gran pliego de papel y, con dos lápices, uno rojo y uno azul, diseñó, con su mejor letra, un cartel para el escaparate. Se equivocó dos veces, le pidió a Oskar un nuevo pliego y volvió a empezar. Finalmente, cuando hubo terminado, le presentó orgullosa su obra de arte.

¿Tiene pensado salir a la naturaleza? ¿Quiere disfrutar de los maravillosos Bosques de Viena? No salga sin llevar consigo mapas exactos para volver seguro a casa.

—Tienes un talento innato. Mucho mejor que una diseñadora de carteles. Y ahora vamos a colgar un mapa y luego el cartel hecho por ti. He preparado unas cuantas piedras y ramas, y Stock me ha dado también una vieja bota de excursionista, en alguna parte tiene que estar. Y con eso, listo el escaparate.

Marie lo contempló durante largo rato. Una y otra vez leía lo que había escrito. En las siguientes semanas muchas personas que pasaran por allí iban a leer el cartel. Y no tendrían ni idea de que había sido ella, la hija de unos campesinos de Kirchsschlag, la niñera en la Sternwartestrasse, quien lo había dibujado.

En realidad, hacía días que había tomado la decisión, pero ahora estaba seguro. Sencillamente tenía que hacerlo.

—Friedrich, ¿me puedo tomar unos días libres? Tengo que salir de viaje.

—¿Ahora? Bueno, ¿por qué no? Al fin y al cabo, después de Navidad no te cogiste vacaciones y de momento no hay mucho que hacer. De modo que ¿desde mañana mismo? ¿Cuándo vuelves?

—No sé exactamente, dentro de tres o cuatro días.

—Bien. ¿Y adónde tienes que ir con tanta urgencia?

—A la Alta Austria. Tengo que arreglar un asunto.

—¿En la Alta Austria?

A las ocho de la mañana, Oskar estaba en la estación de Westbahnhof comprando su billete para Linz. En la mochila llevaba un trozo de pan y queso, una camisa para cambiarse, un libro y un mapa de la comarca del Mühlviertel.

Ahora, por fin comenzaba a llegar la primavera. Cuando pasado Hütteldorf-Hacking el tren atravesó los Bosques de Viena, Oskar notó el incipiente verde en las hojas de los árboles. Por lo general podía leer en cualquier circunstancia, fuera en el tranvía, en la naturaleza o en cualquier sitio donde tuviera que esperar, pero ese día le resultaba difícil. Una y otra vez sus pensamientos empezaban a divagar, miraba a través de la ventanilla, contemplaba el paisaje que iba dejando atrás sin verlo de verdad. Nunca había ido a un lugar tan alejado de su casa, nunca había tenido motivo para hacerlo.

Oskar había estudiado bien el mapa: en la estación de ferrocarril de Linz tenía que tomar una calle que tenía el muy apropiado nombre de Landstrasse, carretera de campo, pero que al parecer era la arteria comercial de la ciudad con tranvía eléctrico y todo; luego, atravesando un puente, debía continuar hacia el norte y por la ribera opuesta del Danubio. El tal Kirchsschlag no estaba a más de quince kilómetros de Linz, según el mapa, una distancia que él podía salvar a pie ese mismo día. Allí buscaría una posada barata para pasar la noche o bien, si no hacía demasiado frío, se echaría a dormir en alguna

parte sobre el heno. Al día siguiente llamaría a la puerta de la casa de los padres de Marie. Oskar no había pensado lo que iba a decir cuando tuviera frente al padre o a la madre, pero todavía le quedaban unas cuantas horas de camino para que se le ocurriera algo.

Después de haber atravesado el Danubio por el gran puente metálico, se extravió, antes de encontrar la carretera correcta que habría de conducirlo al campo. Además cuando ya se encontraba a las afueras de la ciudad, empezó a lloviznar, cosa en verdad inconveniente en aquel momento. Entretanto ya declinaba el día. Oskar se había comido hacía rato el pan que llevaba como provisión y no quería entrar en ninguna fonda. El billete le había costado más de lo previsto, y si el tiempo empeoraba, iba a necesitar dinero para el alojamiento.

A estas alturas ya no estaba tan seguro de que el viaje a la Alta Austria hubiera sido una buena idea. ¿Cuáles eran en realidad sus expectativas? Mientras se encaminaba por la carretera húmeda por la lluvia, no paraba de formular las frases con las que se presentaría a los padres de Marie. ¿Cómo reaccionarían? ¿Podía decirles simplemente que amaba a su hija y que quería prometerse con ella? Durante los últimos días, se lo había imaginado todo más sencillo. Los padres sin duda estarían contentos de saber que Marie estaba viva y que le iba bien, que tenía un trabajo respetable y que había conocido a un hombre decente como él. Pero cuanto más caminaba, cuanto más se acercaba al lugar de nacimiento de Marie, menos realista e incluso descabellada le parecía su idea.

Entretanto se había empapado hasta los huesos, y el paisaje fue haciéndose cada vez más solitario. Hacía al menos media hora que no pasaba por delante de una casa ni veía siquiera un henal, pero no tenía más remedio que seguir caminando.

—¡Lisl, Mitzi, venid!

Oskar estaba tan sumido en sus pensamientos que no se percató de la vacada que se movía en dirección a la carretera por el estrecho sendero. Y de repente también vio al muchachito que, desesperado, intentaba atrapar a dos vacas que se habían apartado del camino y que, lentas pero decididas, enfilaban hacia la linde del bosque. Sin pensarlo dos veces, corrió atravesando el prado mojado y se colocó frente a los animales cerrándoles el paso, y eso que en su vida había visto una vaca suelta a tan poca distancia. Él

mismo se sorprendió de su valentía y más aún del hecho de que los dos animales sencillamente se hubieran detenido ante él y se lo quedaran mirando sin parpadear. Todo parecía indicar que ni él ni las dos vacas querían dar el primer paso. En ese momento, el chico que venía corriendo llegó junto a ellos, y Oskar alcanzó a ver con el rabillo del ojo que agitaba con fuerza una vara larga. Al final las vacas giraron las cabezas y se pusieron en movimiento camino de su manada.

—¡Que Dios se lo pague!

—¿Cómo dices?

—He dicho «Que Dios se lo pague». Gracias por haber detenido a las bestias. La semana pasada ya se me metieron aquí en el bosque... ¿O no habla usted alemán?

El niño —que no debía de ser mucho mayor que Heini— rodeaba a las vacas con habilidad y, sin quitarles el ojo de encima, le hablaba a Oskar:

—¿Habla alemán o checo? ¿De dónde es usted? ¿Qué hace aquí?

—Hablo alemán. Me llamo Oskar y soy de Viena.

—¡De Viena! —exclamó, y la fascinación lo dejó con la boca abierta—. Y ¿ha visto alguna vez al emperador?

—Sí, una vez. Pasaba en su carruaje, pero yo solo alcancé a ver su mano. ¡Cuidado, no se te vayan a escapar las vacas otra vez!

—¿Te vienes? El establo no está lejos.

—Vale, te acompaño. ¿Cómo te llamas?

—Ölinger Karl. O sea, Karli. Porque mi padre también se llama Ölinger Karl, por eso yo soy Karli.

—¿Y vives aquí?

—Sí, ahí detrás. Mira, ahí después de la curva está nuestra granja.

—¿Y allá es adonde llevas ahora las vacas?

—Sí. Pero qué preguntas más extrañas haces —dijo Karli visiblemente contento por el inesperado encuentro—. Y ¿qué haces aquí si eres de Viena? ¿Pero cómo has llegado? ¿A pie?

—Qué va, está demasiado lejos. He venido en ferrocarril hasta Linz. Y desde ahí sí, a pie.

—Yo solo he estado una vez en Linz. En mi primera comunión. Me monté en el tren de la bruja. Fue bonito.

Oskar no tenía ni idea de qué era el tren de la bruja, pero antes de poder preguntar, llegaron a una pequeña granja situada en la linde del bosque. Con buena maña el chiquillo arreó a las vacas hacia una verja que cerró tras ellas y luego, dirigiéndose a Oskar expectante, dijo:

—¿Entras conmigo? Seguro que pronto estará cena.

—Sí, si tus padres no tienen inconveniente.

—No, ellos se alegran cuando alguien pasa por aquí. Casi nadie viene a vernos. Además, me has ayudado —dijo dando un fuerte empujón a la puerta torcida y tirando los sucios zapatos a un rincón—. Mamá, papá, he traído a alguien. Ha venido en tren desde Viena. Y al emperador también lo ha visto una vez.

En el umbral de la puerta de la cocina apareció una mujer joven con un bebé en la cadera y dijo:

—Karli, ¿por qué gritas de esa manera? ¿Has guardado las vacas? —Luego vio a Oskar y se sobresaltó—. Buenas. Qué susto me he llevado.

—Disculpe, no quería molestar. He conocido a su hijo en los pastos y me ha invitado a venir.

—Sí, mamá, me ha ayudado con las vacas. Mitzi y Lisl se volvieron a escapar hacia el bosque.

—Bueno bueno, entonces pase, por favor. Tendrá usted hambre.

Y al cabo de unos minutos, Oskar estaba sentado a la mesa de la cocina con aquella familia de campesinos al completo; ante él había un humeante plato de sopa. El padre cortaba gruesas rebanadas de la hogaza. Aunque la familia vivía allí en el más absoluto aislamiento, todos parecían alegrarse de la visita. Karli fue el protagonista de la velada, al fin y al cabo, había sido él quien había visto al forastero y lo había llevado a casa.

Le hicieron muchas preguntas, querían saber cómo era Viena, cómo era eso de que hubiera tantas casas y personas, qué comía la gente, puesto que no podían criar animales. Y en algún momento el campesino le preguntó:

—¿Y qué te trae por aquí? ¿Vienes desde Viena a visitar a alguien?

—Busco a una familia de apellido Haidinger. Tienen una granja cerca de Kirchsschlag. ¿Los conocéis?

—¿A Haidinger? Decir que lo conozco sería exagerar. Sé dónde está su granja.

—¿Y queda muy lejos de aquí?

—A tres o cuatro kilómetros. Tienes que subir una colina y bajar por el otro lado. ¿Y para qué lo quieres ver?

—Bueno, es que yo... me he enamorado de su hija. Vive en Viena. Y ahora quería conocer a sus padres.

De repente su vida en Viena le pareció muy lejana. El trabajo en la librería, su habitación en el enorme edificio de viviendas de alquiler, propiedad de la viuda judía; las visitas al teatro, los hermosos niños de los Schnitzler, siempre pulcramente vestidos, e incluso Marie... Todo aquello le parecía de repente extraño a la vista de aquellas sencillas gentes campesinas que mojaban en la sopa sus trozos de pan, sus hijos de mejillas coloradas y narices mocosas, y la mujer que sin avergonzarse amamantaba a su bebé sentada a la mesa de comer. Sin duda así vivían la mayoría de las personas en el gran imperio y ninguno de ellos se imaginaba cómo era la vida en la capital.

—Pero hoy no puedes continuar hacia allá —le dijo el campesino interrumpiendo sus pensamientos.

—Sí, ya es tarde.

—Arriba tenemos una buhardilla. No tiene estufa, pero puedes dormir allí.

—Es muy amable de su parte. ¿Cuánto le debo?

—¿Qué dices? No me ofendas. ¿Acaso crees que nosotros aquí en el campo no sabemos de hospitalidad?

—Entonces, muchísimas gracias.

Oskar cayó enseguida en un sopor sin sueños y se sobresaltó cuando al rayar el alba fue despertado por el canto de un gallo. Eso solo lo había leído en las novelas, sin embargo allí era la vida real. En la cocina la mujer del campesino le sirvió leche caliente y una rebanada de pan con una buena capa de mantequilla.

—Karli tiene que ir al pueblo, de modo que podéis hacer juntos una parte del camino. Y ve con cuidado —le dijo la mujer estrechándole con fuerza la mano a modo de despedida. Él le dio las gracias y se prometió escribirle una carta a la familia desde Viena, o enviarles quizá una postal con el retrato del emperador.

Delante de la escuela primaria de Kirchsschlag tuvo que despedirse también de Karli, que se había puesto francamente triste. Hubiera querido tener al interesante invitado unos días más bajo el mismo techo.

—¿Pasarás a vernos a la vuelta?

—Aún no lo sé, tengo que volver pronto a mi trabajo.

El chico se quedó largo tiempo de pie delante de la entrada de la escuela siguiendo a Oskar con la mirada.

La granja se hallaba en un valle flanqueado por dos colinas. Había una pequeña vivienda en el centro, y al lado un establo y un henal medio hundido. Oskar descendió por la pequeña ladera. A pesar de que la lluvia había cesado, sus zapatos estaban completamente reblandecidos por la humedad de la hierba. Poco antes de atravesar el patio de la granja, se detuvo un momento a pensar cómo iniciaría la conversación. Nunca en su vida había estado tan nervioso.

Llamó a la puerta de madera y una voz de mujer exclamó:

—Está abierto.

Después de una breve vacilación abrió la puerta, entró y se halló en un estrecho zaguán. En la pared colgaban unas cuantas chaquetas sucias, había zapatos esparcidos de cualquier manera por el suelo, olía intensamente a establo. Oskar se detuvo y pronunció un «Buenos días le dé Dios» en dirección a la puerta abierta de la cocina. Era un saludo que nunca empleaba, en la librería de Friedrich Stock no era nada habitual saludar así, pero allí tuvo la intuición de que decir «Buenos días» a secas no era oportuno.

—No necesitamos nada.

En ese momento Oskar vio una delgada figura apostada al lado de una cocina de ladrillo y no le fue difícil reconocer a la madre de Marie. Había un marcado parecido entre ellas, los mismos ojos oscuros, los pómulos marcados y la nariz recta. Todos aquellos rasgos estaban en Marie, solo que a diferencia de esta, la mujer era bajita y su espalda parecía curvada.

—No tengo nada que vender. ¿Puedo pasar?

La mujer hizo un gesto con la mano que Oskar no supo interpretar, se quitó los zapatos mojados y entró en la cocina.

—Mi nombre es Oskar Nowak, he venido desde Viena. Le traigo noticias de su hija.

La mujer se había dado la vuelta hacia el caldero y no se giró al oír las palabras de Oskar. Un cucharón de latón cayó con estrépito en el suelo de piedra.

—¿Qué hija?



—Su hija Marie. Está bien. Vive en Viena y trabaja como niñera.

—¿Y por qué viene usted a decirme esto?

—Porque... porque creo que puede interesarle. Y porque quisiera prometerme con ella.

En ese momento la señora Haidinger por fin se dio la vuelta hacia él. Abrió la boca queriendo decir algo, pero entonces miró por encima del hombro de Oskar hacia la puerta de la cocina, situada a espaldas de este, y se sobresaltó.

—Buenos días, ¿es usted el nuevo veterinario? —El hombre era casi dos cabezas más alto que Oskar y sus anchos hombros parecían estar a punto de reventar la sucia bata de trabajo.

—No, soy Oskar Nowak, librero de Viena, ¿señor Haidinger?

—Sí, el mismo. ¿Qué hace un librero por aquí? No tenemos tiempo para leer.

—Se trata de su hija Marie.

—No tengo ninguna hija que se llame Marie. —Y dirigiéndose a su mujer —: Rosa, creo que te espera faena en el establo. —La mujer agachó la cabeza y se escabulló de la cocina.

Y al ver cómo aquel gigante se cuadraba ante él, Oskar empezó a tener miedo. Marie nunca había hablado de su niñez, sin embargo, Oskar veía ahora ante sus ojos a una niña pequeña escondiéndose bajo el banco rinconero para escapar de las bofetadas de su padre. Se imaginó cómo el campesino tiraba de las trenzas de Marie y pensó en lo cariñoso y prudente que era el trato que esta dispensaba a los hijos de los Schnitzler.

—Escucha bien lo que te voy a decir, granuja —dijo el campesino elevando la voz a la vez que la cara se le encendía—. Ella simplemente abandonó su puesto de trabajo. De la noche a la mañana salió huyendo. Ha deshonrado a la familia, nunca antes se había visto algo así. Pero ya de niña se creía que era mejor que los demás. No quería mover un dedo, solo estar mirando libros. Si por mí fuera, a las mujeres no habría que mandarlas a la escuela, allí solo les meten tonterías en la cabeza. Y ahora vienes tú, uno de esos estudiados de la ciudad, y quieres contarme algo sobre Marie. ¿Sabes qué? No me interesa. La puta que se quede donde está y tú puedes hacer con ella lo que te venga en gana.

Cada vez alzaba más la voz y, avanzando paso a paso, iba acercándose a

Oskar de forma amenazadora. Este retrocedía y ya se encontraba en el zaguán cuando el campesino levantó la mano en ademán de agredirlo. Oskar se agachó rápidamente, cogió sus zapatos y abrió la puerta de un tirón. En calcetines atravesó corriendo el patio lleno de excrementos de pollo, hasta que sin resuello encontró refugio bajo un enorme árbol. Se recostó contra el tronco húmedo e intentó tomar aliento para abastecer de aire sus pulmones. ¿Qué se había creído? ¿Cómo se le había podido ocurrir ir a visitar a aquella horrible gente? ¿Por qué le había reprochado a Marie que no hubiera intentado seguir en contacto con sus padres? Oskar estaba profundamente impresionado por la dureza de corazón de aquellas personas. Su comportamiento con respecto a su propia hija le resultaba ajeno a la imagen que tenía del mundo. En su imaginario los padres eran o bien protectores y cariñosos, o bien sencillamente inexistentes. Era del todo increíble que el padre de Marie hablara de una manera tan ofensiva y humillante de su hija.

Oskar se sentó bajo el árbol y se ató los cordones de los zapatos. Estaban reblandecidos por la mezcla de lluvia y excrementos de pollo, pero no tenía más remedio que llevarlos puestos porque no podía caminar hasta Linz en calcetines. Le sucedía como a Marie, aquella vez en el teatro, que no podía quitarse los zapatos prestados por mucho que le apretaran. No pudo por menos que pensar en lo que ella había dicho entonces con ojos llorosos y como hablando para sí: «Hace muchos años que no veo a mi abuela. No sé si seguirá viva. Pero cuando me vi obligada a dejar la granja tuve que prometerle que un día iría al teatro. Y aquí estoy».

La abuela, Marie tenía una abuela que sin duda había sido buena con ella. Él no podía abandonar aquel horrible lugar sin averiguar si ella vivía aún.

Al principio aquella casita ruinoso, situada donde comenzaba el campo de labranza, le había pasado desapercibida. Parecía que formara parte de la granja de los Haidinger, pero al mismo tiempo quedaba, como quien dice, fuera de la misma. ¿Si se atrevía a acercarse, lo pondrían de nuevo de patitas en la calle? No importaba. Peor que el violento padre no podía ser la abuela; además era poco probable que la mujer estuviera viva todavía. Para que su visita tuviera al menos algún sentido, podía intentar averiguarlo.

No tuvo siquiera que llamar a la puerta, pues cuando se aproximó por el prado a la parte trasera de la casa se abrió una ventana, y una anciana se

acodó en el alféizar y miró en silencio cómo él se acercaba. Desde lejos Oskar exclamó en un tono marcadamente alegre un «Buenos días le dé Dios», pero no obtuvo respuesta. Ya estaba a menos de un metro de distancia cuando la mujer le sonrió recomponiendo un poco la toquilla que le caía por los hombros.

—Vaya, que alguien venga a visitarme a mí, ¡esto sí que es una sorpresa! Pasa por el otro lado, ahí hay otra puerta.

La anciana no preguntó de dónde venía ni qué lo traía por aquellos lares, sencillamente abrió la puerta y lo hizo pasar. La casa constaba de una sola estancia donde, en un espacio reducido, cabía todo: una mesa de madera en el centro con dos sillas, una cama estrecha al lado de la pared, una alacena, un pequeño fogón. La anciana puso dos tazones desportillados sobre la mesa y colocó cucharillas a los lados al tiempo que sonreía contenta, como si celebrara una fiesta de cumpleaños.

—Tienes cara de necesitar un café. Siéntate.

Oskar, sobrecogido por aquella simpatía y hospitalidad, sencillamente se dejó caer en una de las dos sillas desvencijadas y sin saber qué decir. Se quitó los zapatos y la mujer echó un vistazo a sus calcetines empapados.

—¡Quítatelos! Voy a ponerlos encima del hogar.

Puso a hacer café de malta sobre el fogón, mientras Oskar la examinaba furtivamente. Era pequeña, casi minúscula, y tenía la espalda encorvada. Se había recogido el cabello plateado en un moño bien arreglado y las pocas mechass que se le habían soltado le recordaron a Oskar a Marie. Emitiendo varios suspiros se sentó frente a Oskar y se puso unas cuantas cucharaditas de azúcar en el café.

—No tengo pastel, lamentablemente. No esperaba visita.

—No importa, he desayunado bien.

—¿Te has extraviado? ¿Eres un artesano ambulante? No lo pareces, a juzgar por tu fina vestimenta.

—No, no soy un artesano ambulante. Y tampoco me he extraviado. Quería venir precisamente a este lugar. A esta granja.

—Pero la granja está al otro lado. Y si buscas trabajo de mozo, perdona que te diga, pero no creo que eso sea lo tuyo.

—Vengo de Viena y soy librero. Para mozo no serviría.

—Sí, ya lo creo que no. Pero no me tengas en ascuas, di de una vez, ¿a qué has venido?

—Conozco a Marie.

—¿A mi Marie?

—Sí, si es usted la abuela de Marie Haidinger, entonces es su Marie.

—¿Se encuentra bien? ¿O acaso traes malas noticias? —La anciana se puso de pie y suspiró dando unos pasos hacia la ventana, como si tuviera que poner distancia entre ella y el portador de las malas nuevas.

Oskar se apresuró a despejar la duda:

—No no. Marie está bien. Vive en una hermosa casa donde trabaja de niñera.

—¿Mi pequeña Marie es niñera! ¿De verdad?

—Sí, cuida de dos niños encantadores. Lili está a punto de cumplir los tres años y Heini tiene nueve.

—¿Y tú? ¿Qué tienes que ver con ella?

—Yo... yo... la he conocido. Trabajo en una librería y ella vino a recoger algo para su patrón. Entonces una avalancha de nieve del tejadillo le cayó en la cabeza. Bueno, en realidad fue mi culpa, porque no había barrido el toldo... y luego entró ella en la tienda y estaba empapada. La pequeña que llevaba de la mano lloraba y luego yo...

—Bueno bueno, por qué me cuentas todas esas cosas. ¿No habrás recorrido todo el camino desde Viena para contarme que a Marie le cayó un poquito de nieve en la cabeza?

—No, quería conocer a sus padres.

—¿Jesús! ¿Y ya has estado allí? —preguntó señalando con la cabeza en dirección a la granja.

—Sí, pero solo un momento. No he tenido mucha suerte —dijo Oskar con una sonrisa que acabó siendo mueca.

—Ya lo creo. ¿Y por qué querías conocer a sus padres? Ay, chico, todo te lo tengo que sacar.

—Pues... porque la quiero. Y porque pensé: si uno quiere a alguien hay que saber de dónde viene esa persona.

—Sí, en eso sin duda tienes razón. Pero con esta familia podrías habértelo ahorrado. ¿Acaso Marie no te ha contado lo cruel que puede ser su padre?

—Ella no cuenta nada sobre sus orígenes. Solo una vez me habló de usted. Estaba con ella en el teatro y de pronto se puso muy triste y dijo: Si esto lo supiera mi abuela.

—¿De veras estuvisteis en el teatro? ¿En cuál de ellos?

—En el K. K. Hofburgtheater. El patrón de Marie le regaló las entradas por Navidad y ella me invitó a acompañarla.

La abuela de Marie había vuelto a sentarse y de repente tenía un semblante de plena satisfacción. Puso su mano arrugada sobre el antebrazo de Oskar y le dijo:

—Sabía que mi niña llegaría lejos. Siempre fue especial. Cuando supe que se había escapado de aquella granja, primero me preocupé porque, claro, era todavía una cría. Pero tuve la corazonada de que iba a salir adelante.

Oskar le contó un poco acerca de la vida de Marie; describió a los niños que cuidaba, lo bien que se lo pasaba con ellos y con cuánto afecto y esmero los trataba. Cuando le habló de la excursión que hicieron juntos a la Casa de las Fieras, a la abuela se le pusieron los ojos brillantes. Oskar, adrede, solo habló de las cosas bonitas, y no mencionó los momentos oscuros de la vida de Marie.

—¿Y qué opinó sobre tu intención de viajar hasta aquí?

—No dijo nada porque no se la comuniqué.

—¿Y crees que ha sido una buena idea?

—No lo sé.

—¿Te pensabas acaso que el padre te iba a abrazar, iba a darte la bendición y a Marie su dote?

—No sé lo que pensaba. Solo me daba mucha pena que Marie tuviera padres que no quisieran saber nada de ella y me pareció que era lo correcto. Yo ya no tengo padres y me hubiera gustado mucho poder contarles todo.

—Marie tampoco tiene padres ya. Cierta gente simplemente no debería tener hijos. —Sus palabras rezumaban amargura, miró por la ventana hacia el patio, y Oskar tuvo la certeza de que en ese momento pensaba en su hijo, el padre de Marie, que un día había sido su pequeño y luego se convirtió en un hombre cruel y sin corazón—. Te entiendo, pero, pese a todo, creo que tendrías que haberlo consultado con ella.

—Sí, pero ella no habría querido que hiciera el viaje.

—Y tú entonces tendrías que haber desistido.

—Pero en ese caso no estaría aquí y usted no sabría que le va bien.

—Tienes razón. Entonces has hecho bien. Pero ahora tienes que volver y contárselo. No va a estar muy contenta.

—Sí, lo sé.

—Ven, te prepararé algo para el regreso. Después tienes que marcharte. Si ellos te encuentran aquí, los dos tendremos problemas.

Envolvió un trozo de pan negro, un poco de queso, un salchichón entero y dos manzanas en un paño. Oskar sacó el salchichón y lo colocó sobre la mesa diciendo:

—Sería una lástima que me lo diera, no como carne de cerdo.

—¿Eres judío?

—Sí.

—Aquí no tenemos judíos. Solo sé de ellos por los periódicos. Creía que los judíos negociaban con dinero, pero no sabía que también vendieran libros.

—Los hay de muchas clases. Yo no soy muy creyente. Pero no como carne de cerdo.

—No importa. Te lo llevas y se lo das a Marie. Tal vez eso la calme.

Oskar introdujo el hatillo en su mochila. En esas la anciana se levantó para abrir varios cajones de su vieja alacena.

—¿Dónde diablos lo tengo? ¿Dónde lo he metido? Hace tanto tiempo que no lo uso... —Finalmente, con una sonrisa de satisfacción, cogió un cuaderno grueso en la mano y, acariciando la manchada tapa con dibujo de cuadritos blanco y celeste, dijo—: Ya no lo necesito, para lo poco que cocino para mí no tengo que consultarlo. —Le entregó el cuaderno a Oskar con expresión de solemnidad—. Son todas mis recetas. Se las llevas a Marie y le das muchos recuerdos de su abuelita. Cuando tenga su propio hogar, seguro que le serán útiles. Las recetas para el asado de cerdo y el fiambre en gelatina podéis simplemente ignorarlas.

Oskar cogió el cuaderno y le echó una ojeada. Había desde pimientos rellenos hasta *grammelknödel*, y *strudel* de requesón o *mohnstriezel*; en cada página estaba anotada una receta con pulcra caligrafía.

—Bien, y ahora vete antes de que aparezca el campesino y te pille aquí y yo empiece a llorar por mi niña.

La vieja Haidinger estaba de pie ante él con su encorvado cuerpo que apenas le llegaba a Oskar hasta el pecho y con los ojos brillantes por las lágrimas. Entonces Oskar la abrazó espontáneamente, estrechándola con fuerza entre sus brazos, para luego abandonar la casa.

—¿Has leído el periódico, Marie? —le preguntó Anna agitando el *Kronen Zeitung* ante la cara misma de la joven en el colmo de la excitación.

—No, ¿cuándo iba a leerlo? Lili me ha tenido al trote durante toda la mañana. ¿Ha vuelto a ocurrir algo?

—No, escucha. Han rescatado a dos niños que iban en el Titanic. Dos chavales, de cuatro y dos años. Estaban completamente solos y tardaron eternidades en saber de quiénes se trataba, pues nadie hablaba su lengua. Aquí lo pone:

Miss Margaret Hans en Nueva York se ha hecho cargo de los dos niños rescatados, y por las etiquetas de las prendas que llevaban puestas creyó deducir que eran de origen francés. De modo que se avisó al cónsul francés, quien intentó entablar conversación con el pequeño Louis. No obstante, fue en vano. Declaró encogiéndose de hombros que el pequeño hablaba una lengua que nunca había oído...

—Y ¿qué lengua hablaban los pequeños?

Anna se sobresaltó, de un salto se levantó de la mesa de la cocina cuando notó la presencia de Arthur Schnitzler y exclamó:

—Doctor, no le he oído entrar.

—Solo quería decirle que hoy queremos comer pronto, la señora y yo tenemos que bajar al centro.

—Como usted mande, doctor. Sophie les servirá enseguida, la comida ya está lista —dijo Anna trajinando nerviosa entre las ollas.

—Ah, y por cierto, ¿qué lengua hablaban el tal Louis y su hermano?

—Checo. Hablaban checo.

—Increíble que a estas alturas sigan apareciendo personas.

—Sí, parece un milagro.

Arthur Schnitzler dijo entonces dirigiéndose a Marie:

—¿A qué hora viene Heini de la escuela?



Marie miró el reloj de la cocina y respondió:

—No viene hasta dentro de una hora, doctor.

—Bien, entonces traiga a Lili. Puede comer con nosotros.

—Cómo no, doctor.

Lili estaba encantada de comer con sus padres, y Marie se alegró de tener un poco de tranquilidad. Anna no tenía ninguna tarea para ella, de modo que podía pasar media hora en su habitación.

Se echó sobre la cama y cogió inmediatamente el libro de la mesita de noche. En los últimos días, o mejor dicho noches, algo había sucedido en ella. Se había vuelto adicta al libro que Oskar le había regalado. Al comienzo solo había leído unas cuantas páginas antes de dormir, pero ya al tercer día no podía dejar de leer por la noche. Vivía con la pequeña en el pasto alpino, cuidaba el rebaño de cabras con el pastor Pedro, olía la paja en el establo y oía la voz grave del abuelo. Hasta muy tarde en la noche leía a la luz de una pequeña lámpara y al día siguiente estaba completamente somnolienta. Ahora solo le faltaban unas cuantas páginas, se moría por llegar al final y tuvo que dominarse para no leer por encima las líneas. Justo cuando acababa de leer la última frase y cerrar el libro sumida en pensamientos, Lili empezó a llamarla desde el pie de la escalera.

—Marie, Lili lista. ¡Ven!

—Sí, tesorito mío, voy a buscarte para dormir la siesta.

¿No dijo Oskar que había un segundo tomo? Tenía que saber cómo continuaba la historia, si Heidi podía quedarse en el pasto alpino y si volvería a ver a Klara.

Lili no durmió mucho tiempo, y cuando Heini acabó de comer, Marie propuso ir a la librería de la Währingerstrasse, para lo cual no tuvo que convencer a los niños porque les encantaba aquel establecimiento. Marie contó el dinero que tenía ahorrado en el cajón de la mesilla de noche. Estaba muy excitada. Por primera vez en su vida se compraría un libro. Entraría en la librería Friedrich Stock, echaría un vistazo a su alrededor y pediría la segunda parte de Heidi. Se haría envolver el libro, pagaría y regresaría a casa. Podía hacerlo. Era una adulta, tenía su propio dinero y podía ir a una librería a comprar un libro. Era una sensación Buena.

Friedrich Stock alzó la vista cuando Marie entró con los niños en la librería.

—¡Oh, la señorita Marie! Y también el joven caballero y la pequeña dama me honran con su presencia. ¡Qué bien!

Lili rio por lo bajo y Heini le ofreció cortésmente su mano al librero.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Quisiera el segundo tomo de Heidi. ¿Lo tiene en la tienda?

—Déjeme comprobarlo... —Stock corrió una escalera por delante de las estanterías y se encaramó a ella—. Aquí lo tenemos, quién lo iba a decir. Se ve que somos una librería bien surtida.

Llevó el libro a la caja y preguntó:

—¿Puedo hacer algo más por usted? Pero hay que haber leído el primer volumen porque de lo contrario no se entiende la historia.

—Sí, lo sé. Acabo de terminarlo. Oskar me lo regaló hace unos días. Es magnífico.

—Me alegro. Y hoy tiene usted descuento. Oskar me dijo que el escaparate es obra suya.

—Qué va, exagera de lo lindo. Solo lo ayudé un poco.

—En todo caso su letra es mucho mejor que la de él. Son dos coronas con cincuenta céntimos. Muchas gracias.

—De nada. ¿Y dónde está Oskar? ¿Está haciendo una pausa? —preguntó Marie curiosa, echando un vistazo hacia la trastienda.

—No, está de vacaciones. Se ha ido de viaje por unos días. ¿No se lo dijo?

—A mí no. ¿Adónde viajó?

—A la Alta Austria. Eso dijo.

—¿A la Alta Austria? ¿A hacer qué?

—Qué cosas me pregunta usted, señorita; no tengo ni idea.

—¿Tiene parientes en la Alta Austria?

—No, Oskar no tiene parientes. Tampoco sé qué habrá ido a hacer allí. Pronto estará de vuelta y entonces puede preguntarle.

—Sí, lo haré. Gracias por el libro y el descuento. Bueno, niños, nos vamos, decid adiós al señor Stock.

Marie subió la calle lentamente con los niños en dirección a la Weimarerstrasse. De nuevo había comenzado a lloviznar, ese año se tenía la impresión de que ya no habría primavera.

—¿Marie? —dijo Heini tirando de su mano.

—Sí, tesoro mío.

—¿Qué te pasa?

—Nada, ¿por qué?

—Estás de mal humor.

—No, para nada.

—Sí que lo estás. ¿Es porque Oskar no estaba?

—Venga ya, qué tonterías dices. No estoy de mal humor. Oskar tiene todo el derecho de salir fuera unos días. Tus padres también se ausentan una y otra vez.

—Sí, pero no te lo dijo.

—No tiene la obligación de decírmelo todo. Tampoco nos vemos con demasiada frecuencia. Y ahora deja ya de hacer preguntas, que es de mala educación —dijo Marie confirmando a esta última frase un tono sin duda demasiado severo.

Heini retiró su mano y dejó que ella se le adelantara unos cuantos pasos. A Marie le dio lástima, pero no tenía ganas de prestar atención a sus remilgos. Por supuesto que el chico tenía razón: estaba de mal humor, de muy mal humor, y al mismo tiempo enfadada consigo misma, al fin y al cabo, Oskar podía hacer y deshacer a su antojo. Pero ¿por qué no le había dicho nada? Hacía poco tiempo que se habían visto. Un viaje así se planeaba con antelación, o ¿acaso había sido una decisión espontánea? ¿Qué había ido a hacer a la Alta Austria? ¿Cabía la posibilidad de que hubiera mentido a su socio y de veras tuviese otra mujer?

El fin de semana volvió a haber el típico revuelo antes de la partida. El matrimonio Schnitzler se iba a recorrer Italia. Primero querían viajar a la isla de Brioni, luego a Venecia. Heini, excitado, le había contado a Marie que

Brioni era una isla en el mar propiedad de un solo hombre y que sus padres querían verla para luego pasar las vacaciones de verano allí todos juntos.

—Podremos nadar en el mar, Marie. Será bonito. Yo ya he estado en el mar, ¿tú también?

—No, Heini, yo no he estado nunca a la orilla del mar.

—¿Sabes nadar?

—No, no sé.

—Yo te puedo enseñar.

Anna se tomó el día libre; había preparado de antemano la comida para ir a visitar a su prima en Hütteldorf. Heini estaba en la escuela y la pequeña Lili tenía un tremendo resfriado y se quedó dormida en el sofá de su habitación después del desayuno. Marie ayudó un poco a Sophie con las tareas del hogar y estaba contenta de que se avecinaran días más tranquilos. Constantemente pensaba en Oskar y en su misterioso viaje. Seguía sin saber dónde se encontraba en realidad y por qué no se había puesto en contacto con ella hasta el momento.

Sophie andaba por alguna parte de la casa y Marie se estaba calentando una sopa en la cocina cuando oyó el estridente timbre del teléfono en el salón. Abrió la puerta y entró en la penumbrosa estancia, pero enseguida dejó de sonar. Durante un rato largo Marie permaneció de pie frente a la mesita observando el inquietante artilugio. De repente se le ocurrió una temeraria idea. ¿Se atrevería? Sabía cómo funcionaba, la última vez que la señora había llamado al doctor Pollak, ella la había observado atentamente. Hojeó la pequeña libreta y, en efecto, encontró a la primera el número de la librería Stock. Con dedos temblorosos y la ayuda del dial marcó los seis dígitos, levantó el auricular, apretó el botón de llamada y accionó la manivela. Casi deja caer el auricular al percibir la voz muy cerca de su oído. Era como si Friedrich Stock estuviera a su lado.

—Librería Friedrich Stock. Buenos días, ¿qué desea?

—¿Oiga? ¿Me oye? —Marie hablaba al auricular con un hilo de voz.

—Sí, la oigo perfectamente. ¿Quién habla?

—Soy yo. Marie. De la Sternwartestrasse.

—Ah, Marie. Dígame, ¿en qué puedo ayudarle? ¿Ya acabó de leer el otro *Heidi*?

—No, quería saber si está Oskar.

—Sí, ha vuelto.

—¿Puedo hablar con él un momento?

—Sí. Enseguida se lo paso.

El señor Stock depositó el auricular para llamar a Oskar y Marie lo escuchó en el otro extremo de la línea.

—Sí, Marie. Soy yo. ¿Pasa algo?

—No, aquí no. ¿Qué pasa contigo?

—¿Conmigo? ¿Qué quieres decir? ¿Por qué me llamas por teléfono?

—Estoy preocupada porque llevas mucho tiempo sin dar señales de vida.

—Lo siento. Estaba... ocupado.

—¿En la Alta Austria?

—Mira, Marie. Te lo quería contar. ¿Puedo verte esta tarde?

—Cuéntamelo ahora.

—¿Ahora, por teléfono?

—¿Has conocido a otra mujer y querías irte de viaje con ella?

—No, qué ocurrencias son esas. No, no he conocido a ninguna otra mujer. He ido a la Alta Austria por ti.

—¿Por mí? No entiendo nada.

—Marie, he estado en Kirchsschlag.

—No puede ser. No te creo.

—Sí. He estado en casa de tus padres. Pero hablemos de eso en otro momento, no al teléfono.

—¿Fuiste a ver a mis padres sin consultarme? Pero ¿qué te crees? ¿Cómo pudo ocurrírsete tal cosa? No hay nada de qué hablar.

Marie estaba consternada. Quién se creía él que era. Cómo se había atrevido a ir a ver a sus padres sin decírselo a ella. La idea de que el culto y distinguido Oskar hubiera visto toda la miseria de sus orígenes le resultaba sumamente incómoda. Al mismo tiempo estaba furiosa, se sentía traicionada y no se le ocurrió nada más que decir, de modo que colgó el auricular. En ese instante entró Sophie, armada de fregona, escoba y trapo, y mirándola fijamente le dijo:

—¿Qué haces tú aquí?

—Es que tenía que... que llamar con urgencia. Por favor, Sophie, no digas

nada, no me delates.

—Claro que no. ¿Te encuentras bien? Estás muy pálida.

—Sí, todo bien. No pasa nada, ya salía.

Sacudiendo la cabeza, Sophie se la quedó mirando mientras abandonaba la estancia.

Aquella tarde le pareció la más larga de cuantas había pasado en aquella casa. Ayudó a Heini con los deberes, jugó un poco con Lili, llorosa a causa del resfriado, a la vez fue poniendo orden en el armario de los juguetes y la ropa de los niños. Heini notó, claro, que Marie estaba distraída pensando en otra cosa, y la observaba una y otra vez con mirada inquisitiva.

—Heini, deberías ponerte de una vez a pasar a limpio tus frases. No remolonees tanto —le dijo, arrepintiéndose al instante de la brusquedad de sus palabras.

Enfadado, Heini miraba malhumorado su cuaderno.

Si al menos Anna volviera pronto, pensó Marie. Sin darse cuenta, la cocinera se había convertido para ella en una especie de sustituta de su madre. Marie confiaba en ella y sobre todo la terrible experiencia de Sophie había estrechado aún más el vínculo entre ambas.

En el preciso momento en que preparaba a los niños para ir a la cama, Marie oyó cómo se cerraba abajo la puerta. Anna acababa de llegar. Tenía que contarle lo sucedido, entretanto no estaba segura de no haber reaccionado con demasiada vehemencia. Probablemente Oskar había querido hacer algo bueno por ella. Y esa visita a sus padres era sin duda una prueba de que sus intenciones eran serias. Así y todo, sencillamente no podía actuar de aquella manera sin antes preguntarle. Al fin y al cabo, se trataba de su vida, del pasado con el que ella había roto, y no podía ser que alguien simplemente se entrometiera, por buenas que fueran sus intenciones.

—Ay, qué bien estar de nuevo en casa. He dado la vuelta al mundo para ver a mi prima —dijo Anna sentándose en una silla de la cocina y estirando las piernas—. Estoy rendida, creo que me voy a acostar ahora mismo.

—Tengo que preguntarte algo antes.

—¿Qué me quieres preguntar?

—Se trata de Oskar.

—A ver, ¿qué pasa con Oskar?

—Ha estado en la Alta Austria.

—¿Y qué? Dicen que es bonita.

—Ha estado en casa de mis padres.

—¿De veras? ¿Fue a verlos sin ti?

—Yo ni siquiera sabía que planeaba ese viaje.

—¿Y cómo supo dónde viven?

—Se ve que alguna vez mencioné el nombre de mi pueblo.

—¿Qué pícaro! —dijo Anna soltando una carcajada.

—A mí no me parece nada divertido. No me parece que pueda ir a ver a mi familia así porque le dé la gana, y no decirme a mí nada.

—Sí, un poco extraño sí que es, pero, por otra parte, por lo visto sus intenciones contigo son bastante serias. ¿Por qué te molesta eso tanto?

—No quiero tener nada que ver con esa familia. A ellos les importa un rábano que yo esté enferma o que estire la pata.

—Eres bastante dura.

—Sí, ellos también lo fueron conmigo. Duros. Mi padre fue violento y mi madre una cobarde. Yo no permitiría jamás que alguien tratara así a mis hijos. Nunca en la vida experimenté otra cosa que no fuera frialdad e indiferencia.

—Pero ¿cómo fue?

—¿Cómo fue qué?

—Pues la visita de Oskar.

—No sé. Le colgué.

—¿Qué hiciste?

—Le colgué el teléfono.

—¿Hablaste por teléfono con él?

—Sí —dijo Marie encogiendo levemente los hombros.

—Que no te vayan a pillar, ¿eh? Usar el teléfono de los señores está terminantemente prohibido.

—Lo sé. No lo volveré a hacer.

—¿Y no sientes curiosidad de saber cómo les va a tu padre y a tu madre?

—Bueno, un poco sí. Sobre todo siento curiosidad por saber de mi abuela, si aún está viva y cómo se encuentra.

—Si quieres que te diga, me parece que has exagerado un poco. No creo

que debas estar tan enfadada. El chico lo hizo de buena fe.

—Aun así, no puede hacer semejante cosa sin preguntarme.

—Si te hubiera preguntado, tú no lo habrías dejado.

—No, claro que no. ¿Y qué hago ahora?

—Mañana vas a la librería y hablas con él.

—¿Yo ir donde él? Que venga él.

—¿Acaso eres una princesa o qué?

—No, pero...

—No hay pero que valga. Ahora deja de hacerte la tozuda, mañana vete a verlo y habláis del asunto. Y te digo una cosa, no quiero que te vayas de aquí, pero lo cierto es que un hombre como Oskar no vas a volver a encontrarlo tan rápido. Y ahora vamos a dormir.



En la librería había mucho movimiento. Stock atendía la caja y Oskar le enseñaba un atlas a un caballero trajeado con un elegante abrigo. Alzó la vista brevemente cuando Marie entró en el establecimiento. Al verlo, ella se dio cuenta de que él hubiera preferido dejar plantado al cliente para correr hacia ella. Le sonrió, se apartó un poco e hizo como si estuviera mirando con interés las novedades, mientras el corazón estaba a punto de salirse por la boca. Cuando por fin lo tuvo enfrente le pareció que estaba agotado.

—Lo siento mucho. No era mi intención herirte —dijo en voz baja.

Marie no dijo nada.

—Creía estar haciendo lo correcto. Me pareció tan sencillo...

—Siento haberme puesto tan furiosa ayer. No era mi intención.

Friedrich Stock había salido de detrás del mostrador y carraspeó.

—Queridos, ¿qué tal si Oskar hace ahora un descanso y os vais a tomar un café a la trastienda? No es necesario que todo el barrio de Währing se entere de que os peleáis y reconciliáis.

Apenas salieron por la puerta, Oskar cogió a Marie de la mano y le dijo:

—¿Me perdonas?

—Claro que sí. Pero ahora cuéntame cómo fue.

—Horrible. Mejor ni te lo cuento. Tienes razón, tu padre es un hombre cruel. Pero te he traído algo. ¡Mira!

Se inclinó y sacó de su mochila el salchichón envuelto en papel, y desenvolviéndolo, se lo presentó orgulloso a Marie y lo colocó sobre la mesa.

—¿Un salchichón? —preguntó Marie soltando una risita—. ¿Por qué un salchichón?

—Espera, tengo algo más.

Y luego le entregó solemnemente el recetario con la encuadernación manchada. Marie lo reconoció al instante. Le brotaron las lágrimas, apretó el cuaderno contra el pecho y dijo quedamente:

—¡Abuela!

—Tu abuela es de veras una mujer extraordinaria. Estoy muy contento de

haber podido conocerla.

—A mi abuela. ¿La has visto?

—Incluso tomé café con ella. Bueno, aquí entre nosotros, el café era pésimo, pero tu abuela es sencillamente magnífica.

—O sea que está viva.

—Está viva y se encuentra bien. Y cuando le conté que habías estado en el K. K. Hofburgtheater puso cara de gran satisfacción.

—Entonces has hecho bien en ir hasta allí.

—Sí, y tú ahora también tienes un recetario.

Oskar dio un paso hacia ella, cogió el recetario y lo colocó sobre la mesa.

Justo cuando iba a abrazarla, se abrió de golpe la puerta y Friedrich Stock apareció blandiendo excitado una fina hoja de papel.

—Oskar, acaba de llegar un telegrama. Es de los Gold. ¡Han encontrado a Fanni! ¡Está viva!

## EPÍLOGO

Las novelas históricas son siempre una mezcla de realidad y ficción. Para *Primavera en Viena* he consultado diversas fuentes. Para todo lo referente a Arthur Schnitzler, su familia, sus obras de teatro y las funciones en que se presentaron las mismas en el año 1912, me fueron extremadamente útiles los diarios de Arthur Schnitzler y naturalmente la amplia bibliografía que desde hace décadas intenta dilucidar el fenómeno Schnitzler. Además, he leído las obras que el autor mismo escribió durante esa época.

Sin la hemeroteca digital de la Biblioteca Nacional de Austria (ANNO-Austrian Newspapers Online), las investigaciones me hubieran llevado un tiempo sensiblemente más largo. Las horas de lectura en este amplio archivo me recordaban una y otra vez el paso por librerías y anticuarios escudriñando con parsimonia las existencias. Se encuentran muchas cosas que no se estaban buscando, pero que a veces son casi más interesantes que aquello que uno buscaba. Tratando de localizar el programa y las reseñas de una obra de teatro que se representaba por entonces, encontré, por ejemplo, anuncios publicitarios y notas que avivaron mi fantasía y me sugirieron ideas completamente nuevas. Para las escenas de mi historia que tienen lugar en la cocina y en la habitación de la criada, la sección de sucesos de la prensa amarilla fue una fuente inagotable. Gracias a estas fuentes también hubo algunas sorpresas en el transcurso de mis investigaciones. Leyendo viejos números del *Illustrierte Kronen Zeitung* del año 1912 me topé con varios artículos que celebraban el rescate de los pasajeros del Titanic al tiempo que criticaban de manera casi cínica el lujo que reinaba a bordo del barco. Solo más tarde se fueron publicando las listas de pasajeros y quedó manifiesta la dimensión de la catástrofe.

Tengo que agradecer especialmente al doctor Gerhard Heindl del

departamento de investigación histórica y documentación del jardín zoológico de Schönbrunn. El capítulo sobre la visita que realizan Marie y Oskar a la Casa de las Fieras, aun siendo solo un episodio secundario de la historia, es uno de mis preferidos gracias a las amplias informaciones que me proporcionó el doctor Heindl.

Para poder imaginarme mejor cómo era la rutina diaria de un librero en 1912 he leído varios números de la *Österreichische Buchhändler-Correspondenz* archivados por el colegio de librerías austriacas. Para mi sorpresa los temas a los que se dedica la prensa del gremio en aquella época me resultaron bastante familiares: cifras de lectores a la baja, mala presentación de los libros, precios demasiado bajos... Quién hubiera dicho que los librerías llevamos más de un siglo imaginando una y otra vez los mismos escenarios de decadencia.

Es natural que las clases bajas de la sociedad dejen pocas huellas en los libros de historia y los archivos. Lo mismo cabe decir del personal del hogar de los Schnitzler: hay que leer entre líneas en los dietarios del autor para obtener información referente a ellos. Aparte de la secretaria y el médico, que curiosamente comparten el apellido Pollak, se menciona a una cocinera llamada Anna. Y es casi seguro que los niños tenían una niñera, debido a los largos viajes que emprendía el matrimonio Schnitzler. Marie Haidinger, la criada Sophie y Oskar Novak son por lo tanto ficción, como lo son también sus historias y sus familias.

Asimismo la librería de la editorial Gold y la familia propietaria de la misma son fruto de mi imaginación. No obstante, en la Viena de aquella época sí que existieron numerosas librerías, y especialmente en el casco antiguo librerías de editorial con las que, a diferencia de lo que sucede hoy en día, se podía hacer mucho dinero.

En cambio, la librería del señor Friedrich Stock en el número 122 de la Währingerstrasse sí que existió. Friedrich Stock la adquirió en 1898 de manos de Felix Stock y la regentó hasta el año 1913. Para la obtención de datos sobre ese tema, me ha sido muy útil la tesina de Georg Hupfer titulada *Sobre la historia del comercio de libros antiguos en Viena* (Viena, 2003). Lo que no logré averiguar fue si Friedrich Stock tuvo o no familia, cuántos empleados

tuvo a su cargo, qué tipo de persona era, etc. Lo que sí es seguro es que vivió enfrente de la librería.

Además, sé con bastante certeza qué aspecto tenían las dependencias de su negocio, pues en el año 2004 mi marido y yo ocupamos la librería regentada antaño por Friedrich Stock. Nuestra arrendadora Cornelia Schreiber nos facilitó amablemente una foto tomada a comienzos del siglo XX. En ella se ven los dueños de entonces frente a su librería.

Desde que conozco estas informaciones, cada día, al ocupar mi puesto de trabajo, siento un poco más de respeto.

PETRA HARTLIEB,  
noviembre de 2017